La Ciencia Tomista

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Septiembre-octubre de 1934.—Número 149.

La catolicidad de la Iglesia

Años atrás hemos dedicado unos artículos a la «Unidad de la Iglesia y el Ecumenismo moderno». Es este un tema de palpitante actualidad por el movimiento de las iglesias y sectas disidentes hacia la unión de sus fuerzas para combatir el paganismo moderno, no menos pernicioso que el antiguo a la salud de las almas. La conclusión de nuestro estudio era la justificación de la actitud adoptada por la Iglesia Romana ante los requerimientos de las protestantes para que se asociase al movimiento general. Con la unidad está íntimamente ligada la catolicidad, otra de las notas de la verdadera Iglesia de Cristo, por la cual se la distingue de las iglesias y sectas.

Igual que la unidad es la catolicidad una propiedad esencial de la Iglesia, la cual tiene su origen en la universalidad redentora del mismo Jesucristo, cuya actualización fué encomendada a la Iglesia. Vamos a estudiar este punto comenzando por su actualización y predicción, en el Antiguo Testamento, ya que la salud de Jesucristo se extiende a todos los tiempos: *Christus heri, hodie et in saecula.*

* * *

Orígenes ha establecido una comparación entre Jesucristo y la S. Escritura. En el primero se nos ofrece, dice él, la Sabiduría personal de Dios unida a la naturaleza humana, hecha carne y revelada a través de la humanidad; en la segunda tenemos la Sabiduría de Dios, que, habiéndose humanado en la mente de los Profetas, por medio de ellos tomó cuerpo en los discursos de los enviados de Dios. En uno y otro caso se nos presenta la divina Sabiduría, que como divina es absolutamente

perfecta, anonadada, según la expresión del Apóstol, humanada, hecha a la condición de los hombres, a quienes quería comunicarse.

Jesucristo, Hijo unigénito del Padre, y figura de su substancia, es, como el Padre, infinitamente perfecto y transcendente a todas las cosas que por El fueron creadas. Aun como hombre, se halla dotado de todas las perfecciones que hacen de El el tipo ideal de la humanidad regenerada. Concebido por virtud del Espíritu Santo, está exento de todas las miserias que al hombre vienen con la generación y el nacimiento; y su cuerpo adornado de todas las dotes que pueden concurrir en un ser humano. La perfección de su inteligencia y de su voluntad era, si cabe, aún más sublime. Por todo esto Jesucristo se halla por encima de los hijos de su pueblo, de todos los hijos de Adán. Pero Jesús no deja por esto de ser a la vez hijo de Adán e hijo del pueblo judío. Nacido de mujer, nació sometido a la ley de la humanidad y a la ley mosaica. Como hijo de Adán nace a los nueve meses de concebido, y nace niño, sujeto a la ley del crecimiento corporal; como hijo de Abraham nace sometido a la ley de su pueblo, y en virtud de ésta es circuncidado al octavo día, rescatado en el Templo al cuadragésimo, y en todo vive según la Ley mosaica.

Aun en su vida pública, antes que Salvador del mundo, se muestra el Mesías prometido a los Padres. Así, sólo a los judíos quiere predicar y sólo a favor de éstos ejercer su poder taumatúrgico. Vemos, pues, en Jesucristo, junto a lo divino, lo humano; con lo eterno y trascendente, lo temporal y limitado. Lo humano es el velo que cubre lo divino; lo temporal envuelve lo eterno; lo concreto y nacional oculta lo trascendente y universal. Pero no lo encubren tanto que no se vaya poco a poco revelando el misterio escondido en Cristo.

También la Sabiduría de Dios, que en la Escritura se nos ofrece, es en Dios infinita, universal y absolutamente perfecta; pero al descender a la inteligencia de los Profetas se humana y se viste de los ropajes que estos le prestan. Ante todo, Dios se la comunica según la necesidad del pueblo y sus disposiciones para recibirla, de donde se origina la ley del progreso de la revelación divina, ley que se funda, no en la necesidad divina, sino en la suavidad con que Dios gobierna los seres racionales. Luego cada profeta concibe y expresa esa misma verdad según sus condiciones mentales, su formación espiritual, literaria, científica, y les da aquellas formas que más se adaptan a la misión concreta y particular, que Dios le encomendó en un momento determinado de la historia de su pueblo.

También aquí nos hallamos con lo divino unido a lo humano, lo absolutamente perfecto con lo perfecto sólo relativamente, lo transcendente

con lo temporal, lo universal con lo particular. Veamos ahora en qué forma se realiza esto en el punto pue tratamos de la universalidad de la obra mesiánica, o sea, de la Iglesia.

I

La primera promesa mesiánica se halla íntimamente ligada a la caída de los primeros padres en el paraíso. Su forma es oscura, puesto que en ella sólo se declara la victoria de la humanidad, ahora engañada y vencida en sus dos primeros representantes, por medio de la descendencia de la mujer, es decir, de la humanidad misma. El cómo de esta victoria queda en el misterio; pero en cambio una cosa es manifiesta, que esa victoria afectará a la descendencia entera de la mujer, será *universal* (Gen. III, 14 s.)

Pero he aquí que esta universalidad parece como si se quisiera oscurecer. La descendencia de Adán se propaga por dos líneas, la que, comenzando en el fratricida Caín, parece trabajar exclusivamente por el progreso material de la humanidad (IV, 17-24), y la que remonta a Set, el sucesor de Abel, a quien sigue Enós, que comienza a invocar el nombre del Señor (IV, 26) y que termina en Noé, el único justo hallado por Dios entre todos los hombres de su generación (VI, 9). Noé es como el segundo padre de la humanidad salvada del diluvio. Lo que pudiéramos llamar su testamento, se muestra desfavorable a Canaan:

> «Maldito sea Canaan,
> será siervo de los siervos de sus hermanos».

Era el colmo de la servidumbre ser siervo de los mismos siervos. Luego añade:

> Bendice, Jahvé, las tiendas de Sem,
> y sea Canaan su siervo.
> Dilate Dios a Jafet,
> y habite en las tiendas de Sem
> y sea Canaan su siervo». (IX, 25 ss.)

Parecía natural, si atendemos al relato histórico que precede este oráculo, que la maldición se extendiese a toda la familia de Cam, pero el profeta la concreta a Canaan, sin duda mirando a aquellos pueblos a quienes Dios había de condenar al exterminio, cuando los israelitas entrasen a ocupar la tierra prometida. La expresión «Jahvé, Dios de Sem»

del texto hebreo actual, que más bien debe leerse, «bendice, Jahvé, las tiendas de Sem», indica las especiales relaciones del Señor con esta rama de la familia noética, a la que pertenecía Israel. A Jafet también le alcanzará la bendición divina, aunque en otra forma, y sólo sobre Canaan recae la maldición.

El capítulo XI, 10-32 teje la descendencia de Sem hasta Abraham, en cuya historia las promesas divinas se multiplican y se aclaran. La primera de éstas es como sigue: «Deja tu tierra, tu familia y la casa de tu padre, y parte hacia el país que yo te mostraré. Yo haré de tí una gran nación, te colmaré de bendiciones y haré grande tu nombre. Tú serás una bendición. A los que te bendijeren, bendeciré; y maldeciré a los que te maldijeren, y todas las familias de la tierra serán en tí bendecidas» (XII, 3 ss.) Dios comienza por destinar a Abraham una región determinada, en la que le multiplicará hasta hacerle un gran pueblo. Este será una bendición para la tierra toda, es decir, será de Dios bendito y por él alcanzará la bendición divina a los otros pueblos. Esa bendición se halla expresada en una forma muy familiar a un nómada como Abraham, en la forma de una alianza de Dios con él, y tan estrecha, que unos vendrán a ser los amigos y los enemigos del uno y del otro. Grande gloria la de Abraham y la de su pueblo; pero mayor la dignación de Dios en allanarse al modo de ser y obrar de los hombres. Esta promesa se halla repetida varias veces en la vida del Patriarca (XIII, 14 ss.; XV, 1 ss.; XVII, 1 ss.) pero concretada a la descendencia de Abraham por Isaac, el hijo de su legítima esposa Sara, con exclusión del hijo de la esclava (XVII, 15 ss.; XVIII, 18 s.; XXI, 10; XXII, 15 ss.), como si la comunicación de la gracia divina hubiera de regirse por la ley hammurabiana, que regía en Babilonia las relaciones del marido con sus mujeres. La misma ley se observa en los dos hijos de Isaac, no obstante ser nacidos de la misma madre y además del mismo parto (XXV, 23; XXVII, 27 ss.; XXVIII, 13 ss.) San Pablo nos da la razón de esta conducta de Dios cuando escribe: «Antes que los niños fuesen nacidos, y hubiesen hecho cosa alguna buena o mala—a fin de que la elección de Dios se reconociese firme, no por virtud de las obras, sino por la elección del que llama—fué dicho a Rebeca: «El mayor estará sometido al menor», según está escrito: «Yo amé a Jacob, y aborrecí a Esaú». ¿Qué diremos, pues? ¿Que hay en Dios injusticia? Nada de eso. Puesto que El mismo dice a Moisés: «Yo tendré misericordia de quien quisiere tener misericordia, tendré piedad de quien quisiere apiadarme». De manera que la elección divina no depende de la volun-

tad ni de los esfuerzos del elegido, sino de Dios que tiene misericordia» (Rom. IX, 10-16).

Las promesas de Jacob son heredadas por todos sus hijos a quienes Dios promete la tierra de Canam, a quienes elige en pueblo suyo especial entre todos los pueblos de la tierra (Ex. XIX, 41). Pero entre las doce tribus hay todavía una, a quien el moribundo patriarca promete la hegemonía sobre sus hermanos:

«A tí, Judá, alabarán tus hermanos,
. . . . . .
los hijos de tu padre se postrarán delante de tí,
. . . . . .
El cetro no saldrá de Judá,
ni el bastón de mando de entre sus pies,
hasta que venga aquel cuyo es
y a quien obedecerán los pueblos» (XLVIII, 9 s.)

La promesa recibida por Jacob, como la que él mismo hace a su hijo, parece no mirar sino a la exaltación del agraciado, sobre los demás con quienes entra en competencia. Sin embargo, no se echan en olvido las palabras dichas a Abraham: «Tú serás una bendición». Efectivamente en la visión de Betel se repite lo dicho al Patriarca de las doce tribus: «En tí serán benditas todas las familias de la tierra» (XXVIII, 14).

La bendición de Judá se viene a realizar en David, a quien fué dicho: «Yo te tomé de la majada de las ovejas para hacerte príncipe de Israel mi pueblo, yo te asistí en todas tus empresas, exterminé todos tus enemigos, e hice tu nombre tan glorioso como el nombre de los grandes de la tierra, yo asigné un lugar a mi pueblo de Israel, le instalé y ahora habita en tierra propia, en la que no será inquietado, y los hijos de iniquidad no le oprimirán más, como lo hacían en los tiempos pasados, en la época de los jueces...» (II Sam. VII, 8 ss.) Ya por aquí se ve claro cómo la promesa davídica no se dirige sólo a David, sino que por David mira al pueblo. Las declaraciones ulteriores de los profetas muestran además que las bendiciones davídicas llegarán a todos los pueblos.

* * *

Dios, acordándose de sus promesas a Abraham, Isaac y Jacob, sacó a los israelitas de Egipto, tomando a Moisés por instrumento de su misericordia, y los condujo al Sinaí. Allí fué donde Israel hubo de oir estas significativas palabras: «Bien habéis visto lo que yo hice en Egipto y de qué manera os he traido, como sobre alas de águila, hasta mí. Ahora,

pues, si vosotros escucháreis mi voz y guardáreis mi alianza, vosotros seréis mi pueblo especial elegido entre todos los pueblos, *porque mía es toda la tierra,* y seréis para mí un reino de sacerdotes, una nación santa» (Ex. XIX, 4 ss. Cf. Deut. VII, 6 ss.; X, 15). La alianza se celebró solemnemente pocos días después, y las condiciones de ella fueron las leyes promulgadas en el Sinaí y aceptadas por el pueblo. Pero todas esas condiciones se reducen a un solo artículo, que hallamos repetido en toda la S. Escritura, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, con un sentido siempre igual en el fondo, aunque cada vez más explicado: «Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo» (Gen. XVII, 7 s.; II Sam. VII, 24; Jer. VII, 23 s.; XXXI, 33 s.; Ex. XVI, 59 ss.; XXXII, 27; II Cor. VI, 16; Apoc. XXI, 3). Por el hecho de la creación todos los pueblos son de Dios y están obligados al acatamiento y a la religión de Dios, así como Dios se debe a sí mismo el velar con especial providencia sobre las criaturas, que hizo a su imagen y semejanza. Pero no se trata aquí de sólo estas relaciones, sino de las que, por un acto especial de su amor, quiso Dios establecer con los hombres, al cual éstos se hallan obligados a corresponder con un acto de asentimiento, que es ante todo un acto de fe. La circuncisión, impuesta por Dios a Abraham, como signo de su alianza con Dios, implicaba ante todo este acto de fe en el Señor y de sumisión a su voluntad soberana.

Pero si la circuncisión es el signo de las relaciones de la familia de Abraham con Dios, era preciso otro signo de las relaciones de Dios con esta familia multiplicada hasta constituir una nación. Este signo se halla en armonía con la naturaleza social del mismo pueblo, es la habitación de Dios en medio de él. El Señor había dicho a Abraham: «No temas, Abraham, yo seré tu escudo» (Gen. XV, 1). Y a Jacob: «Yo estoy contigo, yo te guardaré a dondequiera que fueres, y te volveré a tu tierra» (XXVIII, 15). Pero del pueblo dice: «Ellos me harán un santuario, y habitaré en medio de ellos» (Ex. XXV, 8). Y en otro lugar: «Yo consagraré con mi gloria el tabernáculo de la reunión y el altar... y habitaré en medio de los hijos de Israel, y seré su Dios. Y ellos conocerán que yo, Jahvé, soy su Dios, que los hice salir de Egipto para morar en medio de ellos, yo Jahvé, su Dios» (XXIX, 44 ss.) La tienda sagrada, que se levantaba en medio del campamento israelita, era el monumento de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Y más especialmente venía a hacer el oficio de imagen de Dios el arca de la alianza, en que estaban depositadas las condiciones de la alianza, o sea, las tablas de la Ley. El arca se guardaba en la tienda y desde ella el Señor hablaba con Moisés cara a cara, como un

amigo con otro (Num. VII, 89). En todo esto se pone de manifiesto el elemento particular, nacionalista de la religión israelita.

Llegados los israelitas al país de su destino, e instalados en él, la tienda del Señor era el centro religioso de Israel. Finalmente fué trasladada a Jerusalén, capital del reino davídico (Deut. XVI, 6, 11), y sustituída luego por el Templo, que levantó Salomón y santificó la gloria de Dios como había santificado la tienda del desierto (Ex. XL, 34; I Reg. VIII, 10-21). El Templo, con más razón que la tienda, era el palacio, la casa de Dios. Su santidad se difundía a la ciudad de Jerusalén, que por esto se llama la ciudad del Gran Rey (Sal. XLVII, 3; Mt. V, 35); luego a la tierra israelita, la tierra de Jahvé, limitada al Oriente por el Jordán, a juzgar por el episodio narrado en Jos. XXII, 21 ss. Es muy de notar la oración de Salomón en la dedicación del Templo. En ella resalta de una parte el concepto espiritualista del morar Dios en el Templo, y de otra parte la idea universalista del reino de Dios aunque sin olvidar del todo los privilegios de Israel y menos los del Templo mismo (I Reg. VIII, 27-53).

La casa del Señor es casa de oración para todas las gentes (Lc. XIX, 46; cf. Is. V, 6, 7) pero Israel es siempre el pueblo de Dios, su heredad; el país de Israel es la tierra escogida por Dios para establecer allí a su pueblo; Jerusalén es la ciudad santa elegida por Jahvé para poner en ella su Nombre, y el Templo, erigido por Salomón a la gloria del Nombre del Señor, es el punto privilegiado de la tierra donde Dios, desde su morada celeste, tiene puestos sus ojos, y a donde se deben dirigir con su mirada y con su espíritu cuantos desean ser escuchados del Señor. Todas estas son formas limitadas y concretas de que se reviste el pensamiento divino para adaptarse a la estrecha capacidad de los israelitas.

Y era tal la estrechez del campo visual de Israel, que no alcanzaban a ver que la presencia de Dios en medio de su pueblo era una consecuencia de la alianza, y que ésta tenía dos partes entre sí indisolublemente ligadas, las promesas de Dios y sus exigencias contenidas en la Ley. Jahvé se complace en morar con su pueblo, si éste es obediente a su Dios; pero llega a abominar de su morada, cuando el pueblo la profana con sus idolatrías e iniquidades. Jahvé es un Dios santo y sólo puede tener su morada en medio de un pueblo santo también. Es este un principio importantísimo de la teología bíblica, que los profetas procuraron traer de contínuo a la memoria de Israel. Pero Israel, pueblo sin inteligencia, nunca lo quiso comprender. En el Exodo se cuenta cómo después de la prevaricación del becerro, Dios quiso alejarse de su pueblo: «Parte de aquí dice a Moisés, tú y el pueblo, que sacaste de Egipto, al país que yo juré a

Abraham...; yo enviaré mi ángel delante de tí, que expulsará a los cananeos... Sube a la tierra, que mana leche y miel; pero yo no subiré en medio de tí, porque eres un pueblo de dura cerviz y te aniquilaría en el camino» (Ex. XXXIII, 1 s.) Declaración bien terminante de que Dios sólo puede morar con los que se muestran dóciles en seguir su voluntad y que a los rebeldes, o los abandona, o su presencia, lejos de serles saludable, les es causa de ruina.

Cuando David hizo de Jerusalén la capital de su reino y Salomón con la erección del Templo la convirtió en el centro de la religión mosáica, vino a quedar establecida una estrecha unión entre el trono de David y el altar de Jahvé. Pero Dios quiso declarar que tal unión tenía por condición la obediencia a su ley. «Si vosotros os apartáreis de mí, vosotros y vuestros hijos, y no observáreis mis mandamientos y os fuéreis en pos de los dioses extraños, yo exterminaré a Israel de la tierra que le dí; la casa que he consagrado a mi Nombre, la desecharé, e Israel será objeto de burla entre las naciones. Y el que pasare por esta casa dirá: ¿Por qué Jahvé ha tratado así esta tierra y esta casa? Y tendrá por respuesta: Es que han abandonado a Jahvé, su Dios, el cual los había hecho salir de Egipto, y se han postrado ante otros dioses. He aquí por qué Jahvé mandó sobre ellos tantos males» (I Reg. IX, 1-9). La lección era bien clara; pero Judá no la supo entender.

En los días de Jeremías, cuando el profeta los amenazaba con la cautividad babilónica, Judá ponía la confianza, como en un paladión, en su Templo. Pero el Señor por boca de su profeta les decía: «Enderezad vuestros caminos y yo habitaré en este lugar. No os fieis de las palabras engañosas de los que dicen:

«Aquí está el Templo de Jahvé,
el Templo de Jahvé,
el Templo de Jahvé».

«Porque si reformáreis vuestra conducta y practicáreis la justicia con vuestros prójimos, y no oprimiéreis al extranjero y a la viuda, ni derramáreis en este lugar sangre inocente, ni fuéreis en pos de los dioses extraños, entonces sí que habitaré en este lugar, y en la tierra que dí a vuestros padres» (VII, 3-8). Y para corroborar sus palabras prosigue luego: «Id a la que fué mi morada en Silo, en donde yo hice en otro tiempo habitar mi Nombre, y ved cómo la he tratado, a causa de la malicia de mi pueblo de Israel. Pues, si vosotros seguís la misma conducta, yo haré de esta casa, sobre la cual fué invocado mi Nombre, y en la que tenéis

puesta vuestra confianza, lo que hice en Silo, y os desecharé de mi presencia, como rechacé a vuestros hermanos, a toda raza de Efraín» (VII, 12-15).

Cuando Ezequiel quiso pintar la ruina total de Jerusalén y de su Templo, nos representó la gloria de Jahvé, montada sobre las alas de los querubines, levantando el vuelo del Templo y posándose primero sobre la puerta oriental, que caía frente al santuario (X, 18-19), y luego sobre el monte del Olivete (XI, 22 s.) Más tarde, en el cuadro de la restauración mesiánica (XL-XLVIII), se vale de la misma imagen para representarnos la reconciliación de Jahvé con su pueblo. La gloria del Dios de Israel vuelve de la puerta oriental y entra en el Templo restaurado, por la misma puerta por donde antes había salido, y hace oir al profeta estas palabras: «Hijo del hombre, este es el lugar de mi trono, el lugar en que yo pondré mis pies, en que yo habitaré en medio de los hijos de Israel para siempre». (XLIII, 1-7).

La Ley mosáica, contiene las condiciones puestas por Dios a su alianza con Israel, y las normas de santidad a que el puebio había de ajustar su vida en cumplimiento de aquel principio: «Sed santos, porque yo soy santo». Esta Ley fué dada a los israelitas y como dice Moisés en el Deuteronomio, ella constituía la sabiduría de Israel y su gloria entre todos los pueblos (VI, 6 s.) Pero esta Ley no se olvida de los extranjeros. Sus preceptos fundamentales tienen un alcance universal. «No matarás, no adulterarás, no hurtarás» etc. no miran sólo a los hijos de Israel, sino a todos los hombres. A ellos alcanzaban también los preceptos de la justicia, de la misericordia y hasta del amor: «Cuando hicieres la mies no llegarás hasta el extremo límite del campo, ni recogerás las espigas caídas; lo mismo harás al vendimiar tu viña. Tu dejarás todo esto para los pobres y para los extranjeros» (Lev. XIX, 9 s.; cfr. Deut. XXIV, 19 s.) Y más adelante: «Si un extranjero viene a habitar con vosotros en vuestro país, no le oprimiréis; pero trataréis al extranjero, que mora en medio de vosotros, como al indígena; tú le amarás como a tí mismo, porque vosotros habéis sido también extranjeros en el país de Egipto. Yo soy Jahvé, vuestro Dios» (Lev. XIX, 33 s.; cfr. Deut. XXIV, 14-18).

La Ley, que se mostraba tan suave con los extranjeros, no podía cerrarles totalmente las puertas de su incorporación a la vida religiosa de Israel. El cordero pascual recordaba la libertad de Egipto y era un testimonio de la alianza de Dios con Israel. Sólo le podían comer los que por la circuncisión habían sido incorporados al pueblo de Dios y a la alianza de que este rito era signo. Pues bien, he aquí lo que el texto dice de los

extranjeros: «Ningún extranjero comerá la pascua. Al esclavo comprado con tu dinero le circuncidarás y entonces podrá comer la pascua; pero el domiciliado entre vosotros y el mercenario no la comerán. Si los extranjeros, que moran en medio de tí, quisieran hacer la pascua de Jahvé, se circuncidará de ellos todo varón, y entonces la podrá comer, lo mismo que el indígena. Pero el incircunciso no la comerá. Una misma es la ley para el extranjero y para el indígena, que mora en medio de vosotros» (Ex. XII, 43-49; cfr. Num. IX, 14). Igual norma rige para los sacrificios (Num. XV, 14). No es la condición de la persona, sino la impureza religiosa, que se quita con la circuncisión o con los otros ritos legales, lo que impide comer la pascua o presentar sus sacrificios ante el altar de Jahvé (Num. V, 3).

Una dificultad grave se puede oponer a esta doctrina, y es la orden tan repetida de aniquilar a los cananeos, sus santuarios y sus dioses. Semejante orden la hemos visto ya insinuada en el Génesis, donde Noé dice: Maldito sea Canaan. Sobre este punto es significativo el capítulo VII del Deuteronomio. Leído con atención e interpretando ciertas expresiones demasiado absolutas por otras más precisas y matizadas, y luego por los lugares paralelos, que se leen en Josué y en los Jueces, se ve claro que la idea del legislador sagrado no es tan rigurosa como a primera vista parece. Los pueblos cananeos, que ocupaban la tierra, debían ceder su puesto a las tribus israelitas, que se apoderarían poco a poco de todo el país. Pero era sobre todo su religión, sus santuarios, sus ídolos, sus ritos, lo que debía ser raído de la tierra para que no fuera piedra de escándalo a Israel. Porque Israel es una nación santa, que Jahvé ha escogido para ser su pueblo particular entre todos los pueblos de la tierra (v. 6). Por eso insiste tanto en prohibir las alianzas matrimoniales con los cananeos, por el grave peligro de perversión. El cual era tanto mayor cuanto la cultura material de los pueblos cananeos aventajaba a la de los israelitas y su religión naturalista y sensual debía ejercer más atractivo sobre las tribus rudas, que acababan de salir del desierto.

En todo esto vemos cómo la idea universal del reino de Dios, limitada por la alianza y por la Ley al pueblo israelita, tiende a extender sus dominios, actualizando los principios universales porque se rige. La alianza y las promesas son para Israel, pero una y otras van condicionadas por algo espiritual y de valor universal, que es la fe en Dios y la sumisión a su voluntad soberana. Esta misma condición lleva la morada de Dios en medio de su pueblo. Sin esto Israel es como los demás pueblos y aun peor que ellos, porque es más ingrato y desconocido a los favores

divinos. Por aquí las relaciones de Jahvé con Israel adquieren un valor espiritual y se muestran extensibles a las otras naciones, que también son hechura de Dios. Bajo el manto del nacionalismo religioso, se muestra la universalidad de la religión de Jahvé, y el principio de la justicia, que S. Pablo pondrá de relieve, la fe.

II

A la peregrinación de Israel por el desierto en donde recibe la Ley, a la conquista de Canaan y a los esfuerzos definitivos por la ocupación del país en la época de los Jueces, sigue la organización de la monarquía primero en Saul y luego en David. La idea mesiánica, cada vez más ampliada por los profetas, va tomando nuevas formas de expresión, acomodadas a la vida religiosa y política del pueblo, y también a los variados acontecimientos históricos, que influyen en esa misma vida. En todas esas formas veremos también cómo el universalismo mesiánico se va abriendo paso cada día más franco, hasta aparecer a veces totalmente desligado del nacionalismo judío.

Dejamos declarado atrás cómo las bendiciones prometidas por Dios a los Patriarcas se vienen concretando más y más hasta David, a quien Dios promete por el profeta Natán, que, en premio de querer levantar un templo a su Nombre, afianzará para siempre su trono y su dinastía y no apartará jamás de ella su misericordia. «Tu dinastía, concluye, y tu reino permanecerán siempre firmes en mi presencia» (II Sam. VII, 12-16; cfr. I Reg. VIII, 15 ss. 25 s.; IX, 4 s.) Esta bendición sucede a una reprobación, la de Saul y de su tribu de Efrain. Y el salmo LXXVIII, 66-72 lo celebra en esta forma:

«Pero el Señor tomó en aversión las tiendas de José,
y desechó la tribu de Efrain.
Eligió la tribu de Judá,
la montaña de Sión, que amó.
Y edificó su santuario como las alturas...
como la tierra que fundó para siempre.
Escogió a David su siervo,
y le sacó de entre las majadas;
le tomó de en pos de las ovejas,
para apacentar a Jacob su pueblo,
y a Israel su heredad.
Y David las guió según la rectitud de su corazón,
y los condujo con mano diestra».

En los días críticos de las invasiones asirias y caldeas, de la cautividad y restauración, los profetas vuelven los ojos a David, a las promesas de bendición hechas a su dinastía, para levantar el ánimo abatido del pueblo y predecirle días de dicha. Comienza la serie Isaías en los días de las invasiones de Senaquerib, presentándonos el Niño Emmanuel, Consejero-admirable, Dios-fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de la paz, que se sentará en el trono de David para extender su imperio y darle una paz sin fin, para consolidarla por el derecho y la justicia para siempre (IX, 5 s.) Se levantará como un estandarte de concentración para los pueblos, que ansiosos le buscarán en su pacífica morada. En sus días extenderá Jahvé segunda vez su mano para rescatar los restos de su pueblo de los países de Asiria, Egipto, etc. Y levantará un estandarte para convocar las naciones, y juntará los desterrados de Israel, y recogerá los dispersos de Judá de los cuatro ángulos de la tierra. Cesarán los celos de Efraín contra Judá y someterán las naciones vecinas (XI, 10-15). Por la misma época de Isaías, el profeta Miqueas anunciaba la gloria de Belén, solar de la familia de David, que engendraría un príncipe glorioso, el cual libraría al pueblo del poder asirio. En su tiempo «el resto de Jacob será en medio de los pueblos como un rocío que viene de Jahvé, como las gotas de lluvia sobre el césped; y el resto de Jacob será en medio de las naciones y de los pueblos numerosos como un león entre las fieras de la selva, como un cachorro de león entre las manadas de ovejas» (V, 1-7).

En los tristes días de la cautividad Jeremías compuso, de orden de Dios, el hermoso poema de la restauración bajo la égida de la dinastía davídica:

> En aquel día, dice Jahvé de los ejércitos,
> Yo quebrantaré el yugo de sobre su cuello,
> yo romperé sus coyundas;
> los extranjeros no le esclavizarán más,
> sino que se someterán a Jahvé su Dios,
> y a David su rey;
> que yo les suscitaré (XXX, 8 s.)

Y más adelante:

> He aquí que vendrán días, dice Jahvé,
> en que cumpliré mis promesas,
> que yo he hecho a la casa de Israel y a la casa de Judá.
> En aquel día y en aquel tiempo,

yo haré nacer a David un germen justo,
e implantará el derecho y la justicia en la tierra.
En aquellos días Judá será salvado,
y Jerusalén habitará en seguridad,
y se la llamará «Jahvé es nuestra justicia» (XXXIV, 14-16).

La alianza que Dios establecerá con la posteridad de Jacob y de David será tan firme como las leyes que rigen el curso de los cielos (vv. 25 s.) Pero esta alianza no será como la antigua del Sinaí, que Israel quebrantó:

He aquí la alianza que yo haré con la casa de Israel,
después de estos días, dice Jahvé:
«Yo pondré mi ley dentro de ellos,
y la escribiré en su corazón,
y yo seré su Dios,
y ellos serán mi pueblo.
Ninguno enseñará ya a su prójimo,
ninguno enseñará a su hermano,
diciéndole: «Conoce a Jahvé»;
porque todos me conocerán
desde el pequeño hasta el más grande, dice Jahvé,
y yo perdonaré su iniquidad,
y no me acordaré más de su pecado» (XXXI, 31-34).

«Conocer a Jahvé», obedecerle, amarle, servirle de todo corazón, he aquí la nueva alianza, que Jeremías promete en sustitución de la alianza del Sinaí. Isaías había ya dicho en su libro de Emmanuel, que en los días de este vástago glorioso de Jesé, «la tierra estaría llena del conocimiento de Jahvé como el fondo del mar por las aguas que le cubren» (XI, 9).

Jeremías, atento a consolar a los cautivos en su desolación, habla más de la justicia de Dios que vengará su ensañamiento contra Judá, que de la vocación mesiánica de las naciones, aun cuando ésta haya de contribuir tanto a la gloria de Israel, como nos lo representan Isaías y otros profetas. Algo semejante acontece en Ezequiel, cuando, después de sus vaticinios tristes, se vuelve a los cautivos con vaticinios de consuelo. En el capítulo XXXIV, después de condenar los antiguos pastores de Israel, que habían conducido el pueblo a su ruina, anuncia la recogida de las ovejas y dice:

Yo les suscitaré un solo pastor que las apaciente,

mi siervo David;
él las apacentará.
y será su pastor.
Yo, Jahvé, seré su Dios,
y mi siervo David será príncipe en medio de ellos.
Y haré con ellas una alianza de paz,
. . . . . .
Y sabrás que yo, Jahvé, su Dios, estoy con ellos,
y que ellos son mi pueblo de Israel,
dice el Señor, Jahvé (XXXIV, 23-30).

El capítulo XXXVII, después de pintarnos la resurrección del pueblo, entonces casi aniquilado, prosigue en forma simbólica la unión de los dos reinos. Yo haré de ellos una sola nación en el país y sobre los montes de Israel: un solo rey reinará sobre ellos, y no serán dos naciones separadas en dos reinos. Y no se mancharán ya más en sus iniquidades y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios. Mi siervo David será su rey y tendrán un solo pastor. Y haré con ellos una alianza de paz, una alianza eterna, y los multiplicaré y levantaré mi santuario en medio de ellos para siempre. Mi habitación será entre ellos, y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y todas las naciones sabrán que yo santifico a Israel, cuando mi santuario fuere en medio de ellos para siempre (XXXVII, 25-28). Así van los profetas desenvolviendo la promesa davídica, de manera que David y su reinado se presenten a sus ojos como la imagen más apropiada de la futura edad mesiánica.

Al lado de los profetas están los salmistas, que agitados del mismo espíritu divino, desarrollan en sus cantos la misma idea. En el salmo II, David nos pinta la unión estrecha entre Jahvé y su Rey mesiánico en el monte de Sión, de lo cual tienen clara conciencia los sublevados que dicen:

«Rompamos sus coyundas,
arrojemos lejos de nosotros su yugo».

A esto responde el Ungido de Jahvé:

«Cuanto a mí, yo he sido constituido su rey
en Sión, su montaña santa.
Pregonaré su decreto:
Jahvé me ha dicho: Tú eres mi hijo,
yo te engendré hoy.
Pídeme y te daré las naciones por herencia,
y por dominios los términos de la tierra.

Y volviéndose a los sublevados y rebeldes, dice:

Tú los regirás con cetro de hierro,
y como vasos de alfarero los estrellarás.

Semejante a este es el salmo CX, y aunque no llega al II en la expresión clara de la universalidad del reino mesiánico, en cambio le supera en realzar la dignidad del Mesías, a la vez rey y sacerdote.

Dijo Jahvé a mi Señor:
«Siéntate a mi diestra,
hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies».
Jahvé extenderá desde Sión el cetro de su poder:
Domina sobre todos tus enemigos.
. . . . . .
Jahvé lo ha jurado y no se arrepentirá;
Tú eres sacerdote para siempre,
a la manera de Melquisedec.
Jahvé está a tu diestra;
y quebrantará a los reyes en el día de su cólera».

El salmo LXXII celebra el gobierno del Rey mesiánico, su equidad y su justicia, la duración de su reino, lo dilatado de sus fronteras:

«Dominará de un mar a otro,
desde el río hasta los confines del orbe.
Ante él se postrarán los habitantes del desierto,
y sus enemigos morderán el polvo.
Los reyes de Tarsis y de las Islas le pagarán tributo;
los reyes de Saba y Seba le ofrecerán presentes.
Todos los reyes se postrarán ante él;
todas las naciones le estarán sometidas (8-11).

En los días de prosperidad como en los tiempos de tribulación, esta promesa davídica, laureada con la gloria del Mesías, era el contento y el consuelo de los israelitas, como lo muestran los salmos CXXXII y el LXXXIX. Tiene una gran semejanza con el salmo LXXII el vaticinio mesiánico de Zacarías:

Salta de alegría, hija de Sión!
Da gritos de contento, hija de Jerusalén!
Mira que tu Rey viene a tí;
él es justo y protegido de Dios,
humilde y montado sobre un asno
y sobre un pollino, hijo de una pollina.

Yo quitaré los carros de guerra de Efrain,
y los caballos de Jerusalén,
y el arco de combate será destruido.
El hablará a las naciones;
su dominación se extenderá de un mar a otro,
desde el río hasta los confines de la tierra» (IX, 9 s.)

Pero el rey en Israel era el representante de Jahvé, verdadero Señor y verdadero Rey del pueblo escogido, que tenía su morada en el Templo y cuya gloria se derramaba sobre el palacio del rey y sobre su trono. Por esto no es extraño que a veces los profetas o salmistas celebren a Jahvé como a Rey de Israel y, sin expresa mención del Mesías, atribuyan directamente al Señor la obra mesiánica. Era natural que esto sucediese, sobre todo en las épocas en que Israel carecía de rey o éste no respondía a los planes divinos.

Isaías, en su vaticinio apocalíptico, nos presenta a Jahvé de los ejércitos reinando en la montaña de Sión y en Jerusalén, y haciendo brillar su gloria ante los ancianos de su corte. Los pueblos poderosos le glorificarán, y las ciudades de las naciones fuertes le reverenciarán.

Y Jahvé de los ejércitos preparará,
sobre esta montaña, para todos los pueblos,
un festín de carnes exquisitas,
un festín de vinos generosos,
de carnes exquisitas y substanciosas,
de vinos bien clarificados,
y desgarrará sobre esta montaña,
el velo que envolvía todos los pueblos,
y el manto que cubría todas las naciones,
y destruirá la muerte para siempre.
El Señor Jahvé enjugará las lágrimas de todos los rostros
y quitará el oprobio de su pueblo, de sobre toda la tierra,
porque Jahvé ha hablado» (XXIV, 21-XXV, 8).

Sofonías, después de describirnos el juicio de Dios sobre las naciones todas y sobre Jerusalén, concluye diciendo que dará a todas las naciones labios puros con que invoquen el nombre de Jahvé, y que de común acuerdo le sirvan. Del lado allá de los ríos de Cus sus adoradores, sus dispersos, le traerán ofrendas (III, 9 s.) Pero el interés del profeta se dirige especialmente a Israel, ya libertado de la cautividad, restablecido en su patria, donde Dios mora en medio de él como Rey de Israel (III, 11-20).

Zacarías nos pinta también a Jahvé, que ha vuelto a Sión para habitar

en medio de Jerusalén. Esta será llamada ciudad de la verdad, montaña de Jahvé de los ejércitos, monte santo. Reducirá los cautivos, que habitarán en medio de Jerusalén; ellos serán el pueblo de Jahvé y Jahvé será su Dios. «Y vendrán los pueblos y los habitantes de gran número de ciudades, y unos a otros se dirán: Ea, vamos a implorar a Jahvé, busquemos a Jahvé de los ejércitos.—Yo también quiero ir con vosotros. Y pueblos numerosos y naciones potentes vendrán a buscar a Jahvé de los ejércitos a Jerusalén y a implorar a Jahvé. Así habla Jahvé de los ejércitos: En aquellos días diez hombres de todas las lenguas de las naciones agarrarán a un judío por el manto y le dirán: También queremos ir en vuestra compañía, porque sabemos que con vosotros está Dios» (VIII, 3-23). El último capítulo de este profeta nos describe un ataque de todas las naciones contra Jerusalén, que serán deshechas por el poder de Dios; pero los que de ellas quedaren vendrán cada año a Jerusalén para postrarse ante el Rey Jahvé y celebrar la fiesta de los tabernáculos» (XIV, 16-21).

Los salmistas celebran en sus cánticos la soberanía de Jahvé sobre toda la tierra. Todas las naciones, a la vista de los prodigios que Dios obre en el mundo y sobre todo con su pueblo, quedarán pasmadas y se volverán hacia el Señor para alabarle (Cfr. LXVII, XCIII, XCVI; XCVII; XCVIII; XCIX).

En los planes de Dios la cautividad y dispersión de Israel entre los pueblos servirá para dar a conocer al Señor y preparar las naciones a recibir la salud mesiánica (Tob. XIII, 11 ss.; Ez. XXXIX, 20 ss.; Miq. VII, 15 ss). Así nos anuncia Isaías la conversión de las dos grandes naciones que en su época combatían en los campos de Palestina, Asiria y Egipto:

> En aquel día, Israel se juntará como un tercero
> con Egipto y con Asiria,
> para ser una bendición en medio de la tierra;
> Jahvé de los ejércitos los bendecirá diciendo:
> «Bendito sea Egipto mi pueblo,
> y Asiria la obra de mis manos,
> e Israel mi heredad» (XIX, 24 s.)

En la segunda parte el profeta nos pinta a Dios levantando su mano hacia las naciones, entre las que viven dispersos los hijos de Israel, y alzando una bandera para convocar a los pueblos, que vendrán trayendo sobre sus espaldas a los israelitas y convirtiéndose en sus servidores, por el deseo de participar de las bendiciones divinas, de que los ven colma-

dos por su Dios (XLVIII, 22 s.) Es significativo el último verso de este trozo: «Los que esperan en mí no serán confundidos». La misma idea nos ofrece el capítulo LXI, en que los extranjeros se convierten de su voluntad en servidores de Israel

De esta manera la ciudad de Jerusalén vendrá a ser la metrópoli de todo el mundo. Es hermoso a este respecto el pasaje de Isaías (II, 2-4), referido también por Miqueas (C IV, 1-5), que nos representa la montaña de la casa de Dios levantada sobre todos los collados y a las naciones que corren hacia ella, diciendo:

«Venid, y subamos a la montaña de Jahvé,
al monte del Dios de Jacob.
El nos instruirá en sus caminos,
y caminaremos por sus sendas;
porque de Sión saldrá la ley,
y la palabra de Dios de Jerusalén.
El será el árbitro de las naciones,
el juez de pueblos numerosos;
y convertirán sus espadas en rejas de arado,
y sus lanzas en hoces;
una nación no se levantará contra otra,
ni se adiestrarán para la guerra».

El salmo LXXXVII celebra a Sión como ciudad cosmopolita, en la que todos tendrán derecho de ciudadanía, como si en ella hubieran nacido:

¡Sus cimientos están asentados sobre los montes santos!
Jahvé la ama sobre todas las puertas de Sión,
sobre todas las moradas de Jacob.
¡Maravillas se han dicho de tí,
ciudad de Dios!
«Yo señalaré a Rahab y a Babilonia entre los que me conocen;
he aquí los filisteos, y Tiro con Etiopía:
en Sión son ellos nacidos.
Y de Sión se dirá: Este y este ha nacido en su seno;
el Altísimo es quien la ha fundado.
Jahvé escribirá en la lista de los pueblos:
«El ha nacido en Sión».

No se podía describir en términos más claros la vocación de todas las naciones, y lo que es más, la igualdad de todas ellas.

Isaías nos ofrece la misma idea en una forma, si no tan poética, no menos clara:

«Así habla el Señor:
Observad el derecho y practicad la justicia,
porque mi salud está para llegar,
y mi justicia va a manifestarse.
¡Dichoso el hombre que hiciera esto,
y el hijo del hombre que a esto se adhiriere fielmente,
guardándose de profanar el sábado,
y absteniéndose de hacer ningún mal!

He aquí el principio general necesario para entrar en la alianza de Dios. Veamos ahora a quiénes se aplica.

Y no diga el hijo del extranjero, que se adhiere a Jahvé,
«Jahvé me excluirá de su pueblo».
Y no diga el eunuco:
«Yo soy un árbol seco».
Porque así hablaba el Señor a los eunucos:
«Los que guardaren mis sábados,
y eligieren lo que me es agradable,
y se adhiriesen fielmente a mi alianza,
yo les daré en mi casa y dentro de mis muros,
un monumento y un nombre,
de más valor que los hijos y las hijas;
yo les daré un nombre eterno,
que no perecerá.
Y los hijos del extranjero, que se adhirieren a Jahvé,
para servir y amar su Nombre,
para ser sus siervos,
todos los que guardaren el sábado,
y fueren fieles a mi alianza,
yo los conduciré a mi monte santo,
y los alegraré en mi casa de oración;
sus holocaustos y sacrificios serán bien recibidos en mi altar;
porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos.
Palabra del Señor, de Jahvé,
que reune a los desterrados de Israel.
Yo recogeré también otros con él,
y los juntaré con los que están ya reunidos» (LVI, 1-8).

Aquí parece olvidarse el profeta de los privilegios de Israel, como pueblo escogido de Dios, para poner de relieve el principio fndamental de los planes divinos: «Quien invocare el Nombre del Señor, no será confundido». Mas de ordinario el universalismo del reino de Dios va unido a la condición privilegiada de Israel, y hasta podemos decir, que la tiene

por base. Veamos el cap. XXIII de Isaías, que trata del asedio y ruina de Tiro, para terminar vaticinando que

> Al cabo de setenta años, Jahvé visitará a Tiro,
> que recibirá de nuevo su salario,
> y se prostituirá de nuevo a todos los reinos de la tierra
> sobre la haz del mundo.
> Y sus ganancias y su salario serán consagrados a Jahvé,
> y no serán amontonados ni atesorados;
> porque sus ganancias pertenecerán a los que moran ante Jahvé,
> que de ellas serán alimentados y saciados,
> y vestidos con esplendor (vv. 17 s.)

Las ganancias del tráfico, con que Tiro se enriquecía, serán ofrecidas al Señor en su Templo para uso de los que le sirven. Imagen apropiada para expresar la incorporación de Tiro al culto de Dios y la posición privilegiada de Israel como pueblo sacerdotal.

Más brillante es el cap. LX, en que el profeta nos pinta a Jerusalén resplandeciente con la gloria de Jahvé, al pueblo disperso volviendo a su patria acompañado de las naciones todas, que vienen atraídas por esa gloria, y seguidas de las caravanas que del Oriente y del Occidente traen las riquezas del mundo, cantando las alabanzas de Jahvé. «Porque la nación y el reino que no te sirvieren (a Israel) perecerán enteramente» (v. 12). En el capítulo siguiente leemos también la misma idea de que los extranjeros serán los servidores de Israel, «pero vosotros seréis llamados sacerdotes de Jahvé, ministros de nuestro Dios, y comeréis las riquezas de las naciones, y os adornaréis de su munificencia» (v. 6).

Concuerda con este vaticinio el de Ageo, al anunciar la gloria del segundo templo:

> «Porque así dice Jahvé de los ejércitos:
> Aún un momento, será dentro de poco,
> yo conmoveré los cielos y la tiera,
> la mar y el continente.
> Commoveré todas las naciones,
> y vendrán aquí los tesoros de todas las naciones
> y llenaré de gloria esta casa,
> dice Jahvé de los ejércitos.
> Mío es el oro y mía es la plata,
> dice Jahvé de los ejércitos.
> Grande será la gloria de esta casa,
> la última más que la primera;
> en este lugar pondré la paz,
> dice Jahvé de los ejércitos» (II, 6-9).

Con más sencillez de estilo invita Zacarías a Sión a regocijarse, anunciándole que el Señor vendrá a habitar en medio de ella y le agregará muchas naciones, que vendrán a ser su pueblo» (II, 10 s.)

La conducta reprensible de los sacerdotes en el Templo sirve a Malaquías para predecir la universalidad del culto divino, desligado del Templo jerosolimitano y del antiguo principio de la unidad del altar: «Yo no me complazco en las ofrendas de vuestras manos, porque desde el levante al poniente grande es mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se ofrece a mi nombre incienso y sacrificios y una oblación pura, porque mi nombre es grande entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos» (I, 10 s.)

Todos estos vaticinios están ligados a las condiciones en que se devolvía la vida de Israel o de Judá. De este modo el pueblo podía entenderlos y asimilarlos mejor. Seguramente que su inteligencia no se ajustaba del todo a la intención divina de los profetas, que se dejaban llevar de la forma material del vaticinio y no siempre discernían debidamente de la forma literaria el pensamiento profético; pero al fin podía entender la substancia del mismo y aprovecharse de él para su edificación y para responder a su vocación mesiánica.

Esto constituye el ropaje nacional con que se presentan en los Profetas los vaticinios mesiánicos. Pero al mismo tiempo se deja bien claramente traslucir la idea universalista de esas promesas, la ampliación de la promesa hecha a Abraham, de que, en su descendencia, serían bendecidas todas las naciones de la tierra. El principio fundamental de estas declaraciones universalistas lo constituye un elemento espiritual, la docilidad en seguir las inspiraciones de Dios y sus mandatos, que en substancia no es otra cosa que aquella filiación abrahámica de la fe, que luego veremos más francamente asentado por S. Pablo. Los que imiten la fe y obediencia de Abraham participarán de las bendiciones mesiánicas, sean judíos o gentiles, los que se aparten de esa conducta, serán desechados de Dios igual que sean gentiles que judíos.

Este principio fundamental no contradice las promesas especiales hechas a Israel, su situación de pueblo privilegiado en el reino mesiánico, que sin duda Dios cumplirá, más generosamente de cuanto pudo nunca soñar la fantasía israelita. ¿Pero quién conoce los abismos de la sabiduría de Dios y los recursos de su omnipotencia puestos al servicio de su verdad?

Fr. Alberto COLUNGA, O. P.

Salamanca.

(Continuará).

LA MISTICA ALEMANA

1.—La mística de la vida.

Cada alma tiene marcadas sus horas en el orden de la gracia y registrados sus dichosos instantes, en que Dios se le manifiesta con especial benevolencia, la llama más claramente que otras veces, y le procura oportunidades para ejecutar acciones grandiosas y sacrificios heróicos, concediéndole también más abundantes auxilios sobrenaturales, con los que él quiere abrazarla como a esposa suya, para tenerla amorosamente muy cerca de sí y santificarla, de tal modo que, ya aquí en la tierra, llegue a consumarse en ella lo más bello y lo más santo de que es capaz: la perfección completa de la naturaleza por lo sobrenatural. Esto mismo ocurre exactamente con los pueblos.

Le está reservada a cada pueblo una época en que Dios se le aproxima especialmente, en que ese pueblo, con sus caracteres y disposiciones peculiares, ha de ser llevado, por obra de la gracia, al más alto desarrollo de sus potencialidades religiosas, en que se le ha de imprimir, a su manera, el ideal del Cristianismo, y en que ese pueblo debe contribuir a elaborar y hacer ver la fuerza maravillosa de la Religión—la verdadera Religión católica—sobre el espíritu humano, sujeto a tantos influjos de la naturaleza, la patria, la etnología, la sangre y la raza.

En muchos pueblos este período se puede precisar con exactitud casi hasta en los años. Mas no coincide necesariamente con las magnas floraciones temporales de ese pueblo, si bien por parte de la gracia, no exista impedimento alguno para ello. En el pueblo alemán se designa este período con el nombre de *Mística alemana*. Puede entenderse esta denominación de dos maneras; primero en un sentido amplio, incluyendo la preparación histórica y su fin: luego en un sentido más riguroso, designando el florecimiento propriamente dicho. Ateniéndonos

al primer sentido, comienza hacia 1100 y termina en 1500. Pero si nos atenemos al segundo, se extiende ese período de 1200 a 1400. Es aquella misma época en que los famosos Hohenstaufens, habían concentrado en sus manos el poder en el siglo XII, y cuando, al final del siglo siguiente, subía al trono de Alemania, con los Habsburgos, un linaje verdaderamente noble. Es aquel período en que comenzaba a despertarse la vida municipal y tomaba un vuelo inesperado la industria y el comercio. El mismo tiempo en que se empezaba a reflexionar sobre el valor de las ciencias y se ponían los fundamentos del posterior florecimiento de las Universidades alemanas. Son aquellos siglos en que se erigían en casi todas las ciudades alemanas de importancia, esas catedrales que se yerguen todavía hoy hacia los cielos, como monumentos magníficos de la piedad católica.

Bajo el nombre de Mística alemana se puede comprender, por una parte, la vida sobrenatural practicada bajo el influjo de la gracia, es decir, la vida de los santos que tenía Alemania en aquellos días; mas, por otra parte, se puede entender por Mística alemana la doctrina sobre los altos grados de la vida espiritual según ha llegado hasta nosotros en los documentos cristianos de aquel período. El primer aspecto nos ofrece la mística de la vida; el segundo la mística de los libros.

La vida que llevaban los místicos alemanes, no era esencialmente otra cosa que la vida cristiana auténtica, vivida bajo el cielo alemán, dentro de las relaciones de hombres alemanes, dotados de disposición y temperamento alemanes. El hombre alemán de la Edad Media, ofrecía al Cristianismo un alma casi completamente inmune de la cultura y corrupción griega y romana; un alma en la que, la suave inclinación romántica a entregarse sin reservas al ideal, y la valentía arriesgada de gigantes, manaban como dos fuentes de energía vital; un alma en la que las antiguas costumbres de la tribu, según los principios primitivos, elevaron a su más alto grado las propiedades características del alemán: un amor incondicionado a la verdad y una fidelidad inquebrantable a la familia, a la tribu, al jefe, al amigo, a la propia palabra. Si almas semejantes hubieran abrazado a medias el cristianismo, hubieran aparecido también santos a medias, o mejor dicho, cristianos siempre indecisos entre el mal y el bien; pero desde el momento que lo abrazaron y se penetraron de él completamente y sin reservas, hubo héroes y santos en el pleno sentido de la palabra, es decir, místicos verdaderos.

Una rápida ojeada sobre los santos alemanes de aquel tiempo reconocidos por la Iglesia, nos muestra cómo aquella ola sobrenatural, aquella

nube de la gracia que estaba predestinada para el pueblo alemán, primero lo invadió por sus clases superiores, y después fué descendiendo paulatinamente, penetrando finalmente en las más humildes, para luego desaparecer. Allí está, en los umbrales del siglo XII, S. Bruno de Colonia (1030-1101), que nació de una familia ilustre y tuvo que administrar altos cargos eclesiásticos. Desde su niñez se había dado totalmente al servicio de Dios, esforzándose en la oración por unirse lo más íntimamente con El. Fué un verdadero místico de la vida y el fundador de la Orden de los Cartujos, la Orden de la contemplación. Próximo a él está San Norberto de Xanten (1050-1134), el fundador de la Orden premonstratense. Este no se entregó ya desde joven al ideal; al contrario, corrió tras las alegrías del gran mundo, hasta que un día cayó junto a él un rayo en la soledad de Vreden, transformándole tan profundamente que el experto místico Ruperto de Deutz no pudo hallar mejor compañía.

En los siglos XIII y XIV penetró ya la ola sobrenatural en la clase media. Aquí vemos la atrayente figura del santo premonstratense Hermann Joseph (1150-1241), originario de una familia acomodada de Colonia, el cual ingresó en Steinfeld a los 12 años de su edad. Su vida no nos ofrece nada de cuanto se tiene por grande en el mundo; debió deslizarse más bien entre los ejercicios del oficio coral, las funciones de sacerdocio y de sacristán mayor, y en la cura espiritual de la pequeña parroquia de Eifel y de los vecinos conventos de religiosas. Todo esto sabía el santo saturarlo con un místico perfume de purísima veneración a María. Llegó él, a su vez, a ser tan distinguido por la Madre de Dios con numerosas apariciones y gracias de todo género, que, con justicia, debe designársele como el mayor místico mariano. En él se encuentra por primera vez el místico desposorio con la Santísima Virgen, y en él se halla exclusivamente la elección del nombre de José, como expresión de sus relaciones con la Madre de Dios, que debían ser parecidas a las del santo ayo de Jesús. Un antiguo biógrafo termina su obra, escrita en descuidados versos, con estas palabras:

Sanctorum vere legitur tot nullus habere
ut Joseph alloquia cum Virgine matre Maria.

En el siglo XIV nos encontramos con el más dulce de todos los místicos alemanes, el B. Enrique Susón (1205-1366). Era un hombre de un sentimiento transparente, de un corazón de fuego, de un espíritu emprendedor; un hombre que practicaba aquellas penitencias cuya sola lectura aún hoy nos infunde pavor, un hombre al mismo tiempo tan suave para los

demás, que sus cuidados y sacrificios por el prójimo, nos evocan enseguida el amor de una madre. De sus escritos se hablará después al tratar de la mística de los libros.

En el siglo xv se extiende la corriente mística de la gracia, hasta las ínfimas capas del pueblo alemán. Aquí vemos al bienaventurada labrador y ermitaño Nicolás de Flüe (1417-1487). Tuvo que administrar la casa paterna muchos años; siendo padre de diez hijos abandonó el mundo a la edad de 50 años con la aprobación de su mujer y vivía como ermitaño, ayunando, con muy escaso sueño, orando, prestando buenos consejos y pasándose horas enteras de pie e inmovil ante un cuadro de la Santísima Trinidad, que él se había proporcionado según el modelo percibido en una visión. Nicolás no sabía leer ni escribir. Carecía de todo esto que nosotros entendemos por cultura, y había sido, sin embargo, llevado por la gracia a las más altas esferas de la contemplación. Ahí está como representante de aquel pueblo, sobre el que se difundió la nube de la gracia, para desaparecer desgraciadamente luego que Alemania sucumbió a la Reforma.

Lo que hemos visto en los hombres, se observa también en las mujeres. Se adelanta a todas, como heroina y profetisa, Santa Hildegarda de Bingen (1098-1179), la cual puede rivalizar con S. Bernardo en el influjo que ejerció sobre su siglo. No sabemos qué admirar más en su vida, si su entrega conseciente a Dios con un total olvido de sí misma, o los extraordinarios fenómenos místicos de visión profética, penetración de los corazones y una fuerza de atracción y de simpatías casi mágica. Estuvo en muy estrechas relaciones con los príncipes y los Papas.

En el siglo siguente están las más grandes princesas alemanas, como Santa Isabel de Turingia (1207-1231) que tan grande aparece, ya se la mire como reina soberana o como simple terciaria, porque en todo buscaba a solo Dios y por todas partes lo encontraba. Juntamente con ella debe mencionarse el grupo escogido de las místicas de Helftaern, pertenecientes al mismo siglo: la gran Gertrudis, que con tanta delicadeza y originalidad vivía místicamente la Liturgia y así infundía nueva vida en otros sectores, la dulce Matilde de Hackeborn, espiritualmente afin de Gertrudis y la benigna dominica Matilde de Magdeburgo.

Descuellan en el siglo siguiente sobre todas las demás las dos Ebner, ambas dominicas: Cristina en Engeltal y Margarita en Medigen. Procedían éstas de la clase media, pero no eran inferiores a las de Helftaern en instrucción, ni tampoco en gracias y favores místicos. Ocupaban casi toda su vida y sus pensamientos los desposorios espirituales y los sufri-

mientos místicos, independientemente de la Liturgia, pero relacionados con determinados puntos de consideración, ligados como en un rosario. Este mundo interior tenía a Margarita tan poseída, que a veces, creía que iba a morir de compasión con el paciente Salvador; otras veces se sentía tan dominada por las alegrías de su gloria, que no podía ocultar su júbilo.

En el siglo xv predominan dos figuras de la clase popular; la piadosa Betha de Reuthe (1386-1420) y la sufrida y alegre beata Lidwina de Schidan (1380-1432). Las dos eran, a los ojos del mundo, criaturas insignificantes; pero, a pesar de esta humildad exterior, fueron igualmente penetradas por la gracia y elevadas a no menos altura mística que las famosas representantes del siglo precedente.

En torno a los hombres mencionados, como también ocurre con las mujeres aludidas, pueden aún agruparse muchas otras figuras, reconocidas, en parte, públicamente por la Iglesia o señaladas simplemente por la veneración del pueblo, las cuales todas estaban empapadas y animadas del mismo espíritu. Y todas nos muestran que Dios quiso un día aproximarse especialmente a este pueblo, que su mística nube de su gracia descansó sobre él invadiendo todas sus clases sociales. El haberse retirado aquella ola de la gracia, no provino precisamente de que Dios no quisiera entregarse por más tiempo a este pueblo de aquella manera especial, sino de que el pueblo se entregó a otras corrientes hostiles al cultivo de las elevadas gracias místicas Y es que en el tiempo de la gracia no se había afianzado en ella de tal manera, que pudiera resistir a las corrientes contrarias. En el siglo xv inició el Humanismo su predominio sobre Alemania y la vida de la fe empezó a decaer; vino después, en el siglo xvi, el Protestantismo, y con él el fin de la verdadera mística católica.

Lo que se ha realizado una vez en la historia, no podrá volver de nuevo a existir del mismo modo, pero sí con otros matices tal vez más bellos. Por eso debemos esperar que Dios dé nuevamente al pueblo alemán luces especiales de su gracia, bajo las cuales se reproduzca una nueva primavera mística.

2.—La mística en los libros.

Siendo este período de la mística alemana tan rico en nombres de uno y otro sexo que vivieron la auténtica vida mística de estrechísima unión con Dios en la contemplación y la caridad, no lo es menos en monumen-

tos de doctrina mística. Estos documentos escritos, ya sean informaciones sobre la vida mística que han llevado, o avisos para la dirección de esa vida mística, podemos clasificarlos muy bien, atendiendo a su importancia, en seis grupos, de los cuales el primero y más principal comprende

a) *Las Autobiografías de los místicos alemanes.*

La vida mística, tomada estrictamente como contemplación infusa, es un proceso interior que se desarrolla entre Dios y el alma favorecida, en lo más escondido del alma, en el ápice del alma, como decían los antiguos, en el más íntimo santuario de las energías del espíritu. Tiene esta vida interior, a causa de estar el alma esencialmente unida con el cuerpo, fenómenos perceptibles físicamente, que la acompañan y la envuelven como el marco rodea al retrato; tales son los desfallecimientos, la rigidez de los miembros, elevación del suelo, insensibilidad para las impresiones exteriores; las mismas visiones y profecías debemos calificarlas como carismas pertenecientes a un campo exterior de la mística. Todas estas cosas pueden ser y son percibidas por otros. Frecuentemente se consideran como lo esencial de toda la mística, cuando no son más que accidentes que, de ordinario, disminuyen considerablemente en los más altos grados de la mística, y, a veces, desaparecen por completo. Lo esencial de la mística, la contemplación nacida de la caridad, la dichosa percepción de la presencia de Dios en el alma y su acción en ella, esto no lo perciben los demás, de eso sólo sabe el alma afortunada. Por este motivo, en la historia de la Mística, debemos acudir en primer lugar a los relatos personales del que ha pasado por esa vida. Cuando él mismo que los ha experimentado los escribe, sea por propia iniciativa, sea por imposición de los directores de almas, tenemos las autobiografías místicas, y con ellas el más importante auxiliar para la historia de la Mística. Se presupone, naturalmente, que se trata de un alma verdaderamente mística y que el relato responde a la verdad.

Además de ser las Autobiografías las más estimadas fuentes para la historia de la Mística, son también de gran importancia para la interpretación científica de los hechos místicos. Pero bajo este punto de vista, hay que precaverse contra las exageraciones. Puede ser auténtico un hecho místico; puede obedecer su reproducción o redacción a los más puros motivos, y sin embargo perder en valor, porque faltan la preparación, la cultura y los conocimientos requeridos para tal reproducción. En este caso tiene frecuentemente más valor para la inteligencia científica de la Mís-

tica el juicio de un teólogo, aun cuando no haya pasado por la vida mística, que tales auto-testimonios.

En lo que atañe a la mística alemana, nos hallamos en el caso afortunado de poseer auto-testimonios en forma biográfica y en no pequeño número. Las dos primeras cronológicamente son también las primeras en importancia, y casi se podría decir, los modelos para todas las siguientes. Ellas confirman también lo dicho acerca del valor.

La primera de estas obras es la Vida del beato Enrique Susón. El concienzudo crítico de la mística alemana José Bernhart dice de ella: «Es el primer ejemplo de una autobiografía publicada por el mismo protagonista en lengua alemana. Este monumento literario nos permite ver la elaboración interna de la personalidad, como ninguna otra obra de la época. La riqueza luminosa de esta individualidad arroja tanta luz sobre todos sus aspectos humanos, que ilumina, a la vez, todo su tiempo. Prescindiendo de Matilde de Magdeburgo, es sin duda Susón el único místico alemán que ha descubierto toda su personalidad hasta las más delicadas fibras del alma, y con esto nos ha dadr una respuesta a las cuestiones sobre la fuente primordial y los resultados espirituales de cuanto conocemos por los documentos. La plenitud interna, la capacidad de percepción, la agilidad del sentimiento, y la incesante movilidad de la mirada es característica en el testigo de la Edad Media, y puede prestar al lector de hoy la sensación de una presencia inmediata» (1).

Debemos la Vida de Susón a la habilidad de una mujer. Cuando, en 1334, hubo de ser removido nuestro beato de su oficio de Lector en Constanza, le fué encargado el cuidado espiritual de algunos conventos de dominicas. Hubo de encontrar discípulas agradecidas, sobre todo en Suiza, en el convento de Töss. Entre éstas se distinguió especialmente por su afabilidad y su adhesión agradecida, la hermana Isabel Stagel, natural de Zurich. Esta mujer se dió maña, para sonsacar a su director espiritual toda clase de datos sobre su propia vida. Todo cuanto él le contaba para su edificación, lo escribía ella secretamente y lo prestaba a otras religiosas animadas del mismo espíritu, hasta que Susón descubrió el piadoso latrocinio y exigió la entrega de todo. En un primer movimiento hizo quemar la escritura. Pero, cuando, poco después, le fueron entregadas más copias, las conservó, y, decenios más tarde, poco antes de su muerte, las corrigió él para su difusión. Esto forma la primera parte del llamado *Ejemplar,* es decir, de la primera edición de sus obras, redactada por el

(1) J. Bernhart. Die philosophische Mystik des Mittelalters (München 1922) 199 ss.

mismo Susón. Esa primera parte se divide, a su vez, en dos secciones. La primera trata de la vida del Santo, su conversión, sus penitencias, sus visiones y consuelos, todo reunido con miras a la edificación. En la sección segunda está dedicada a Isabel Stagel, a la que ofrece como accesible un guía para la vida perfecta en las escenas de la vida de Susón, y termina con algunos discursos doctrinales sobre difíciles cuestiones prácticos de la Mística, hechos en forma de diálogo entre Susón e Isabel.

El autor antes citado dice sobre esta exposición: «Todo cuanto Susón medita o reflexiona adquiere un espiritual movimiento para conmover todos los afectos: la vaga melancolía del amor impetuoso, la simpatía dolorosa y alegre con todas las criaturas, las delicias de la posesión extática y el tormento de la lucha religiosa sobre sí mismo que sobrepasa toda medida en la purificación ascética del cuerpo».

Del estilo de Susón dice el famoso editor de sus obras, Profesor Bihlmeyer: «El lenguaje de Susón es un alemán de un atractivo irresistible, flexible, enérgico, de grande agilidad harmoniosa, puro y transparente como el cristal. Es un escritor de una habilidad consciente y de un gusto finísimo... Susón es un conocedor del espíritu como pocos, que ilumina los más escondidos pliegues del corazón y sabe exponer los más delicados movimientos del sentimiento. Se encontrará en él, con abundancia, algo muy suave, muy dulce y aún melancólico, que desarma al crítico, con su siempre encantadora ingenuidad, su candorosa infantilidad y sencillez» (1).

Contra esta magnífica creación de la Mística alemana, se ha levantado el reproche de la inautenticidad, en el sentido de que no hay en ella una exposición históricamente sincera de los hechos, sino que éstos han sido embellecidos novelescamente por el mismo Susón o por alguno de sus discípulos. Defienden esta opinión R. Rieder (1909), H. Lichtenberger (1910) y N. Heller (1926). En sentido contrario han intervenido enérgicamente los más famosos monografistas de Susón, como Bihlmeyer (1910, 1913, 1930), Senn (1930), Thimme (1931), Pflanzer (1931) y Strauch (1932), de tal manera que aquel gran monumento de la Mística alemana queda, para nosotros, en todo su vigor y podemos todavía recrearnos en esta interesantísima producción de la Mística alemana que ya el protestante Preguer había calificado como «uno de los más bellos modelos de vida cristiana y casi único en su forma».

---

(1) K. Bihlmeyer. Die Sebstbiographie in der deustsche Mystik des Mittelalten (Theol. Quartalschrift 1933) 536.

La segunda obra que aquí debemos mencionar la constituyen las revelaciones de la dominica beata Margarita Ebner (1291-51), compuestas casi al mismo tiempo que las de Susón. Escribía Margarita por encargo de su director, el presbítero Enrique de Nördlinga, o hacía escribir lo que experimentaba en materia de Mística, cuando se hallaba impedida por enfermedades o debilidad. Enrique ojeó estos relatos, los corrigió y envió todo a la Vidente. Bihlmeyer da el siguiente juicio sobre esta obra, editada críticamente por el profesor Strauch: «Es un documento autobiográfico en el pleno sentido de la palabra, contado, en primera persona, sin grandes vuelos poéticos y desprovista de la técnica teológica especulativa; es el espejo cristalino de un alma femenina, atrayente, inquieta, filialmente piadosa y sincera». Zöpf, que se ha ocupado especialmente del examen de las Revelaciones, encarece su independencia individual y la ausencia de toda imitación superficial y de toda exageración.

Margarita habla de sus enfermedades, de su imposibilidad de practicar mortificaciones más fuertes, de sus visiones, de la vida conventual y de algunos acontecimientos del mundo que llegaban a su conocimiento. Todo ello es como el marco que adorna el contenido esencial de sus Revelaciones: el crecimiento de la presencia divina en su alma. De esto habla ella aquí y allí con insistencia, hasta cansar casi al lector, porque le falta la habilidad para amenizar la exposición con una expresión variada.

La autenticidad de esta obra, caracterizada con todas las señales de la más clara veracidad, no ha sido, hasta hoy, puesta en tela de juicio, a pesar de que no se conserva el autógrafo, sino solamente una copia confeccionada dos años después de la muerte de la Beata.

Las numerosas autografías que siguen a estas dos, han sido extensamente discutidas y valoradas según la crítica por el Prof. Bihlmeyer en los artículos ya citados. Mas ninguna de ellas iguala en importancia a la *Vita* de Susón.

b) *Biografías.*

Al lado de las autobiografías están las descripciones de la vida de personajes importantes favorecidos místicamente, y hechas por sus contemporáneos. Abunda en estas vidas el período de la mística alemana, como que un género especial de biografías tiene su origen en este tiempo: las llamadas *Nonnenviten*, vidas de monjas. Se comprenden bajo esa denominación colecciones de pequeños resúmenes de vidas con el casi exclusivo material de las gracias místicas y carismáticas.

Como primera obra de este género pasa la colección de Catalina de Gebweiler, que, hacia 1330 proporcionó tales descripciones, unas más largas y otras más cortas, de cincuenta de sus hermanas del convento dominicano de Unterlinden, en Kolmar. Conservamos obras parecidas de los siguientes conventos de dominicas: de Töss, donde Isabel Stagel, la discípula de Susón, escribe hacia 1360, sobre 40 monjas; de Adelhausen en Friburgo de Brisgovia, en donde Ana de Munzingen nos describe las gracias con que estaban adornadas 34 hermanas; de Katharinental en Dissenhofen, que conoce hasta 54 favorecidas por las gracias místicas de Otenbach en Zürich, donde se habla de 6 mujeres y de tres de ellas muy extensamente; de Kirchberg, cuya crónica ha llegado a nosotros en una triple redacción; de Weil en Esslingen, cuyos apuntes se han conservado muy escasamente; y finalmente de Engeltal de Nürnberg.

El Dr. Oehl dice en generalmente de estas colecciones: «a pesar de su caráter nada crítico, ingenuamente fantástico y femenino, estas místicas Nonneviten, desde el punto de vista histórico-cultural, psicológico y poético, son de muy alto valor, de mucho atractivo, y, algunas veces, de una belleza encantadora. Este género literario es propio y exclusivo de la Mística alemana» (1). También Adolfo Harnack, tan alejado interiormente de esta Mística católica, tiene para ella estas favorables palabras: «¿Qué historiador de sincero sentir no participará gustoso de estos frutos de la Mística o podrá despacharlos con sólo encogerse de hombros? Y ¿qué cristiano no beberá gustosamente, con espiritual alegría de la fuente viva de intuiciones, que de aquí brota?»

La Crónica de Unterlinden está redactada en latín y en un latín que ha sido muy admirado. Todas las demás *Viten* están en alemán y entre ellas sobresale la colección de Engeltal. Oehl pronuncia sobre ella el siguiente juicio: «Este librito, juntamente con las Nonneviten de Töss de Isabel Stagel, es de lo más atrayente, poético y precioso que puede ofrecer este género místico de biografías de monjas». Se considera como autora a la dominica Cristina Ebner. Era esta hija, y la décima entre sus hermanos, del patricio de Nurnberg, Sigfredo Ebner. Fué educada piadosamente e ingresó de 12 años, en el convento de Engeltal, situado cerca de allí. Llevaba en el convento, una vida de penitencia rigurosísima en cuanto a los ejercicios exteriores. Gozó también de muchas gracias místicas. Con todo conservaba un sentido práctico muy claro para la

(1) Wilta Oehl. Mystikerbriefe des Mittelalters (München 1931) 197.

realidad que le rodeaba, como que administró importantes oficios y, hacia 1345 fué Priora del gran Convento. Estuvo en estrechas relaciones con Taulero y Enrique de Nordlinga. Otros se han ocupado de ella. Escribió sobre sus hermanas favorecidas por la gracia; dando a su librito este hermoso título: De gratiarum abundantia et onere. La obrita ha tenido una edición crítica, hecha en 1871 por Schröder, y desde entonces ha sido varias veces trasladada, entera o en parte al alemán moderno.

Adaptándose al gusto e inteligencia de sus lectoras, se ocupa Cristina mucho de los dones extraordinarios de la verdadera Mística, mas sin descuidar, en modo alguno, el punto esencial, como lo prueba el hecho siguiente. Dice de la hermana Adelaida de Entenberg: «Era una mujercilla delicada y una fiel servidora de Nuestro Señor. Le preguntaron un día si le concedía Nuestro Señor gracias especiales. Y ella dijo: No quiero hablar de eso. Sólo una cosa diré: Yo estuve, durante catorce días, día y noche, en tan gran consolación, que no penetró en mi corazón casi ningún pensamiento inútil».

Como modelo, véase este trozo final: «Había una hermana lega que se llamaba Berta y era de Nurnberg. Por muy absorta que estuviese en su oración, la suspendía cuando la reclamaba la obediencia. Ardía, en la oración, como una brasa. Lloraba todos los días de emoción y también tomaba diariamente la disciplina, cuando no estaba enferma. Un día, en que se leía el Evangelio del hallazgo de Jesús en el templo, se le apareció el Señor y estaba como en edad de doce años. Llevaba un vestido verde y una corona verde en la cabeza. Ocho días después le vió como niño recién nacido. Con estas visiones quedó muy encendida en amor y exultaba de gozo día y noche por mucho tiempo. Tenía el oficio de panadera mayor, y las monjas advertían frecuentemente que tenía más pan después de comer que antes, no obstante que había distribuido mucho. En la noche de Navidad estuvo una vez enferma. Se creía que iba a morir. Entonces levantándose de repente comenzó a cantar: ¡Cristo ha venido! Otra vez se encontró nuevamente enferma, y le dijo una voz: Levántate y reparte el pan al convento. Lo hizo así y quedó sana. Por fin expiró con santa muerte. Amén».

Además de estas colecciones de vidas, que se limitan casi exclusivamente a la reproducción de los dones místicos, existen otras biografías individuales, que amplían más extensamente el cuadro de la narración, si bien distan mucho todavía de lo que nosotros entendemos hoy por biografías. Generalmente descuidan mucho el elemento natural. Otras veces acumulan sencillamente la materia sin explicarla. Puede mostrarse, sin

embargo, que en aquel período, al menos hacia el fin, reinaba la aspiración de ofrecer exposiciones completas en lo posible, por la biografía de la beata Lidwina de Schiedam. Esta humilde alemana es uno de los más raros y pasmosos fenómenos de la mística en general. Nació en Schiedam en 1380. Era la quinta de nueve hermanos y la única mujer entre ellos. Su padre era de oficio sereno. Su estado económico era muy pobre. La piadosa niña, muy hermosa de cuerpo, sufrió a los quince años una grave desgracia. Estando patinando, fué arrastrada sobre el hielo por una compañera que resbaló; cayó violentamente y se rompió una costilla. Este fué el comienzo de una enfermedad que le duró toda la vida, a consecuencia de la cual Lidwina quedó toda convertida en una llaga. Al principio deseaba la salud muy ardientemente, pero después se arrepintió de ello y llegó a decir: «Si yo pudiera recobrar la salud con rezar una sola Avemaría, no lo haría. Sus días transcurrían entre orar, consolar a los demás y repartir las cosas que le llevaban y de que no tenía necesidad, porque vivió años enteros casi sin alimento alguno.

Fué escrita su Vida poco después de la muerte, ocurrida el 14 de abril de 1433, por el franciscano Juan Brugeman, que pertenecía al grupo de observantes y más tarde fué investido de la dignidad de Provincial. No había conocido personalmente a la paciente, sino que reunió todos los datos acudiendo a su director, a sus parientes y conocidos. La obra, escrita en latín, encontró mucha aceptación, pero no satisfizo a su autor. Y así, cuando un pariente de Lidwina publicó, en bajo alemán, un resumen de su vida, el P. Brugeman utilizó los datos allí contenidos, para la confección de una segunda Vida más extensa, también en latín. La obra apareció en 1448. Después de esta edición compuso Tomás de Kempen la Vida de la Santa. No ofrece en ella nada nuevo. Sólo atendió a pulir algo la redacción gramatical y reducir mucho su extensión, como él mismo dice: «Plura etiam de consilio quorundam religiosorum omisi inserere quae forte quibusdam simplicibus dubitationem aut quaestionem intricatam ingerere videbantur. Elegi ergo ex multis ea potius scribere et colligere quae mores instruerent».

Cuando el confesor de la Santa puso por escrito sus recuerdos, el P. Brugeman modificó por tercera vez su Vida. Reunió todo el material que pudo, dando fin a la obra en 1456. Se imprimió en 1498. Gracias a esta actividad y a ese abnegado amor, con que el P. Brugeman preparó su libro, podemos hoy nosotros formarnos una idea clara de las gracias místicas, como también de las relaciones humanas en que vivió la Santa. Podemos ver la casa donde habitó Lidwina, el cuarto donde estaba su le-

cho de sufrimiento y todos los enseres de que se servía. Podemos conocer a sus padres y a sus abuelos con todas las buenas o menos buenas características y propiedades de esta sencilla gente del pueblo. Podemos también entrar en familiaridad con sus hermanos y con los hijos de ellos, especialmente con el pequeño Balduino, que le prestaba los servicios más humildes y estaba ligado a su enferma tía por un tierno amor. De los sufrimientos y enfermedad de la Santa, nos es dado igualmente trazarnos un cuadro vivo. Es característico que su experiencia mística se enlaza siempre con la representación del banquete eucarístico. Ella, que renunciara a todos los goces terrenos y se pasaba largo tiempo privada absolutamente de alimento, se siente unida al Salvador, cuando tiene que acercarse en presencia de los ángeles y los santos a la mesa eucarística. La más hermosa y conocida de sus visiones es la imagen del rosal, en la cual veía simbolizada su propia vida.

Debe constar aquí en su antigua redacción: «Inter alias res mirabiles, quas haec sancta Virgo solebat videre in paradiso, vidit ante mortem suam ter vel quater in anno rosarum plantam; exilem primum, sed progressu temporis valde excrescentem, sub qua solebat requiescere. De qua arbuscula dicebat ei angelus, non prius quam percrevisset et rosae ejus omnes ad maturitatem venissent, ipsam Virginem morituram. Id cum ex ea intellexissent D. Joannes Walteri confessarius ejus et vidua Catharina, haec eam saepe interrogabant, numquid jam maturissent omnes ejus rosae. Nec aliud responsum referebat, quam adhuc multum deesse. Ast tribus ante obitum mensibus dixit Virgo jam adultam videri arborem omnesque ejus rosas esse apertas, ideoque sperare se quod non diu esset futura in vivis: prout reipsa contigit» (1).

No todos los biógrafos se han esmerado tanto en la elaboración de sus obras como el P. Brugeman, que pertenece al fin del período que arriba hemos señalado. Una composición sintética de él aún no se ha hecho hasta el presente. En qué proporción hayan contribuído los dominicos a la formación de esta literatura, se ve por el ejemplo de Teodorico de Apoldia que, no sólo escribió la más extensa biografía de Sto. Domingo del siglo XIII, sino que también enalteció a Sta. Isabel de Turingia en una Vida que fué muy leída.

c) *Cartas.*

En 1931 publicó el Profesor Dr. W. Oehl un volumen magnífico: Deuts-

(1) Acta Sanctorum. Aprlis II, 299.

che Mystikerbriefe des Mittelalters. El libro contiene 350 cartas de místicos. El editor advierte en la introducción: «De tres siglos y medio se ofrecen aquí, ya sea Cartas especiales casualmente conservadas, o partes extensas de grandes colecciones epistolares, recogidas de todo el territorio en que se habla la lengua alemana. No sólo se considera aquí extensamente la alta Mística alemana de los siglas XIII y XIV, ya bien conocida, sino también sus predecesores, en el siglo XII y sus continuadores en el siglo XV. Y también se toman especialmente en consideración amplia la poco apreciada Mística neerlandesa de la tardía Edad Media. En una palabra se trata de la Mística del pueblo alemán todo, en la Edad Media, en todos sus órdenes y países, desde los altos Alpes hasta el mar». Oehl no ofrece solamente las cartas que fueron compuestas originariamente en un dialecto alemán, sino también las escritas en latín, tanto aquellas que se escribieron en Alemania misma, como también otras cuyo autor vivía fuera, con tal que fuera alemán de nacimiento. La importancia de tales cartas para el estudio de la Mística es bien palmaria. En las relaciones por escrito se comunican muchas cosas, que el ánimo no se atreve a expresar de palabra: «Lo que conmueve lo más íntimo del hombre, se expresa espontáneamente en cartas confidenciales».

Como en este período que nos ocupa no acertaban muchos a distinguir entre las experiencias propiamente místicas y sus accidentes, por eso no no es de maravillar que en estas cartas, igual que en las biografías, ocupe lo secundario el lugar primero. Tiene, de todos modos, su importancia como otras cosas, que, sin tener que ver nada con la Mística, son relatadas en estas cartas y constituyen para el historiador de la cultura un hallazgo más precioso que la consignación de las gracias místicas. De la larga lista de autores y cartas, mencionemos aquí solamente dos, para hacer ver en ellos la importancia de las cartas: Isabel de Schönau y Jordán de Sajonia.

Al lado de la antes citada Santa Hildegarda de Bingen, está en el siglo XII otra célebre benedictina místicamente favorecida, Santa Isabel de Schönau. Pertenecía por su linaje a la nobleza renana. Nació en 1129 y de 12 años ingresó en el monasterio benedictino doble de Schönau. La piadosa monja, débil de complexión y de un ascetismo riguroso, recibió sus primeras visiones en 1152. El Abad le mandó escribirlas e Isabel fué conocida en un extenso círculo. Su hermano Eckberto, monje en el monasterio de varones, asumió su dirección espiritual. En 1157 ascendió Isabel al primer puesto en la dirección de su convento y murió diez años después, a los 37 años de edad. Sus escritos tuvieron muchos lectores en

la Edad Media, especialmente el libro de las Visiones, el libro del Camino de Dios y también la colección de cartas, que comprende 21 cartas de Isabel y 2 dirigidas a ella.

Isabel es, en contraposición a Hildegarda, un alma femenina muy tierna. No puede compararse con su contemporánea, ni en cultura, ni en fuerza de voluntad. Sus escritos, sin embargo, son más afectuosos y más inteligibles que las enérgicas obras de Hildegarda frecuentemente obscuras y sembradas de metáforas rarísimas. Padeció mucho Isabel con sus visiones, sobre todo desde que el Abad le mandó escribirlas y fué dado su nombre a la publicidad. Se sentía incapaz para distinguir entre lo que era propiamente visión y las vivas imágenes de su fantasía, y temía por las consecuencias de la publicación. Ella deseaba una dirección segura y se encargó de proporcionársela su hermano Eckberto. Que éste no tuvo discreción suficiente nos lo muestra la aprobación que dió a la fantástica leyenda de Ursula, mente a la que Oehl llama «el más desdichado fruto de la antigua mística alemana, una obra farragosa y fantástica». Aquella Isabel, que era sin duda un espíritu infantil, puro, amable y humilde, juguete de su imaginación vivida y del consejero a quien se había confiado, no sabía distinguir bastantemente.

Debemos citar aquí algunos pasajes de su primera carta, que demuestra la dificultad de ver claro, aneja a la mística de todos los tiempos y su aspiración a una dirección segura.

«Isabel a su hermano Eckberto. Fué escrita hacia 1155 (1). Exiges de mí, hermano mío (y a esto has venido), que te hable de las misericordias de Dios, que él se ha dignado infundir en mí, según el decreto de su gracia.

Estoy dispuesta a satisfacer en todo a tu caridad, porque precisamente ha ansiado mi espíritu durante mucho tiempo que se me brindara ocasión de tratar contigo de todas estas cosas y oir tu juicio sobre ellas. Pero, detente un poco, te ruego, y repara en las muchas inquietudes de mi corazón, que me apenan más de lo que pudiera creerse. Si aquel manuscrito de que tienes noticia sale a la publicidad, ¿qué se dirá de mí entre el pueblo?

¿Cómo me va a convenir a mí el ser conocida de modo alguno entre los hombres, yo que he escogido vivir en la oscuridad y no me considero digna de que nadie levante siquiera sus ojos para mirarme? Aumenta no poco mis angustias que el señor Abad haya determinado que se consig-

(1) Oehl. Deutsche Mystikerbriefe, 116.

nen mis palabras por escrito. ¿Quién soy yo para que se haya de trasladar a la memoria lo que trata de mí?

Confieso que no sé cómo debo obrar. Porque conozco por una parte que es para mí peligroso callar las maravillas de Dios, mas temo, por otra parte, que me ha de ser más peligroso hablar de ellas. Veo que me falta casi por completo la facultad de discernir. Advierto que con todo estoy en peligro de desconcertarme de un modo o de otro; y por eso, querido mío, no se secan las lágrimas en mis ojos y mi espíritu está torturándose dentro de mí. Alabado sea el Señor que se ha dignado escuchar la oración de su sierva con que yo he rogado muchos días por tu venida».

Hemos visto en Isabel de Schönau, una mujer que, en sus necesidades místicas, suspiraba por un hombre que fuera director espiritual; en Jordán de Sajonia encontramos un tal director experimentado y sereno. De sus merecimientos para con la Orden de Sto. Domingo se ha hablado con frecuencia, de su mágica influencia sobre la juventud estudiantil dicen muchas cosas las Crónicas; pero nada absolutamente se conocía para poder considerarle como místico, ni siquiera después de aprobado su culto por la Iglesia. Solamente en 1865 descubrió el dominico francés Bayonne una colección de 50 cartas, por las que Jordán es colocado en la historia de la Mística alemana.

Jordán es hijo de un servidor del conde de Dassel, establecido en Borgberg cerca de Dassel. En París ingresó en la Orden dominicana el año 1220. Un año después llegó a ser Provincial de Lombardía, y otro año más tarde, sucesor del fundador de la Orden en la dirección de toda ella. A él se debe, en gran parte, la propagación de la Orden dominicana; él solo atrajo muchos centenares de candidatos. Había multiplicado por docenas el número de conventos y sus moradores, cuando en 1239, al regresó de una visita a los conventos de Tierra Santa, encontró la muerte entre las olas en un naufragio, cerca de la costa asiática.

Del mismo modo que Jordán llevó a su fin y extendió la obra del Fundador relativa a la primera Orden, así lo hizo también con una iniciativa que el fundador había comenzado en Bolonia en favor de la segunda Orden. El facilitó a la B. Diana, la fundación de aquel convento de dominicas y tomó la dirección espiritual del mismo. De las 56 cartas de Jordán descubiertas hasta hoy, 50 van destinadas a aquel convento, y de estas 50, 37 concretamente a su fundadora Diana. El Dr. Altaner, que ha publicado una edición de estas cartas, dice: «En la literatura del siglo XIII, abundante en todos sus aspectos, ocupan un lugar especialísimo las car-

tas de este religioso alemán. La correspondencia llegada a nosotros de Jordán es uno de los monumentos más notables de una religiosidad individual y personalmente matizada. Si la miramos atentamente, descubriremos en Jordán un representante profundamente sentido de la verdadera mística, que el religioso alemán se esforzó por naturalizar en los conventos italianos de las religiosas» (1).

Oehl califica las cartas del siguiente modo: «Las cartas de Jordán están concebidas a veces brevísimamente—en sólo un par de líneas—dictadas entre los apremios de los negocios, a veces muy extensas, mezclando sin la menor afectación instrucciones espirituales y noticias personales. En ellas, sin que pudiera turbarle la menor sospecha de que pudieran publicarse algún día las efusiones de su corazón, se nos descubre en íntimas confidencias el alma pura de un antiguo místico alemán, que es a la vez un hombre de acción. Merece notarse entre otras cosas, que estas cartas admirables hablan casi sólo con citas de la Biblia o de la Liturgia, sin que parezca algo nada rebuscado o demasiado artificioso».

Si alguien nos pregunta por qué elogiamos tanto las cartas de Jordán, no necesitamos más justificantes que las palabras de Oehl: «Esas cartas tan hermosas, llenas de tanto atractivo, discreción y prudencia, son el monumento primitivo de aquella mística dominicana, que medio siglo más tarde iba a tener tan grandioso florecimiento en los monasterios de religiosas de Alemania».

Como prueba de este género de escritos, que revelan muy bien, así el estilo sobrio de Jordán, su prudencia y arte en dirigir como verdadero asceta la formación del corazón, como su fino conocimiento de aquellas ansias que a las almas dominaban de sentir en sí mismas la presencia de Dios, siquiera fuera por una visión habida en sueños, transcribiremos aquí la carta 9.ª de su colección.

Carissimae in Christo filiae sorori Dianae Sanctae Agnetis Bononiae frater Jordanus ord. praed , servus inutilis, salutem aeternam.

Carissima, satis discretio tua noverit, quod quamdiu in hujus mundi exilio detinemur, multis supra modum omnes defectibus laboramus, et ad illam, quae in futuro dabitur, stabilitatem non possumus pervenire. Et haec est causa, quare nos in omnibus, quae circa nos fiunt, aequanimiter non habemus, sed quandoque prosperitatibus nimium elevamur, quandoque adversitatibus nimium deterremur. Oportet tamen nos, qui ad futuram inmortalitatem volumus pervenire, ut illi futurae vitae nos

(1) Altaner, Die Briefe Jordans v. Sachsen (Leipzig, 1925), 119.

aliquantulum conformemus, et in praesenti, ut sic corda nostra in virtute Dei collocemus, et, sicuti possumus, laboremus, qualiter omnem spem, omnem fiduciam et omne firmamentum nostrum constituamus in Domino, ut, sicut ipse Deus semper in se manet stabilis, et quietus, ita et nos eum in hoc ipso, quantum possumus, imitemur. Ipse est enim securum refugium nunquam deficiens, semper manens, ad quem omnis, quantum magis confugerit, tanto stabilior permanebit. Et ideo sancti, qui tantam spem habebant in Domino, quidquid eis adversitatis in hac vita ocurreret, facillime contemnebant. Et tu igitur, carissima, semper magis ac magis fuge ad Dominum, et quidquid tibi grave, quidquid doloris evenerit, fundamentum cordis, tui, dum solidum fuerit, non movebit. Illud bene et frequenter imprime cordi tuo et hoc ipsum sororibus tuis suade. Ad consolationem tuam modico scribo tibi, quod nuper in somnio de te vidi. Visum nempe mihi est, quod mihi dicens quodam veraci et maturo modo, quem adhuc, dum recolo, laetificor ex hoc ipso et dicebas sic: Dominus mihi verba hujuscemodi loquebatur: ego, Diana, ego, Diana, ego, Diana, et adjecit similiter multoties repetendo: sum bonus, sum bonus, sum bonus. Scias, quod valde mihi videntur consolatoria.

c) *La predicación mística.*

La predicación mística es una forma propia dentro del grande campo de la literatura oratoria. No se dirige a la gran masa del pueblo, porque éste no muestra conocimiento ni aun interés por las cuestiones místicas. Se limita al estrecho círculo de los conventos, sobre todo de monjas de vida contemplativa, también de las beguinas y de grupos selectos de personas del siglo que viven con ansias de perfección. La predicación mística no suscita el interés por las materias religiosas; ella lo supone y trata sólo de profundizar y mostrar los caminos para llegar a las cimas. Se alimenta, pues, de un grupo reducido de verdades, aquellas que tienen por objeto la unión con Dios, o se ordenan más o menos derechamente a este fin.

Tal género de predicación nació en Alemania después de la victoria que las religiosas, en lucha con los dominicos a causa de la dirección espiritual, obtuvieron. Clemente IV, después de muchos cambios y largas vacilaciones, encomendó definitivamente a la Orden dominicana, el año 1267, el cuidado de las almas en los conventos de mujeres a ella adheridos. La Orden se resistió durante largo tiempo, y en los casos en que oficialmente le estaba confiada esta misión, buscó siempre corresponder a

a ella, no obstante que siempre le debió resultar muy gravosa. Se acordó que ante todo los maestros en teología y los lectores acudiesen a los monasterios a oir confesiones y predicar, para que la dirección de las religiosas tuviese una base sólida y fuese en consonancia con las doctrinas de la Iglesia.

Sólo en la provincia de Alemania había entonces cerca de 60 conventes de mujeres que se dirigían por religiosos de la Orden en el modo dicho. A esto se añadían otros en gran número que pedían igual dirección, si bien no tenían derecho a ello. Cada convento tenía un promedio de 60 a 80 claustradas, lo que suponía para la Orden una gran carga y gran dispendio de energías y de religiosos.

El P. Denifle habla de estas medidas con gran disgusto, y se lamenta vivamente de las consecuencias funestas para las labores científicas, que esto ocasionó. Karrer, al contrario, se muestra más optimista, cuando escribe: «Para el desarrollo de la espiritualidad alemana en todos los sentidos, para la cultura religiosa de la Edad Media, y su influjo hasta nuestros días, era esto de mucha más importancia, que todos los demás cuidados de dar un fuerte impulso a la especulación escolástica. Sin aquel acontecimiento no tendríamos ahora un Maestro Eckehart ni ningún otro místico alemán en el sentido clásico de la palabra» (1).

Con estas palabras, Karrer ya nos introduce en el iniciador de esta nueva forma de predicación, el guía de este gran movimiento hacia los secretos de la mística, el más grande predicador místico alemán, el Maestro Eckehart.

Eckehart nació en Gotha hacia el año 1260, de la noble familia de los Hochheim. Siendo joven entró en la Orden de Predicadores en Erfurt, cursó los estudios ordinarios, y mereció, por sus relevantes cualidades, ir a ampliar sus conocimientos en la Universidad de Colonia. Sin duda allí no enseñaba ya S. Alberto Magno, pero el espíritu de este gran Doctor se traspasaba entero a sus discípulos. Siguieron para Eckehart algunos años de actividad docente en diversas casas de la provincia; hacia la mitad del noventa era ya prior de su convento y vicario de Thuringia; en 1302 obtuvo en París el grado de Maestro en Teología, y cuando al año siguiente la provincia de Sajonia fué separada del resto de Alemania, se le puso al frente de esta nueva provincia. En 1307 debió estar gobernando la provincia de Bohemia, y en el 1310 fué elegido provincial de la provincia alemana.

---

(1) Otto Karrer, Meister Eckehart. (München 1826).

No debió ser confirmado, porque se tuvo necesidad de él para profesor en París. Pero fué Estrasburgo, a donde llegó en 1313, el campo de sus actividades en que iba a cosechar la más extraordinaria fama y también las mayores ignominias.

En Estrasburgo, donde había numerosas comunidades de mujeres sujetas a la Orden, se ocupó el Maestro de mística teórica y prácticamente, y entonces pareció haber brotado en su alma una nueva fuente de energías. Desde aquel tiempo permaneció fiel a la mística hasta su trágica muerte. Cuando en 1320 fué llamado a regentar el estudio general de Colonia, era ya su nombre célebre entre todos los místicos, y el nombramiento fué casi como una aprobación de su vida y de su apostolado en favor de la mística. Aquí fué precisamente cuando en plena actividad y en el apogeo de su influjo le traicionó su triste suerte.

Eckehart fué acusado por algunas manifestaciones que parecían oponerse a la fe. El visitador pontificio trató de dirimir la cuestión favorablemente; pero el arzobispo de Colonia, que pasaba por poco adicto a los dominicos, entabló un segundo proceso e hizo fuera tramitado por dos franciscanos. Cien proposiciones entresacadas de obras de Eckehart y de sus sermones que andaban escritos, fueron censuradas y enviadas a la Santa Sede. De ellas fueron allí condenadas 28, el día 27 de Marzo de 1329.

Entre tanto murió el Maestro, probablemente de pesar porque se hubiera dudado de su ortodoxia. El 13 de Febrero de 1327 había depuesto una declaración ante el canciller de la Catedral, manifestando que se sometería al juicio de Roma, y que nunca se había separado conscientemente de la verdadera fe. De esta declaración debemos inferir, que Eckehart se sometería ciertamente a la decisión de la Santa Sede, si ésta le hubiera llegado en vida, y que poseía la convicción personal de que su doctrina estaba dentro del terreno de la fe católica.

Las proposiciones, miradas en sí mismas, aisladas del contexto, no hay duda que merecen condenación. En Alemania los investigadores discuten cada día con más calor, si, en conexión con el pensamiento general de Eckehart, son también condenables. Roma vió las proposiciones tal como los jueces de Colonia se las presentaron. Pero, lo que sucede siempre en estos asuntos, al maestro Eckehart no puede eximírsele totalmente de culpa. Sus extraordinarias dotes de elocuencia le llevaron a la ruina. El procedía siempre por contrastes. Procuraba, a fuerza de contraposiciones y paradojas, despertar la atención y llevar a la reflexión a sus oyentes.

En la elección de los temas había mayor peligro. Eckehart no era un

predicador que trabajaba por la reforma de costumbres; se preocupaba sólo de los problemas místicos, y los explicaba a sus oyentes, en cuanto esto era humanamente posible. Dios y el alma y la unión de ambos. Todo lo que encontraba en los filósofos antiguos sobre esto, lo que los Padres y los teólogos habían dicho, debía servir para sus fines. No se trataba de descubrir algo nuevo o de combatir algún error, sino de adaptar la doctrina y de ponderarla.

El peligro aumentaba aun más por la fuerza persuasiva de su palabra. Eckehart es considerado como el genio linguístico más grande del arte oratorio alemán. Manejaba la lengua, casi bárbara hasta entonces, con una maestría sin precedentes, y la enriqueció con tal abundancia de giros y voces nuevas, que la hizo apta para expresar las más altas verdades filosófico-teológicas.

Todo sermón escrito pierde siempre en colorido y se torna prosa pálida. Esto pasa también con los de Eckehart. Pero imagínese qué efecto producirían sus sermones tal como se nos han conservado, imagínese qué efecto producirían pronunciados por boca de un hombre, que a una expresión brillantísima, a una mímica toda movimiento y vida, a la gracia natural de sus gestos, unía la reputación de sabio consumado y hasta de santo, y se comprenderá que toda Colonia acudiera en masa al convento de los dominicos para oirle; se comprenderá también que no todo lo que él dijo, cayera en buena tierra, que hubiera dado pie a muchas falsas interpretaciones, y que, por fin, sucediera lo que sucedió.

La posteridad se ha mantenido fiel a la memoria del Maestro Eckehart. La suerte trágica que le cupo, rodea su persona de aureola de misterio. Para aquellos que vivieron cerca de su persona, él fué siempre, a pesar de su condenación, el Maestro santo. Estaban y siguieron firmemente persuadidos de su ortodoxia subjetiva y de su santidad. Así juzgaba, por ejemplo, el B. Enrique Susón. Pero otros que se separaron criminalmente del centro de la unidad católica, vieron en Eckehart el precursor de sus ideas, y trataron de tergiversar aún más su ya tan falseado pensamiento. Indudablemente es el Maestro Eckehart el más importante orador místico de Alemania. El prestigio de su palabra fascinadora ya no existe; más sobrevive en los corazones el gran místico y el hijo sumiso de la Iglesia Católica.

El otro gran predicador místico es el V. Juan Taulero. Con relación a este místico se ha verificado un gran cambio en nuestros tiempos, no en el sentido de que sus obras hayan sido arrancadas del olvido, que siempre, en todos los siglos, han sido muy leídas, sino respecto de su per-

sonalidad. Se tenía antes a Taulero por el célebre predicador que en sus sermones se buscaba a sí mismo inconscientemente, hasta que le abrió los ojos aquel amigo de Dios de *Oberland*, y que bajo su dirección había pasado algunos años de vida oculta, para volver más tarde a trabajar en el apostolado con mayor éxito. Denifle ha demostrado que este período de retiro no puede ajustarse a la vida del Taulero histórico, y que, además, toda la historia del amigo de Dios de Oberland es una ficción. De Taulero son muy pocas las cosas que sabemos, a pesar de que está su vida en lo más importante estudiada. En realidad, los datos históricamente ciertos, que de su vida tenemos, son muy escasos.

Taulero nació en Estrasburgo hacia el 1300, de una rica familia de la clase media, y por los años de 1315 entró en los dominicos de su ciudad natal. Fué destinado en un principio, no a la enseñanza, sino a la predicación. Sus trabajos apostólicos tenían lugar en Estrasburgo, pero fué desterrado con todos los religiosos, debido a que en las luchas entre el Pontificado y el Imperio, éstos se pusieron de la parte del Papa. En Basilea entabló relaciones con Enrique de Nördlinga, y su pequeño círculo de místicos. Taulero recorrió predicando todo el país, vivió largo tiempo en Colonia y murió por fin, el 16 de Junio 1361 en Estrasburgo.

Los escritos de Taulero son: una breve carta a Margarita Ebner y lo sermones. Estos han influído mucho, y siguen aún hoy influyendo. Han sido traducidos al latín y a casi todas las lenguas europeas. Revelan en Taulero el guía de almas práctico y experimentado, que dirigía por los elevados caminos de la mística.

Taulero no hablaba como Eckehart de las cuestiones místicas en una forma tan brillante, tan atractiva para el espíritu. Tampoco sabía de aquellas llamadas tan persuasivas al sentimiento, al modo de Susón. El se dirigía a la voluntad y procuraba formarla en la pureza de corazón y en el desprendimiento, en la fortaleza y el recogimiento, para preparar el alma a recibir las gracias místicas. Así Taulero representa entre los místicos alemanes el genio práctico, el educador, como Eckehart el filóso y Susón el poeta. Con ellos también comparte el don de la palabra, la viveza y claridad de exposición, y la fuerza de persuasión. Por Eckehart abrigaba también, al igual que Susón, grande entusiasmo y le imitaba, no en la oscuridad de su doctrina, sino en la santidad de vida.

Del influjo que ejerció Taulero en su tiempo, podemos inferir algo por ciertas frases de Cristina Ebner. Conoció esta alma por revelación que «Dios habitaba en Taulero como en dulce y armoniosa harpa», que era del número de aquellos que «han dado de mano al reino de este

mundo con todas sus concupiscencias», y que «era el hombre más amado que Dios tenía sobre la tierra».

Del gran aprecio que se hace de Taulero aun entre los no católicos da claras muestras la traducción que de sus sermones ha hecho al dialecto de la alta Alemania el pastor protestante W. Lehman, quien en su introducción dice así: «La fuerza conmovedora que Taulero pone en sus escritos, su ardiente amor, la firmeza y convicción con que se siente poseído de su objeto, el calor de sus sentimientos, todo esto hacen de él una personalidad de gran relieve, tanto en lo que respecta a la formación de la lengua, como en lo que toca a la experiencia religiosa» (1).

Sobre otros predicadores místicos pueden consultarse las grandes colecciones de predicación.

e) *Tratados místicos.*

De las cartas de los místicos se fueron recopilando tratados generales, empresa bastante fácil, porque muchas de esas cartas no eran tales en el sentido moderno, sino avisos e instrucciones más o menos extensas sobre la vida espiritual. Esto ocurrió con las cartas del dominico Wichmann von Arnstein. Un tratado modelo de doctrina mística de aquel período es el librito de la Eterna Sabiduría. Fué compuesto por el B. Enrique Susón hacia el 1335, quien lo refundió más tarde y lo dió al público en lengua latina bajo el título, *Horologium sapientiae*. Puédesele tener, según los manuscritos llegados hasta nosotros, como la obrita ascético-mística más extendida de la Edad Media, y en esto sobrepasa en Alemania a la Imitación de Cristo. Pero habiendo dicho ya algo sobre Enrique Susón y su valor para la mística alemana, lo pasaremos aquí para fijar nuestra atención en otros autores místicos.

El franciscano David de Augsburgo es el primero que presenta al público un tratado místico compuesto en lengua alemana. Por tal motivo merece aquí nuestra especial consideración. La vida pública de David es pobre en datos concretos. Es probable que naciera en Augsburgo hacia el 1200. Entró allí en la Orden de los Menores cuando éstos se establecieron en Baviera. Su actividad parece haberse limitado a Augsburgo, Ratisbona y sus alrededores. Mejor conocidas aún son su prolongada actuación como maestro de novicios, sus visitas canónicas a los conventos de religiosas de Niedermünster y Obermünster en Ratisbona, y su amistad con Bertoldo de Regensburg.

---

(1) Lehman, Johannes Tauler. Predigten (Jena 1913).

David era un hombre que tendía con todas sus fuerzas hacia la perfección cristiana y sabía animar a otros a este mismo ideal. La vida del Pobrecito de Asís y de los primeros Menores le atraía, y corrió en su seguimiento, fiel hasta la muerte. De aquello que en su corazón sentía hablaba después a sus novicios y a todos los que se ponían bajo su dirección. Por eso David no se detenía en secas consideraciones ascéticas; conocía muy bien la belleza de la virtud, y sabía pintar con ricos colores la felicidad de las almas unidas con Dios. Y como término final, asequible ya para esta vida, ponía él la unión con Dios por un amor profundo y por la contemplación mística.

David escribió sus obras, parte en latín y parte en alemán. Así compuso para sus novicios en latín el tratado *De exteriori et interiori hominis compositione.* El más importante de sus escritos latinos es el opúsculo: *De septem gradibus orationis.* Entre sus obras en alemán destácanse: *Los siete avisos previos para la virtud* y el *Espejo de la virtud.* El orden de materias seguido en el tratado *De septem gradibus,* muestra cómo en David ascética y mística se compenetran, y la vida espiritual representa un todo único, que incluye la ascética y mística. He aquí el esquema:

1.er grado: Devoción y atención en la oración vocal.

2.° grado: La oración se convierte en un dulce deber y en un hábito.

3.° La oración del corazón y las aspiraciones íntimas hacia Dios se hacen la respiración ordinaria. cuando el alma prorrumpe en sentimientos de alegría y de fervor.

4.° El amor divino se apodera por completo del corazón del hombre, y la divina Verdad esclarece su razón con luces sobrenaturales.

5.° El sueño místico.

6.° Unión completa con Dios. «Radius divini luminis hominem transformat in Deum ut, licet non sit jam Deus, sed tanquam Deus».

7.° Visión de Dios en la otra vida.

David muéstrase muy reservado en lo que toca a visiones y profecias, y advierte que no se confunda cierto fervor y emoción natural con la operación mística de la gracia.

Se dudaba antes si debía contarse a David entre los místicos. Pfeiffer, que publicó los tratados de lengua alemana de David, afirmaba que éstos no contienen propiamente nada de mística. También Lemp opina que David es demasiado sobrio y árido para ser contado entre los místicos. Contra éstos sostiene Stöckel (1), que todo aquel que tenga un concepto justo

(1) Stöckerl, Bruder David von Augsburg (München 1914), p. 91.

de la mística, sólo con leer el tratado *De septem gradibus*, se convencerá plenamente de que David de Augsburgo debe ocupar un puesto de honor entre los escritores místicos.

Pero hay otro autor místico, que es el que mayor influjo ha ejercido y sigue ejerciendo con sus escritos. Si David de Augsburgo representa la mayor gloria de la Orden franciscana en el campo de la mística alemana, otro tanto lo es Ruysbroeck para la Orden agustiniana. Juan Ruysbroeck nació en 1293 en la aldea flamenca del mismo nombre y estudió en Bruselas, donde un tío suyo era canónigo de la celebre iglesia de Santa Gúdula. Ordenado de sacerdote en 1318, fué nombrado vicario de la misma iglesia. Ya en este tiempo comenzó Ruysbroeck sus tareas de escritor místico, a las cuales se entregó por completo cuando en 1353 abandonó su cargo de Sta. Gudula y se retiró a la ermita de Groenendael, para dedicarse allí a la vida contemplativa en unión con otros amigos que se sentían movidos por el mismo impulso. Aquel pequeño germen de vida eremítica se desarrolló y llegó a ser una fundación de canónigos agustinos, de la que su fundador, Ruysbroeck, era Prior. Su dirección transformó aquel monasterio en un plantel de intensa vida sobrenatural, en donde florecían la ascética y mística de consuno.

Ruysbroeck dirigía y encaminaba a sus discípulos con sus buenos consejos e instrucciones, pero sobre todo con el ejemplo de sus extraordinarias virtudes. Se ocupaba con alegría en los trabajos más humildes; era para con todos dulce y compasivo. Consistían sus esparcimientos en discurrir meditabundo por el bosque cercano. En estos paseos solitarios por el tupido boscaje, debieron afluir a su mente los más bellos pensamientos de sus escritos místicos. La fama de su piedad, de sus gracias místicas, y sobre todo de su dirección espiritual, corriendo por todo el país neerlandés, se extendió hasta Alemania, y le puso en comunicación con otros muchos amigos de Dios, sobre todo con Juan Taulero. También sobre Gerhard Groote, el fundador de los Hermanos de la vida común, debía tener Ruysbroeck una influencia decisiva.

De Ruysbroeck han llegado hasta nosotros doce tratados místicos, en los cuales está expuesta toda su doctrina ascético-mística. Ya por los títulos se ve el carácter de sus doctrinas: *La gloria de las bodas espirituales, De la piedra preciosa, De la altísima verdad, De los tabernáculos espirituales, De las cuatro tentaciones, De las doce virtudes, De la fe cristiana, De los siete grados del amor espiritual, De los siete castillos, Del reino de los amantes, De las doce beguinas, Espejo de la eterna felicidad.* De estos doce escritos, dos han sido dirigidos a determinados lectores. El «Espejo de la eterna felicidad» fué compuesto para las clarisas de

Bruselas, y el de los «Siete castillos» va dirigido a una monja de la misma casa. El libro de la «Verdad altísima» es una apología contra la oposición y críticas que se le hacían, a causa de su oscuridad. La mejor obra y la expresión más acabada de sus visiones extáticas es, para el Dr. Oehl, «La gloria de las bodas espirituales». Böhringer dice que es «la perla de sus escritos, la obra de arte más bella de toda la literatura mística de la Alemania medieval, un verdadero monumento arquitectónico». Repartida en tres libros, trata esta obra de la vida activa, de la vida interior y de la vida contemplativa.

El piadoso Surio, monje cartujo, tiene el mérito de haber traducido las obras de Ruysbroeck al latín. También han sido traducidas, en todo o en parte, a casi todas las lenguas modernas. Ya en 1696 aparecía una edición española.

El estilo de Ruysbroeck es rico en imágenes, con frecuencia muy oscuro. En su doctrina sigue a Dionisio y a Eckehart; de ahí que su oscuridad no sea inferior a la de estos. Tampoco es extraño, por lo mismo, que suscitara oposiciones. El mismo Ruysbroeck se vió obligado a escribir un libro para justificarse. Más tarde atacó Gerson algunas expresiones, que Ruysbroeck usaba. Un discípulo de éste, Schoonhoven, defendió al maestro, con tal fortuna, que Gerson se dió por satisfecho. El proceso que se instruyó para la beatificación de nuestro místico, terminó en 1908 con la aprobación de su culto.

Buen número de agustinos y hermanos de la vida común siguieron las huellas del maestro. Entre ellos se destaca por su obra inmortal la «Imitación de Cristo», Tomás de Kempis, hermano de la vida común del Rin inferior, que en 1471 murió en olor de santidad en el convento de Sta. Inés de Zwolle.

f) *Tratados especulativos sobre la Mística.*

Es verdad que la mística, como contemplación nacida del puro amor, puede crecer y desarrollarse con una cierta independencia de la teología escolástica, y que se encuentra entre gentes sencillas, cuya única instrucción es el Catecismo, almas favorecidas con gracias extraordinarias. Pero de ahí no vale inferir que existe alguna oposición entre la Mística y la Teología especulativa, aun tomada ésta en su sentido más estricto por la Escolástica.

Así encontramos al comienzo de la mística alemana un hombre que une en sí, por modo extraordinario, la Escolástica y la Mística, el Doctor de la Iglesia S. Alberto Magno. Ocupado toda su vida, como reli-

gioso dominico, en las tareas del apostolado y en el cuidado de las almas, estuvo dedicado como profesor en la Universidad de París y en diversas ciudades alemanas, a la enseñanza de la filosofía y teología escolásticas, y, por fin, como Provincial y Obispo de Ratisbona, entregado a los cuidados de la administración. En todos estos cargos fué siempre San Alberto, un hombre de profunda vida interior, de trato íntimo con Dios, de verdadera vida mística. Para todos sus trabajos exteriores sacaba fuerzas de la contemplación; y por fin, vino a ser el consuelo de su vejez la conversación contínua con Dios en la oración, desprendido de todos los negocios del mundo.

S. Alberto ocupaba antes entre los tratadistas de la mística alemana, el primer lugar. Desde el siglo xv se le atribuyó el opúsculo *De adhaerendo Deo*. Era el fruto maduro de su vejez, los últimos acentos de un canto de cisne. Pero Grabmann ha demostrado, si no con seguridad absoluta, con razones bastante probables, que no es S. Alberto el autor de esta obra, sino el benedictino Juan de Kastl. Parece como si con esto, Alberto Magno hubiera desaparecido del cuadro de los místicos alemanes. Conclusión absurda, pues la obra en cuestión, por más alto que se la conceptúe, no pasa de ser un tratado piadoso como otros muchos que corren por el mundo. Ni es lo mejor en su género, porque la obra de Susón, Libro de la Eterna Sabiduría, contiene la misma doctrina con mucha más viveza y sentimiento. La gloria de las bodas espirituales de Ruysbroeck, le es superior por el ardiente amor y abundandia de imágenes atrevidas con que está escrito, y la Imitación de T. de Kempis sobrepasa a todos en claridad de pensamiento. El mérito de S. Alberto como místico no está en el campo de la literatura piadosa, sino en el de la exposición especulativa. Por este concepto él es el primero, el Maestro, el que señala las direcciones, combate los errores, y previene los peligros. Abundantes observaciones sobre cuestiones místicas se encuentran en los comentarios escriturísticos de S. Alberto, en las Sentencias y en ambas Sumas. El profesor Dans en su obra, *La doctrina de la gracia en San Alberto Magno,* ha recogido muchos de aquél en la investigación de los problemas místicos. Ningún otro teólogo de la Edad Media, sin exceptuar a Sto. Tomás, han pensado tan profundamente ni escrito con igual claridad y precisión sobre la gracia santificante en sus relaciones con la vida mística, como S. Alberto. A esto se añade su doctrina, muy completa y detallada, sobre el Espíritu Santo. Pero quien deseoso de conocer mejor a S. Alberto como investigador científico de los problemas místicos, exija obras especiales que traten directamente de la Mística,

debe acudir a sus comentarios sobre los escritos del Pseudo-Areopagita, que son la fuente principal de toda especulación mística. Pues bien, ninguno de los grandes escolásticos ha explicado esas obras en su totalidad, excepto S. Alberto.

Estos comentarios del Doctor universal son la más valiosa contribución al esclarecimiento de aquello que científicamente puede conocer nuestra razón sobre la mística. Trátase de estudios de carácter teológico, en las que no hay lugar a bellas efusiones poéticas y sentimentales. S. Alberto procede en ellas con la misma sobriedad que en sus restantes escritos. La agudeza de su espíritu penetraba profundamente en la oscuridad de estos problemas, lo que le permitía exponer, con seguridad y claridad aún no igualadas, lo que la razón humana puede demostrar sobre las relaciones con Dios, y sobre la presencia y noticia interior de Dios al alma. Repásese lo que este Doctor ha escrito sobre la cuestión, aún hoy tan discutida, de si puede darse percepción inmediata de Dios en la contemplación mística, o también sobre el fundamento de la acción de Dios en el alma. Actualmente no se ha dicho más de lo que San Alberto ya enseñaba.

El Doctor universal no se contentaba con escribir de un modo insuperable sobre todos los fenómenos del reino natural. Lo sobrenatural en sus efectos más elevados, dieron también materia para escribir a su infatigable pluma.

Al fin del vasto período de la Mística alemana, aparece otro gran Doctor; es Dionisio el cartujano. Procedía de la noble familia de Leeuwen, y había nacido hacia el año 1402 en Rickel, cerca del Limburgo de Bélgica. Después de haber cursado en la entonces famosa en Holanda, escuela de Zwolle, pensó ya ingresar en la Orden cartujana. Contaba entonces 18 años. Le aconsejaron que cursara antes sus estudios teológicos en una Universidad. A los 21 años fué promovido en Colonia al grado de Maestro en Teología. El año 1423 se le ve figurar ya entre los escritores y entrar, por fin, en la Orden de S. Bruno en Roermond.

Ya cartujo, su vida sobrepasaba mucho, en rigor y austeridad, a lo que la regla exigía. Siempre bondadoso para con todos, para con sus superiores obediente, nunca negó sus servicios a quienquiera que se lo pidiera. En esto último le fueron impuestas con el tiempo muchas restricciones. La fama de su sabiduría, de su vida en extremo penitente, de sus gracias místicas, éxtasis y visiones, dones que, a la larga, no podían permanecer ocultos, atraía a tantos visitantes en busca de consejo y ayuda, que la paz y soledad del monasterio parecía turbarse. El prior encontró

solución a esto nombrando a Dionisio procurador de la casa, lo cual lo ponía en una situación intermedia entre el retiro del claustro y el trato con el mundo. No es para decirse lo que hacía sufrir esto a aquel monje tan ansioso de la vida interior, y cuyas delicias eran sólo la oculta conversación con Dios. Pero en medio de todo conservaba una paz profunda en el alma, porque sabía mantener el trato contínuo con Dios. Esta paz la conservó aun el tiempo que hubo de permanecer fuera del monasterio, acompañando al Cardenal de Cusa en su visita apostólica por Alemania.

Admira cómo Dionisio, a pesar de sus muchas ocupaciones y del prolongado rezo coral de su Orden, pudo dedicar a escribir libros la cantidad de tiempo que supone la redacción de tantas obras. Hoy podemos ya darnos cuenta del número de éstas por la edición completa que empezaron a publicar, en 1895, los cartujos franceses, con todo el aparato crítico. En el primer tomo se enumeran 187 obras, que irán publicándose. Y aunque algunos son pequeños escritos, toda esa producción supone un trabajo inmenso.

Como los teólogos de su tiempo, Dionisio escribió comentarios a los libros de la Sagrada Escritura, a las Sentencias de Pedro Lombardo, a Juan Casiano y a Boecio. A esta primera parte, que llena ya todo el antiguo esquema de escritos teológicos y supone en el cartujano extraordinarias dotes de recopilador, y con una gran facilidad de expresión, añádanse otras muchas obras de ocasión. Así escribió, por encargo de Nicolás de Cusa, cuando el avance de los turcos, una refutación del Corán que dedicó a Nicolás V. Compuso también una serie de obras para la reforma de costumbres, tanto de los laicos, como de los sacerdotes y religiosos.

Sobre mística escribió Dionisio varios tratados prácticos, de edificación. Era extraordinaria la veneración que profesaba a su compatriota Juan Ruysbroeck, cuya obra, «De las doce bequinas», tradujo al latín. La mística especulativa está representada en Dionisio, por sus comentarios al «Cantar de los Cantares», y a las obras de S. Juan Clímaco y del Pseudo-Areopagita. Otros cuatro opúsculos distintos sobre mística, salieron de su pluma, que fueron en 1534 publicados en latín por el cartujano Kölner, bajo el epígrafe: «Opuscula aliquot, quae ad theoriam mysticam egregie instituunt». Los tratados llevan estos títulos: «Inflammatorium divini amoris». «De meditatione». «De fonte lucis et semitis vitae». «De contemplatione». Nada nuevo puede decir en ellos Dionisio, pero sus obras son expresión del saber científico de su época, y tienen gran importancia para la historia de la mística. En un punto de vista particular se opone a la opinión general de los teólogos, pues enseña que los pecados

veniales disminuyen la gracia. Es una pequeña discrepancia motivada por el entusiasmo que le arrebataba hacia el ideal altísimo de la santidad.

En reconocimiento de sus valiosos méritos, tanto para la mística de la vida como para la mística del libro, la posteridad le dió el título de *Doctor extaticus*. Murió el 12 de Marzo de 1471 en Roermond en olor de santidad. Es una egregia figura que cierra dignamente un magno período, rico de gracias para el pueblo alemán.

Fr. Jerónimo WILMS, O. P.

Düsseldorf, agosto de 1934.

Boletín de Sagrada Escritura

INTRODUCCIÓN GENERAL

Todo cuanto tienda a esclarecer el problema de la formación del *Canon*, será bien recibido por los enamorados de las ciencias histórica, teológica y en especial por los apologistas. Máxime si se presenta como la obra del P. Zarb, que anunciamos al lector, bien ordenada y saturada de legítima documentación (1).

Dividese esta obra en dos partes fundamentales, tratando en la primera de la historia del Canon del Antiguo Testamento; y en la segunda del Nuevo Testamento.

Resulta difícil señalar el momento histórico en que quedó constituído el canon judaico del A. T. Hay, sin embargo, muchos indicios que nos dan pie para pensar que debió realizarse a fines del siglo I de nuestra Era, «sed sine ulla explicita et formali determinatione», que dicen muchos autores, que hablan de una decisión dada en el sínodo de Jabne (pág. 77).

A la luz de los documentos ya no es lícito hablar de *dos* cánones diferentes: palestiniano el uno, alejandrino el segundo. Esa terminología puede admitirse solamente en cuanto dice referencia al diverso contenido de los textos masorético y de los LXX; pero de ningún modo significando diversidad de principios y de doctrina sobre el Canon (pág. 71-72).

La lectura y meditación de los varios documentos permiten señalar los cuatro *criterios* siguientes de canonicidad: a) conformidad con el *Torah* o Pentateuco; b) antigüedad, es decir, no hay libro canónico posterior a Esdras;

---

(1) ZARB (P. Seraphinus, O. P.)—De historia Canonis utriusque Testamenti. Ed. II. Un vol. en 4.° menor de XXXV-568 págs. Prec. 35 liras. Romae, apud Pont. Institutum «Angelicum», 1934.

c) lengua santa, que quiere decir: todo libro inspirado debe haber sido escrito en hebreo, y d) origen palestiniano (pág. 72 ss.)

La historia del Canon del N. T., de trascendental interés, ocupa la segunda parte del libro. Una extensa y documentadísima investigación acerca del *uso* de los libros sagrados recorriendo el vastísimo y enmarañado campo de la Patrística, sin olvidar los herejes que se van intercalando, nos lleva a determinar con exactitud el número de los libros sagrados del N. T.

Más difícil llegar a un acuerdo, sin embargo, en la cuestión tan discutida de tiempos antiguos del *criterio* de canonicidad. Decididamente, y siguiendo las enseñanzas del venerado Maestro. P. Lagrange, el autor no admite más criterio que el de la *apostolicidad*. «Ecclesia, dice, libros canonicos cognoscit aliquo criterio, quod tamen non est nova et immediata revelatio ipsi Ecclesiae a Deo concessa. Quodnam autem est hoc criterium, nisi ipsa origo apostolica Librorum? Hoc saltem docuerunt scriptores antiquiores ut supra vidimus» (pág. 479).

Tres índices completos avaloran esta magnífica obra del joven profesor del Angélico, que con gran placer recomendamos a los aficionados a las ciencias histórico-teológicas.

Los aficionados a estudios bíblicos agradecerán sin duda al Dr. Kalt la publicación de un pequeño manual arqueológico, en que se contienen con una concisión, que no es en perjuicio de la claridad, cuantos datos puedan contribuir a la más clara inteligencia de los sagrados Libros (1).

Consta esta obrita de cuatro secciones. En la primera trata de Palestina y de sus pobladores; descríbense en la segunda las antigüedades domésticas; estudia a continuación las antigüedades públicas; y termina dándonos una idea clara, aunque en rapidísimas descripciones, de las antigüedades religiosas. Un índice de materias realza el mérito de esta obrita que recomendamos a nuestros lectores.

El P. Lagrange ha empezado a publicar una «Introducción al estudio del Nuevo Testamento», con un tratado sobre la historia del canon (2). Al principio y al fin de la obra discute el problema del criterio de canonicidad que en estos últimos años ha sido muy debatido. Creo que leída esta obra, todos los

---

(1) E. Kalt. *Biblische Archäologie*. Un tomito en 8.° menor de VI-158 págs. Pr.: encuadernado, 2,70 Mk. Verlag Herder und C.° Freiburg im Breisgau.

(2) P. M.-J. Lagrange. *Histoire Ancienne du Canon du Nouveau Testament*. (Études Bibliques. Introduction a l' étude du Nouveau Testament. Premiere Partie). 188 páginas en 4.° Pr. 30 fr. J. Gabalda. Rue Bonaparte, 90. París. 1933.

que no tengan una teoría preestablecida, convendrán en que el criterio de la iglesia primitiva para juzgar la canonicidad de los libres santos, fué el criterio del apostolado. Libro de apóstol, o apropiado por un apóstol, es canónico y por lo tanto inspirado. Libro que no ha sido escrito ni apropiado por un apóstol, no es canónico ni inspirado. Este es un verdadero criterio, sin necesidad de más distingos ni sutilezas, útiles únicamente para entretenimiento de los que no tienen que emplear su tiempo en cuestiones vivas y actuales. De esta manera basta una revelación general de que los libros apostólicos son canónicos e inspirados, sin necesidad de admitir tantas revelaciones explícitas como libros canónicos. Estas revelaciones explícitas son innecesarias, ociosas, y por lo tanto, según la teoría tomista del milagro menor, las negamos. Pero, a pesar de la absoluta certeza de su teoría y de lo evidentemente infundado de la contraria, el venerable maestro guarda con los contrarios un respeto y una consideración que ellos no suelen tener con él. Además, la teoría sobre el criterio de canonicidad que expone al principio y al fin de la obra, no influye ni poco ni mucho en el desarrollo de la historia del canon. Los hechos son expuestos con toda objetividad, sean favorables o contrarios a la teoría. Esto creo se lo han de conceder todos.

La historia del canon, dice el P. Lagrange, encuentra muy pocas simpatías entre los estudiantes de Teología. La razón es por lo mal que se la expone en los manuales, donde se amontonan los textos sin la sugestión de ninguna idea grande directiva. En cambio el gran maestro de la Exégesis católica ha sabido dar vida a los textos, ordenarlos con tal maestría y formar un conjunto tan maravilloso, que la obra resulta una pieza acabada de historia y de teología. ¡Cuántos textos tendría acumulados el laborioso escritor después de una tan larga carrera como la suya! Pues aquí ha sabido reservarse su erudición y escoger sólo lo más importante para señalar las líneas generales.

Después de una introducción, en que distingue muy bien la posición protestante y la posición católica, contiene la obra cinco capítulos que corresponden a otros tantos períodos de la historia del canon: *El principio del canon. La crisis marcionita y la crisis montanista. Tradición eclesiástica y dudas críticas. La primera fijación del canon del N. T. Ultimas fluctuaciones.* Y al fin un capítulo titulado: *Canon y canonicidad.* El proceso de estos capítulos, que desearíamos reseñar uno por uno, es el siguiente: Ante todo demuestra el P. Lagrange cómo la afirmación de la canonicidad es universal respecto de todos los libros que contiene nuestro canon y de sólos ellos. Insiste, sobre todo, en los libros llamados *discutidos* o *deutero-canónicos,* denominación tardía y sin fundamento, que a toda costa debe desaparecer. El canon quedó formado, en principio, a la muerte del último apóstol. Ya entonces

nadie podía añadir ni quitar nada. Existía un grupo de escritos nuevos, distintos del Antiguo Testamento, que eran regla de fe, o sea canónicos. Pero el momento en que quedaron claramente determinados los límites del canon, sin fluctuaciones ni dudas, no es tan fácil de determinar. Lo cierto es que cuando la crisis de Marción y Montano, la Iglesia les opuso su canon, lejos de copiar de ellos como quiere Harnack (cap. II). Después empezaron las dudas críticas. Pero, fijarse bien; las dudas no fueron nunca de la Iglesia, sino únicamente de unos cuantos sabios, las cuales resumió con mucha parcialidad Eusebio de Cesárea. Y el resultado de la discusión (lo demuestra contra los racionalistas) no fué la eliminación de libros antes admitidos, ni la admisión de los antes eliminados. De modo que la primera fijación del canon en tiempo de San Atanasio ofrece todas las garantías (cap. III y IV). Si después hubo todavía algunas fluctuaciones, éstas no fueron más que las dudas perpetuadas por las notas críticas de San Jerónimo, que en este punto no representa el sentir de la iglesia de su tiempo. Una excepción es la iglesia de Siria, donde se tardó en traducir el Nuevo Testamento y por lo tanto en reconocerlo como canónico.

Así, de una manera magistral, va demostrando la tesis fundamental: que la Iglesia no admitió ningún libro antes rechazado, ni rechazó ninguno antes admitido. Todas las objeciones que se presentan de casos particulares las explica satisfactoriamente. El dogma de la canonicidad de los libros del Nuevo Testamento ha podido con el tiempo haber ido ganando en claridad conforme a lo que es hoy doctrina corriente sobre el desarrollo de los dogmas, pero lo que ha dicho la Iglesia en los diversos tiempos es siempre lo mismo. El que quiera saber en qué consiste la historia de un dogma, encontrará en la obra del P. Lagrange un excelente modelo.

Es verderamente oportuna, por no decir necesaria, una edición católica del Nuevo Testamento, puesto que hasta ahora no existían más que las protestantes. El profesor del Instituto Bíblico Pontificio, P. Agustín Merk, es el que ha acudido a esta necesidad, en forma que seguramente agradará al público (1). Ha resultado un volumen demasiado grande comparado con el de Nestle, pero todavía es manejable. Es, como dice el título, greco-latino, pero en el latín no hay propiamente edición crítica, sino sólo reproducción de la Sixto-Clementina. El griego ha sido preparado por el autor con muchos años—dice

(1) A. Merk, S. J. *Novum Testamentum graece et latine,* apparatu critico instructum. 36*-854 págs. Pr. 18 liras. Pontificio Instituto Biblico. Piazza Pilotta 35. Roma. 1933.

él expresamente—de estudio. Ha utilizado las ediciones anteriores, y en muchos casos ha acudido directamente a los códices, versiones y ediciones de Santos Padres. El texto escogido es *sui generis* y de criterio no muy bien definido. Podemos, sin embargo, señalar una tendencia: la de aumentar el texto. Expliquémoslo un poco: Tischendorf y Westcott-Hort preferían sistemáticamente las lecciones más breves, siguiendo el códice vaticano y el sinaítico. Von Soden creyó que ese texto abreviado se debe a una revisión alejandrina, quizá de Esiquio. El P. Merk parece inclinarse, en general, a aquellos textos que son más amplios: y este criterio prevalece contra la autoridad de los códices. Esto se nos antoja sujetivo y en algunos casos evidentemente falso. Pero en su conjunto, el texto del P. Merk es excelente y creemos será en adelante el preferido de las universidades y seminarios, sobre todo cuando en una nueva edición logre las ventajas externas del Nestle.

«Iniciación a la crítica textual neotestamentaria» se titula y es en realidad el opúsculo publicado por Leon Vaganay (1). Basta saber el carácter de la «Bibliotèque cathqlique des sciences religieuses» para darse cuenta que esta no es obra para especialistas ni un texto que se pueda utilizar en la clase. Es un libro de orientación para los que nada saben de esto y quieren tener una información general. De todas las cuestiones dice algo: los manuscritos, las versiones, los Padres antiguos en que se encuentran citas; la crítica de las variantes voluntarias e involuntarias, la crítica externa e interna, la historia del texto antes y después de la imprenta. Termina con una ojeada sobre el porvenir del texto y con un ejercicio práctico de crítica textual.

Científico y de palpitante actualidad es un precioso opusculito del Dr. Kaupel (2). Es una apología del Antiguo Testamento combatido por antiguos herejes como Marción, rechazado por los modernos racionalistas influídos por el antisemitismo, sobre todo en Alemania, y menos estimado de lo que sería menester por los mismos católicos. Estos últimos, principalmente, deben considerar el aprecio que el Nuevo Testamento hace del Viejo y lo mucho que la Iglesia lo ha utilizado, particularmente en su liturgia. Cierto que el Antiguo

---

(1) Leon Vaganay, professeur à la Faculté de Théologie de Lyon. *Initiation à la critique textuelle néotestamentaire.* (Bibliotèque catholique des sciences religieuses). 138 págs. en 16.° Librairie Bloud et Gay. Paris. 1933.

(2) Dr. Heinrich Kaupel, Privatdozent der Theologie an der Universität Münster. *Die antisemitische Bekämpfung des Alten Testaments vom Standpunkt katholischer Bibelbetrachtung beleuchtet.* 48 págs. en 8.° Verlag Anton Lettenbaues. Hamburg 1. 1933.

no es para nosotros igual que el Nuevo. El uno es preparación para el otro. Pero aun después del Evangelio, conservan las antiguas escrituras un alto valor intrínseco para nuestros días. Este es el sugestivo tema del opusculito que desearíamos ver muy leido.

La Biblia es la vida del pueblo judío, y de la Biblia la parte principal son las profecías mesiánicas. No es sólo una curiosidad literaria el conocer cómo esas profecías han sido entendidas en Israel, es algo que nos ayuda a descifrar el misterio de la vida del pueblo escogido. Pues he aquí que J. Brierre-Narbonne, nos ofrece una obra sumamente interesante sobre las profecías mesiánicas en la literatura judía (1). El autor, que muestra un conocimiento asombroso de toda la literatura judía, no tanto se propone en esta obra tratar de las profecías mesiánicas en sí mismas, cuanto mostrar la concordancia de la aplicación mésiánica que existe entre el Nuevo Testamento y la literatura rabínica. Y así, a aquellas profecías límita su estudio, que se hallan interpretadas en sentido mesiánico por ambas partes.

Si ahora queremos conocer el resultado de esta ímproba labor comparativa y el alcance de esta concordancia la hallaremos resumida en el mismo concepto de Mesías, a quien se aplican los textos. Para los judíos el Mesías es un «personaje real, ungido o consagrado (según la significación de la palabra Mesías) rey de los judíos, destinado a someter el mundo a su ley y a la ley de Dios». Para los cristianos el Mesías es el Verbo encarnado y Redentor del mundo (p. V). Veamos de entresacar del rico material, que el autor nos ofrece, algunos ejemplos que ilustren este principio.

En Gen. III, 14 s. Dios maldice a la serpiente y la conmina con una derrota completa por parte de la descendencia de la mujer, a quien acaba de seducir. El texto es mesiánico, aunque de un sentido todavía vago. El Targum de Jerusalén lo concreta así: «Cuando los hijos de la mujer tomen a pechos la guarda de la Ley y observen sus preceptos, lograrán la fortaleza para pisarte la cabeza y darte muerte; mas cuando descuidaren las prescripciones de la Ley y dejaren de observar sus mandatos, tú serás fuerte para morderlos en el calcañar y dañarlos. Sin embargo, la descendencia de la mujer tendrá un remedio de que tú careces, pues ellos harán un acuerdo entre sí al fin, en los

(1) *Les propheties messianiques de l' Ancien Testament* dans la litteratura juive, en accord avec le Nouveau Testament, avec une introduction sur la litteratura messianique juive apocryphe, targoumique, talmudique, midrashique, zoharique et rabbinique por Jean-Brierre-Narbonne. Págs. XVII-105 en fol. Pr. 100 frs. París, Librairie Orientaliste Paul Geeuthner, rue Jacob 13 (VI.e). 1933.

últimos días, en los días del Mesías». Este concierto universal sobre la observancia de la Ley en los días del Mesías, será lo que les asegure la victoria. La paráfrasis targúmica parece tener un sentido universal extensivo a todos los hombres; pero no nos fiemos de las apariencias, ya que no se habla de la conversión de los gentiles a la Ley mosaica. El Targum de Jonatán parafrasea con singular placer, la bendición de Judá (Gen. XLIX, 8 ss.), el carácter guerrero del Mesías. Las montañas quedarán rojas con la sangre de los muertos, sus vestidos impregnados de sangre, semejantes a los racimos.

Todo lo que toca a la gloria del Mesías, Israel lo entiende a las mil maravillas. Lo que constituye para él un misterio son los textos que hablan de las humillaciones y de la muerte del Mesías. He aquí algunas muestras: El salmo XVI era interpretado en sentido mesiánico. San Pedro (Act. II, 31 ss.) lo entiende de la pasión, muerte y resurrección del Mesías. El Midrach Tehillim se expresa en esta forma: «Dice David: Tú has preparado grandes dolores a la generación que sufrió la persecución religiosa, ya que han muerto por la santificación de tu nombre. El Santo (sea El bendito) le responde: Por ventura le han causado algún daño? *Yo no derramaré sus ofrendas de sangre*, es decir, su sangre será a mis ojos más preciosa que todas las ofrendas, R. Levi dice en nombre de R. Idi: Los dolores han sido divididos en tres partes: una cayó en suerte a los patriarcas y a todas las generaciones, otra a la generación de la persecución religiosa y la tercera al Rey-Mesías». Este pensamiento lo encontramos repetido varias veces. A propósito del salmo XXII el autor nos transcribe varios textos de la *Peseqta Rabbati* sumamente interesantes: «El Santo (sea El bendito), propuso al Mesías este concierto: Aquellos cuyos pecados sean perdonados por amor de tí, pondrán sobre tí un yugo de hierro y harán contigo como con un becerro al cual hubieren cegado; por el peso del yugo no podrás respirar y a causa de sus pecados *se pegará tu lengua al paladar*. ¿Aceptas esto? Responde el Mesías a la Faz del Santo (sea El bendito): ¿Acaso el suplicio durará muchos años?—Por tu vida y por la vida de mi cabeza, que yo he decretado que esto dure un septenario. Si por esto tu alma se turba, yo la conforto desde ahora.—Dueño del mundo, responde el Mesías, yo acepto todo esto con alegría de mi corazón; pero a condición de que ningún israelita perezca y que en mis días se salven no sólo los vivos, sino también los que están ocultos en el polvo, los que han muerto desde los primeros días y hasta los que no han llegado a nacer y los que aún no han sido creados y sólo existen en tu ciencia». De los otros pueblos no se dice nada. Pero lo más curioso del caso es que después de hablarnos del Mesías, del Hijo de David, aparece un «Efraim, Mesías de mi justicia», el cual aceptó desde los días de la creación llevar sobre sus hombros los pecados de los demás. «Los pa-

triarcas se levantarán un día en el mes de Nisán diciéndole: Efraim, Mesías de mi justicia, aunque nosotros seamos tus padres, tú eres más grande que nosotros, porque has llevado los pecados de nuestros hijos y grandes opresiones han caído sobre tí; tú eras para los pueblos de la tierra objeto de escarnio y burla contra Israel, estabas sentado en la oscuridad, tus ojos no veían la luz, tu piel estaba arrugada y tu cuerpo seco como un leño, tus ojos estaban vacíos del ayuno y tu fuerza agotada. Todo esto te ha sucedido a causa de los pecados de nuestros hijos». La gracia para los hijos de Israel; para los pueblos de la tierra la cólera del Mesías, que aquí es siempre el «Efraim, el Mesías de mi justicia». ¿Cómo se armoniza esto con el concepto del Mesías glorioso Hijo de David, que aparece de continuo en los textos? Es un misterio, como lo es la paráfrasis, que el Targun de Jonatán hace del capítulo LIII de Isaías que viene a parar en un verdadero laberinto. Verdaderamente que el Mesías, tal cual Dios lo había concebido y la Escritura lo anuncia, vino a ser para Israel una piedra de tropiezo. ¿La causa? Sin duda la falta de fe, o digamos, de docilidad a las enseñanzas divinas contenidas en la Escritura.

Tal es la conclusión que sacamos de esta obra singular, en la que hemos de reconocer el ímprobo trabajo de su autor, a quien deseamos energías para llevar a cabo la publicación de las obras anunciadas de exégesis judía.

El Dr. Schoepfer, de quien vamos a presentar una importante monografía (1), es el benemérito por su Historia del Antiguo Testamento (Geschichte des Alten Testaments), notable por su criterio seguro y erudición abundante. El presente opúsculo sirve de complemento a dicha obra, aunque también por sí sólo será de grande utilidad a exégetas y apologistas. Nació como polémica contra el profesor de Bonn, Dr. Francisco Kaulen, que impugnaba la doctrina del autor en la Historia del Antiguo Testamento. Esto fué ya en 1895. De entonces acá se han esclarecido más las cuestiones y apareció la encíclica *Spiritus Paraclytus* de Benedicto XV. El autor ha tenido tiempo para pensar bien el asunto y calmar los ardores de la polémica, por lo cual ha sabido hacer un trabajo expositivo y sintético. Siete capítulos contiene, divididos en dos partes. El primero es introducción. En el segundo explica, con la encíclica *Providentissimus* las relaciones entre la Biblia y la ciencia. En el tercero resume la doctrina de los padres y teólogos, en especial San Agustín, San Al-

(1) Dr. Aemilian Schoepfer, papstlicher Hausprälat. *Bibel und Wissenschaft.* Die katholische Lehre und ihr Verhältniss zur Naturforschung über Weltentstehung und Weltsystem. Zweite, umgearbeitete Auflage. 201 págs. en 8.° Verlagsanstalt Tyrolia. Innsbruck. 1931.

berto Magno, San Buenaventura, Santo Tomás, Dionisio Cartujano, Pereira, Petavio, Patrizi y Palmieri. En el cuarto se ocupa del decreto del concilio de Trento, insistiendo en la explicación del contenido de las palabras *res fidei et morum*. El quinto lo dedica a la inerrancia de la Sagrada Escritura, en general, en las cosas físicas y en las cosas históricas. En el capítulo sexto, con que empieza la segunda parte, discute las cuestiones que se proponen sobre el primer capítulo de la Biblia. Por fin el capítulo séptimo está consagrado a la famosa cuestión de Galileo.

El criterio es excelente. Consulten esta obra profesores y alumnos, que aquí encontrarán lo que no tienen en casi ninguno de los manuales que andan en sus manos.

Ya es bien conocido en nuestra revista el infatigable autor F. Xav. Kortleitner, sobre todo por sus *Commentationes biblicae*. Ahora nos toca presentar la tercera edición de su obra sobre las formas del culto mosáico comparada con las religiones del antiguo oriente (1). Los opusculitos de las *Commentationes biblicae* se hacían agradables por su brevedad, la presente obra podría estar muy bien repartida en varios de esos opusculitos dedicado cada uno de ellos a una religión oriental. Los demás materiales que la integran se podrían suprimir sin daño ninguno. Así por ejemplo los catorce *excursus* que van al fin de la obra no tienen ni poco ni mucho que ver con el título del libro. Y la primera parte, dedicada toda entera a probar la autenticidad de la ley mosaica, tiene su lugar propio en las introducciones a la Sagrada Escritura. Sólo hay conexión entre los prenotandos, la segunda y la tercera parte. En los prenotandos asienta el hecho, para todos evidente, que la religión mosaica tiene muchas formas de culto comunes a las religiones del antiguo oriente. Y advierte también que para esta comparación no hay que partir de la religión popular, sino de la religión legítima. La primera parte ya hemos dicho que está dedicada exclusivamente a probar la autenticidad de la legislación mosaica. En la segunda expone ante todo las opiniones que en los diversos tiempos han existido acerca de las relaciones entre el culto mosaico y el de las otras religiones. Empieza con los doctores judíos y termina con los modernos. Desde el capítulo segundo de la segunda parte entra de lleno en materia. Va examinando una por una las religiones de los di-

(1) Franciscus Xav. Kortleitner Ord. Praem. *Formae cultus Mosaici cum caeteris religionibus orientis antiqui comparatae.* Editio tertia. XII 432 págs. en 4.° Pr.: en rústica 7,50 m.; encuadernado 10 m. Libraria societatis Marianae—Vereinsbuchhandlung. Maria Theresienstrasse, 40. Oeniponte. 1933.

versos pueblos: egipcio, cananeo, babilonio, árabe, persa, griego. Las semejanzas de nombres, acciones, personas sagradas se pueden explicar por la afinidad de las lenguas. Las semejanzas de ritos no prueban que haya dependencia, pues estas semejanzas se encuentran hasta en pueblos remotísimos. Se puede conceder que tal o cual forma del culto mosaico haya sido tomado de algún pueblo extraño, con tal que ese rito no represente alguna opinión religiosa gentil y no sea contrario a las ideas religiosas mosaicas. Pueden parecerse exteriormente el culto mosaico y el culto gentil, pero el contenido interno es muy diverso. Una diferencia muy particular es que el mosaico no sólo tiene valor simbólico, sino también típico. El criterio del autor es ya bien conocido por sus demás obras. Su erudición es considerable, aunque mal digerida. Estos libros con más orden y más método adquirirían mucha mayor popularidad.

Arduos son los problemas arqueológicos que el profesor de la Universidad de Viena Dr. Gabriel se ha propuesto aclarar en sus ensayos sobre el sumo pontificado (1). La obra promete ser principio de una serie, en que se estudien los diversos problemas relacionados con los pontífices del Antiguo Testamento. En el presente cuaderno se fija principalmente en los ornamentos. Ante todo recoge los nombres diversos que emplea la Sagrada Escritura para designar al Sumo Pontífice. Trata luego de la unción y demás ceremonias de la consagración: cuestiones de grandísimo interés para precisar lo que es el sumo sacerdote y su relación con las demás dignidades del Antiguo Testamento, en especial con el rey a quien corresponde principalmente la unción. Lo restante de la obra, que es la mayor parte, queda reservada para los ornamentos sacerdotales. El *efod,* el *urim* y *tummin* son los que más dificultades presentan. Las opiniones están muy divididas aun entre los católicos y no se puede esperar una solución definitiva. El mérito del autor es haber recogido los textos y haberlos sometido a riguroso examen. Si todos no están conformes con la solución dada, por lo menos agradecerán el gran esfuerzo realizado para aclarar los textos, que será sin duda un acercamiento a la solución definitiva.

Modelo de tesis doctoral es la de L. I. Pap (2), aunque su resultado es

(1) Dr. Gabriel. *Untersuchungen über das altestamentliche Hohepriestertum* mit besonderer Berücksichtigung des hohepriesterlichen Ornates (Theologische Studien der Oesterreichischen Leogesellschaft, Heft 33). XVI-128 págs. en 8.° Verlag Mayer und Comp. Singerstrasse, 7. Wien. 1933.

(2) L. I. Pap. *Das israëlitische Neujahrsfest.* 94 págs. en 4.° Verlag von F. H. Kok-Kampsen (Suecia). 1933.

puramente negativo. Algunos críticos habían excogitado una fiesta de año nuevo para Israel al modo de la que se celebraba en Babilonia. Pocas probabilidades contaba este descubrimiento, pero como era interesante se iban encontrando cada vez más textos alusivos, hasta el punto que amenazaba convertirse en una tesis generalmente admitida. Sobre todo creyó hallar Mowinckel varios salmos compuestos para esta fiesta.

El benemérito investigador ha sabido recoger cuidadosamente todos los textos en que se presume hallar alusiones y analizarlos con gran rigor crítico. El resultado ha sido contrario a la existencia de dicha fiesta. Antes del destierro existían dos fechas que podrían hacer pensar en su existencia: una en otoño, que coincide con el principio del año civil, y otra en primavera que coincide con el principio del año litúrgico, pero en ninguna de las dos ocasiones se celebra una *fiesta del año nuevo*. La fiesta de los tabernáculos tampoco era más que una fiesta de recolección.

Después del destierro empieza la fiesta del año nuevo a tener importancia. Quizá nació como reacción contra la fiesta babilónica. Pero faltan en absoluto datos que justifiquen el carácter que la quiso asignar Mowinckel.

Federico Schmidtke, enviado por la Görres-Gesellschaft a Jerusalén (1), publicó el año pasado una obra que ha merecido ser prohibida por la Comisión Bíblica con la siguiente censura: «El Rev. Sr. Federico Schmidtke, profesor extraordinario del Antiguo Testamento en la facultad teológica de Breslau, en el volumen citado, cuando trata del Pentateuco, sigue las teorías de la crítica racionalista, despreciando totalmente el decreto de la Comisión Bíblica Pontificia del 27 de Junio de 1906. Además en la historia del Antiguo Testamento, sin tener ninguna cuenta con el decreto de la misma Comisión Bíblica Pontificia del 23 de Junio de 1905 mete en juego un cierto género literario de tradiciones populares en que lo falso se mezcla con lo verdadero; contra los testimonios claros de los Sagrados Libros, afirma entre otras cosas que las narraciones de los patriarcas, por lo menos en parte, no contienen historia de hombres singulares sino de tribus; y que Jacob no es hijo de Isaac sino que representa cierta tribu aramea; y que no todo el pueblo israelita entró en Egipto, sino sólo una parte, sobre todo la tribu de José; asímismo muchos milagros del Viejo Testamento los explica como hechos puramente naturales, haciendo violencia al texto».

Por fin la obra ha sido incluída en el Indice de libros prohibidos por la Sa-

(1) F. Schmidtke. *Die Einwanderung Israëls in Kanaan*. XI-190 págs. en 4.° Frankes Verlag und Druckerei. Breslau. 1933.

grada Congregación. Es lástima que tanto trabajo y tantos datos que pudieran haber sido utilísimos, hayan resultado inútiles y perjudiciales por causa de una interpretación que hemos de calificar de arbitraria.

La Biblia interesa también mucho a los médicos, como lo demuestra la obra del Dr. Gemayel (1). El profesor Achard, miembro del Instituto y secretario general de la Academia de Medicina, dice en el prefacio a la obra: «Lo mismo que todos los textos sagrados de todas las religiones antiguas, la Biblia tiene un poderoso atractivo para todo el que se interesa por la historia de la Medicina y de la Higiene en la antigüedad. En efecto, estos textos, verdaderos archivos de las primeras civilizaciones, son una mina abundante de reseñas sobre las enfermedades de la época y del lugar de donde proceden, sobre las prácticas médicas, las creencias populares, la higiene, las costumbres íntimas de un pasado lejano. La Biblia, que ha sido objeto de innumerables comentarios de teólogos y filósofos, no ha dejado de dar a los médicos materia de investigaciones históricas sobre ciertas enfermedades y ciertas prácticas de higiene. Pero el libro del Dr. Amin Gemayel tiene el mérito de ser un trabajo de conjunto, que abarca la totalidad de los Libros Santos, y los comentarios que encierra tienen la ventaja de ser hechos con una doble competencia: por un médico muy avisado, que discute y distingue con conocimiento de causa la naturaleza de las enfermedades, la oportunidad de los remedios, el valor de los preceptos higiénicos, y además por un compatriota, muy alejado sin duda, en tiempo, de aquellos a quienes se aplican estos textos, pero muy instruído en usos, costumbres, creencias y modos de pensar, que después de tantos siglos, se han conservado todavía en parte en sus descendientes. El autor no se limita a comentar las enfermedades y las prácticas medicinales: sabe también sacar de su estudio la moralidad de los datos ofrecidos por la historia del judaísmo y cristianismo primitivo; la higiene del espíritu no es tenida menos en cuenta que la del cuerpo. Por lo tanto, su obra tiene un alcance superior al círculo de los médicos».

El método es sencillo: va recorriendo uno por uno todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, y a propósito de cada texto hace sus consideraciones. Por toda síntesis nos da un índice sinóptico.

El estudio de la versión de los Setenta va adquiriendo una importancia extraordinaria. Y con razón, porque ella es la clave para resolver los principa-

(1) Dr. Amin Gemayel. *L' hygiène et la médicine à travers la Bible.* 296 págs. en 4.° con 10 láminas. Librairie Orientaliste Paul Geuthner. 13 rue Jacob. París. 1932.

les problemas críticos del Antiguo Testamento y para explicar muchas ideas del Nuevo Testamento y de la Iglesia primitiva. Porque es sabido de todos que los autores del Nuevo Testamento usaron el texto griego con preferencia al hebreo, que los primeros doctores cristianos siguieron el mismo ejemplo y que las traducciones a otras lenguas se hicieron casi exclusivamente a base de los Setenta. Pero esta versión era casi un enigma en cuanto a su carácter y a sus relaciones con el original hebreo. Podemos decir que las investigaciones están todavía en sus comienzos. Un error práctico en que han caido los autores ha sido lanzar teorías sobre toda la versión en conjunto, cuando es tantísima la diferencia entre libros y libros. El Dr. Ziegler dándose cuenta de esto dedica un estudio detallado a solo Isaías (1). Desde los tiempos más antiguos se viene discutiendo el valor de los Setenta comparados con el texto masorético. Y hoy es el día en que las opiniones siguen casi tan divididas como el primer día. Scholz atribuye a los Setenta un grandísimo valor, pues cree que representan un texto original diferente del masorético. Otros, en cambio, creen que todas las diferencias existentes entre los Setenta y el texto masorético se deben, no a variantes del texto primitivo, sino a simples erratas y errores de traducción. ¿Cuáles son los resultados de la profunda investigación del Dr. Ziegler acerca de Isaías? ¿Qué relación guarda la versión con el texto masorético? Evidentemente el texto griego de Isaías queda muy inferior al masorético. Los traductores helenistas eran hijos de su tiempo y han puesto en la versión mucho de propia cosecha. Por el interés de sus lectores eran inclinados a aclarar los textos oscuros y disipar dificultades. Y para esto no tienen dificultad en traer las palabras de otros lugares de Isaías y aun de otros libros. Tienen propensión manifiesta a la paráfrasis. Aunque algunas de las paráfrasis que se encuentran pueden no ser obra del traductor, sino glosas que se encontraban en el texto.

Los traductores de ordinario no dejan señales de su personalidad, pero el traductor griego de Isaías la dejó bien señalada. El Dr. Ziegler se atreve a reconstruirla a base del texto. El ambiente alejandrino, que es como la fuente de todas estas modalidades de la versión griega de Isaías, lo describe el autor con mucho acierto en el último capítulo de la obra. Teniendo eso en cuenta se convence uno sin dificultad, de que el traductor ha reflejado por completo el espíritu de su tiempo. Este es verdaderamente un valor de la versión, que nos

(1) Dr. Theol. Joseph Ziegler, privatdozent an der Universität Würzburg. *Untersuchungen zur Septuaginta des Buches Isaias.* (Alttest. Abhand. von Prof. Dr. A. Schulz XII Band. 3 Heft) VIII 220 págs. en 4.° Pr. 11,40 m. Aschendorffsche Verlagsbuchhandlung. Münster i. W. 1934.

sirve para reconstruir la historia de las ideas en una época tan importante. Teniendo este valor se compensa el que lo tenga pequeño para reconstruir el texto primitivo.

La obra está dividida en ocho capítulos: I, Introducción. II, Unidad de Is.-LXX. III, Lo que tiene de menos Is.-LXX. IV, Lo que tiene de más Is.-LXX. V, Imágenes y comparaciones en Is.-LXX. VI, Relaciones de Is.-LXX con otros escritos del Antiguo Testamento, VII, Recíproco influjo de lugares paralelos. VIII. El fondo alejandrino-egipcio.

En la editorial Aschendorff se viene publicando una serie de trabajos que podríamos llamar teología bíblica popular, fundada y continuada por renombrados especialistas católicos (1). De las catorce series que van publicadas sólo haremos ligera mención de las tres últimas para que el lector se forme siquiera una idea vaga de lo que es esta colección La serie 12 se inicia con una disertación sobre un tema de tanta actualidad como la manera de utilizar para la teología el método llamado de historia de las religiones. Donde por necesidad tiene que tocar el delicado problema del sincretismo y el origen de nuestra religión (Ser. 12; fasc. 1-2). El ideal de piedad de los profetas, las interioridades del espíritu de esos grandes hombres es donde intenta penetrar el fascículo 3-4 de la serie 12. Varios opúsculos salteados se dedican a resumir la vida de Jesús según los cuatro evangelios (Ser. 7, fasc. 11-12; ser. 8, fascículos 9-10; ser. 10, fasc. 4-6; ser. 12, fasc. 5; ser. 13, fasc. 1-2; ser. 14, fascículos 1-4). Los profetas y su intervención en política hasta la época de la cautividad es el tema de otro trabajo (ser. 12, fasc. 6). El primado de S. Pedro y los últimos ataques de la crítica ocupan las 28 págs. del fasc. 7 de la misma serie 12. La mística de S. Pablo es tratada con más detención (ser. 12 fascículos 8-10). Por fin esta serie termina con un estudio sobre los capítulos 9-10 de la epístola a los Romanos donde trata el Apóstol del papel de los judíos en la historia de la salud (ser. 12, fasc. 11-12). La serie 13, además del fascículo que hemos indicado sobre los evangelios contiene un trabajo sobre el decálogo (fasc. 3-4) sobre la cuestión social en el Nuevo Testamento (fascículos 5-6), sobre la manera de endechar los israelitas a los muertos (7-8 y 9-10), sobre las antiguas religiones de misterios, comparadas con el cris-

(1) *Biblische Zeitfragen* begründet von Prof. Dr. Joh. Nikel und Prof. Dr. Ign. Rohr, fortgeführt von Paul Heinisch und Fried. Wilh. Maier. Van publicadas hasta el presente 14 series, cada una de las cuales contiene 12 fascículos de un promedio de 40 págs. en 8.° Precio: un promedio de 0,80 m. Aschendorffsche Verlagsbuchhandlung. Münster i. W.

tianismo. De la serie 14 no van publicados más que 4 fascículos acerca de la vida de Jesús según los evangelios.

El Diccionario Teológico del Nuevo Testamento con el poco tiempo que ha empezó a publicarse llega ya al fascículo 18 (1). La extensión que va dando a cada palabra es considerable. En los seis fascículos, que ahora anunciamos, hay muchos artículos notables por su contenido. Merecen destacarse el consagrado a la palabra *diabolos*, donde se tratan las importantes cuestiones sobre el diablo-satán en el Antiguo Testamento, en el judaísmo posterior y en el Nuevo Testamento. Otros artículos importantes son los correspondientes a *diáccnos, diáspora, diazeke* (testamento o pacto), *didaskalos*. Las palabras *dike, dikaios, dikaiusine* con sus derivados, dan ocasión para tratar problemas capitales en nuestra religión y en el protestantismo. El estilo del diccionario que consiste en reunir datos, sin disquisiciones especulativas es una garantía de imparcialidad. La palabra gloria (δοξα), importantísima por la conexión que establece entre muchos textos del Antiguo y Nuevo Testamento, es tratada aquí con mucha amplitud. De gran importancia es el concepto de *siervo* (δοῦλος) cuando se aplica a Jesucristo y a otros. Otras dos palabras de gran contenido y tratadas aquí con extensión son *dynamis* y *eikon*.

Eirene es un término que suministra al autor tema para una investigación muy interesante. *Schalom* como don de Dios, *schalom* en los vaticinios proféticos, *schalom* como parte integral o elemento constitutivo de la expectación escatológica; *eirene* en los LXX; *schalom* en la escritura rabínica; *eirene* en el N. T., etc., etc., son otros tantos puntos expuestos magistralmente en este artículo. Merece así mismo mención especial el artículo *éxtasis* por sus profundas inquisiciones acerca del empleo y sentido de dicho vocablo, tanto en la literatura griega, helenística y judaica, como en el N. T. y, de una manera special, en los escritos paulinianos.

Los benedictinos de Monserrat, entre muchas e importantísimas contribuciones al estudio y divulgación de la Sagrada Escritura con sus ciencias afines, han publicado ya una gramática hebrea y otra siriaca. Precisamente el autor de la gramática siriaca, Dom L. Palacios, nos convida ahora con la gramática aramaico-bíblica (2). La necesidad de esta obra es evidente porque,

---

(1) G. Kittel. *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament*. Band 2: Lief. 2-7 (Bogen 5-29: διά-ἔκρωμα). 1933-1934. Verlag von W. Kohlhammer. Stuttgart. Precio de subscripción 2,90 Mk.

(2) Dom L. Palacios, O. S. B. *Grammatica aramaico-biblica* ad usum scholarum, exercitiis, textibus et vocabulario ornata. VIII-128 págs. en 8.° Pr. 12 liras. Desclée et C.° editori pontifici. Piazza Grazioli, 4. 1933.

como dice el autor, desde que apareció la «Adumbratio chaldaismi biblici» de S. Bauer en 1882, ninguna otra gramática del arameo bíblico ha vuelto a aparecer en latín.

El método que aquí se sigue lo expone el autor en el prólogo. Presupone el conocimiento del hebreo. Se fija, principalmente, en lo que son características arameas. Allí donde el arameo y el hebreo en parte convienen y en parte discrepan, repite algunas cosas de la gramática hebrea para que se vea mejor la diferencia. Por la distribución especial entre texto y notas, puede esta gramática servir así para los que quieren hacer un estudio superficial como para los que quieran profundizar. En los ejercicios se encuentran íntegras todas las perícopes aramaicas de la Biblia.

ANTIGUO TESTAMENTO

La Historia Bíblica, que hace tiempo publicaron en alemán J. Schuster y J. B. Holzammer, y ahora nos ofrece en castellano la Editorial Litúrgica, es lo mejor que tenemos en castellano (1). Pero sería un error pensar que es obra perfecta y que no hay en alemán otras obras mejores que deberían haber sido preferidas a ésta. Por citar alguna nombramos la de Schoepfer, que en mucho menor volumen contiene todo lo bueno de ésta y con mejor criterio, aunque le falta el correspondiente volumen para el Nuevo Testamento. Pero, repetimos, la traducción que nos ofrece la Editorial Litúrgica es la mejor que tenemos en castellano. Es completa, pues resume las cuestiones de Introducción General (hasta la pág. 54) y sigue toda la historia bíblica desde Adán hasta la plenitud de los tiempos, sin dejar de dar una buena idea de los profetas encuadrados en su marco histórico y de los libros sapienciales. Es documentada, porque sus autores se han esforzado por recoger los datos de los descubrimientos modernos y hacerlos servir a la defensa de la historia sagrada. Pero a propósito de esto aconsejo a los lectores que no hagan dogmas de fe lo que aquí leyeren, porque hay muchas deficiencias, algunas de ellas debidas a que la obra original es ya un poco vieja. El criterio, siempre conforme con las decisiones de la Iglesia, es algo desigual: algunas veces parece algún tanto atrevido y otras muchas es completamente esclavo de la letra. En cuanto a la for-

---

(1) J. Schuster J. B. Holzammer. *Historia Bíblica*. Exposición documental fundada en las investigaciones modernas. Tomo primero. Antiguo Testamento. Traducido por el P. Jorge de Riezu, O. M. C., de la octava edición alemana refundida por J. Selbst y Kalt XVI-828 págs. en 4.° con 102 grabados y dos mapas. Pr. 46 ptas. Editorial Litúrgica Española. Cortes 581. Barcelona.

ma, peca por ser demasiado difuso. Todo lo que dice se podía expresar en muchas menos palabras. Aunque por otro lado tiene esto una ventaja considerable: que no es amazacotado y gana en claridad e interés para el gran público, entre el cual aspira sin duda a extenderse. La consideración del sentido típico de los personajes y hechos del Antiguo Testamento, así como también las citas bastante frecuentes de Santos Padres, dan a la obra cierta unción que la convierte en obra de piedad.

Para resumir en una palabra lo que queremos decir acerca de esta obra, diremos que es un arsenal de datos. No es una obra artística con un plan armonioso (ya hemos dicho que apenas se ve unidad de criterio). La unidad sólo se la da la materia, pues necesariamente había que empezar con los primeros padres y seguir el orden de la historia sagrada hasta Jesucristo. Pero a propósito de cada hecho, los datos se acumulan como en un arsenal.

Concluímos recomendándola como obra de absoluta necesidad para todos aquellos que quieran obtener noticias críticas del Antiguo Testamento y no les son accesibles las grandes obras alemanas, pues no sólo en España, pero tampoco en Francia e Italia hay obras de este carácter tan completas. Lo que sí deseamos vivamente es que los muchos defectos que tiene, puedan, sin tardar mucho, ser corregidos en una obra perfectamente en consonancia con las últimas investigaciones de la Exégesis y con los descubrimientos en Oriente.

Inferior en mérito al anterior es el *Manual de Estudios Bíblicos,* publicado por los Sres. Lusseau y Collomb (1). Se divide en dos partes, la primera es una de tantas introducciones especiales al Antiguo Testamento, en que nada nuevo, ni en cuanto al fondo ni en cuanto al método, encontrará el lector.

La cuestión de la autenticidad del Pentateuco, desarrollada con gran copia de erudición, deja en el fondo mucho que desear. Creemos sinceramente que si en la exposición de las pruebas, en especial de las procedentes del N. T., hubieran tenido los autores ante su mirada ciertos textos del Doctor Angélico, hubieran procedido con más cautela y moderación (2). La prueba tradicional, tal cosa se halla expuesta en este libro, nos parece sencillamente disparatada.

Los PP., según ellos, han considerado este punto de la autenticidad inte-

(1) Lusseau Collomb. Manuel d' Etudes Bibliques. Tom. II. Les Livres historiques de l' A. T. XVI 1176 pág. en 8.° P. Tequi, Paris, 1934.

(2) No tiene desperdicio, v. gr., el siguiente: «Cum enim aliquis, ad probandam fidem, inducit rationes quae *non sunt cogentes,* cedit in irrisionem infidelium. Credunt enim quod huiusmodi rationibus innitamur, et propter eas credamus». Sum. Theol. I, q. XXXII, art. 1,.

gral del Pentateuco, como una cuestión de *enseñanza católica* y con *unánime asentimiento* han sostenido que era obra de Moisés. De donde se sigue que la autenticidad mosaica integral del Pentateuco sería de fe divina. Ciertamente que no nos causaría gran extrañeza el que los autores aceptaran semejante conclusión teniendo en cuenta que su mentor y guía inseparable, el P. Bea, sostiene ya la siguiente tesis: «Est igitur de *fide divina* (1) Vaticinia Messianica quae in Pentateucho inveniuntur, esse conscripta a Moyse» (2). Aunque todavía los discípulos van más lejos que el maestro y extienden al Pentateuco todo lo que el P. Bea dice de los vaticios mesiánicos. Supuesto lo cual no es fácil compaginar esa afirmación con la hipótesis admisible de secciones muy reducidas «ou du moins suffisamment reduites», de fecha *más reciente* que la mayor parte de la obra (pág. 97).

No va, ciertamente, tan lejos la Comisión Bíblica, que en su decreto, admite la posibilidad de modificaciones, con tal que quede a salvo la autenticidad *sustancial* del Pentateuco. Y hasta ahora nadie se atrevió a definir en qué consiste esa sustancia de una obra tan compleja y en que una misma cosa se repite tantas veces.

La erudición y la profundidad son cosas difíciles de hermanar. Lusseau y Collomb, que hacen gala de una erudición inmensa, confiesan constantemente en las páginas del libro que no poseen el don de la profundidad. Son ciertamente activos, son activísimos. Apenas acaban de publicar un libro y ya están dando fin a otro. ¿No estará ahí la raíz de esa serie de «rien n' empêche de *supposer*», u otro término equivalente, de que está llena la obra?

La segunda parte tiene pretensiones de Manual de Exégesis, que libre al estudiante del manejo del texto bíblico, error manifiesto, según se hizo constar ya en esta misma Revista al reseñar el tomo dedicado a los Evangelios. El juicio que nos merece la primera, parte tenemos que hacerlo extensivo—triste suerte la nuestra—a esta segunda parte. Mucha literatura sobre el tan discutido problema de los orígenes de las cosas, y en resumen... reliquias de un concordismo «vieux style», con un olvido práctico increíble de los magníficos y luminosos principios del Angélico Doctor, tan admirablemente glosados en la encíclica «Providentissimus». El autor no desconoce dichos principios, puesto que a ellos alude en el apartado final de la primera sección que se inscribe así: «Essai de solution plus adéquate». Ahora bien, ¿no es evidente que, ateniéndonos a las *apariencias* de las cosas, hay una *luz crepuscular* independiente de la *luz solar?* Si así es, ¿por qué no ha de ser esta la *luz*

(1) Subrayado por el autor.

(2) Institutiones Biblicae.—De Pentateucho, Romae, 1928, pág. 13.

del *primer día*, luz solar en términos científicos, luz extrasolar según las apariencias? El olvido de cosas tan sencillas obliga a los autores a interpretaciones tan violentas y arbitrarias como esta: «Rien n' empêche de supposer que les *rayons* solaires aient pu atteindre la terre chaotique, avant que *n' apparaisse* le disque même du foyeur lumineux» (pág. 327).

El decreto de la Comisión Bíblica, con fecha 30 de Junio de 1909, nos obliga a ver en el Paraíso una transgresión por parte de Adán y Eva del precepto divino a instigación del diablo «sub serpentis *specie*» (Cfr. pág. 120). Parafraseando las afirmaciones del P. Bea, escriben los autores: «on ne saurait douter de L' OBJETIVITÉ DE L' APPARITION. .; tout au plus pourrait-on se demander si nous sommes en présence d' un serpent RÉEL, physique, possédé du diable, ou bien d' une FORME OPHIDIENNE SOUS LAQUELLE LE DÉMON SE SERAIT MONTRÉ A LA FEMME. La première hypothèse nous paraît la meilleure» (pág. 369). En gracia a la brevedad prescindimos de aducir más datos en confirmación del juicio que nos merece esta obra. Creemos firmemente que tan pasmosa actividad y erudición perjudican a los autores, que necesariamente tienen que carecer de tiempo para rumiar y digerir tanto alimento.

Dos nuevas publicaciones, que con verdadero placer anunciamos al lector, vienen a enriquecer la colección de comentarios escriturísticos emprendida por profesores de la Universidad de Bonn.

El Dr. Heinisch (1), conocido ya de nuestro público por sus comentarios al Génesis, nos obsequia con un nuevo trabajo dedicado al Exodo.

Unas ligeras lecciones de Introducción especial preceden al Comentario. Estudia en ellas el libro del Exodo como obra literaria, la época de la salida de Egipto, con atinadas observaciones en el párrafo 3.°, que trata de Ramsés II, el Faraón de la opresión, Menefta el Faraón del éxodo. Estúdiase así mismo con amplitud la tan discutida cuestión del lugar del Sinaí.

El argumento del Exodo da pie al autor para la división general del Comentario en dos partes: descríbense en la primera los rasgos fundamentales de la liberación de Israel (I, 1-XVIII), quedando para la segunda el hecho de la entrega de la Ley en el Sinaí y los fenómenos que de dicha entrega se derivaron (XVIII-XL).

Entre las muchas y muy interesantes observaciones que a lo largo del texto va haciendo el autor, conviene que fijemos nuestra atención en la división de los preceptos del Decálogo. El genio, más teológico que histórico de San

(1) HEINISCH. Das Buch Exodus übersetzt und erklärt. Un volumen en 8.° de 298 páginas y dos mapas. Peter Hanstein Verlagsbuchhandlung, Bonn, 1934. Pr. 10,80 Mk; enc. 12,80.

Agustín, vió en estos diez preceptos, tres referentes a las relaciones de los hombres con Jahvé y siete que dicen relación a la armonía que entre los hombres debe reinar. División clásica que ha llegado a prevalecer entre los comentaristas católicos hasta nuestros días. Heinisch, ateniéndose a la letra del texto sagrado, encuentra que son cuatro los preceptos que se refieren a Dios: el primero, que prescribe «la adoración exclusiva de Jahvé y proscribe la idolatría»; el segundo, que veda el culto de las imágenes; el tercero, prohibiendo el abuso del nombre divino; y el cuarto, que establece la santificación del sábado.

Dos disertaciones por vía de apéndice, acerca del Decálogo la primera, y la segunda sobre el libro de la Alianza y un índice final, realzan el mérito de esta obra que da fe del esplendor a que han llegado los estudios exegéticos entre los católicos alemanes.

Magnífico de presentación, sumamente interesante en el fondo, se presenta a la luz pública la nueva obra del P. Ubach (1), el segundo tomo de la Biblia ilustrada y cuya finalidad parece ser hacer que nos entre por los ojos – tal es el lujo fantástico de mapas y fotografías – el itinerario seguido por los hijos de Israel en su larga y penosa caminata desde la salida de Egipto en los días de Menefta hasta la llegada a las puertas de Canaán. No necesitan nuestros lectores que les presentemos al formidable e incansable investigador benedictino. De él y de sus interesantes producciones ha hablado más de una vez y siempre con elogio esta nuestra Revista. Lo que sí podemos afirmar es que no hay problema planteado por la crítica moderna que el autor no conozca y discuta ampliamente, aduciendo con frecuencia atinadas observaciones, fruto de sus largas y frecuentes exploraciones y de sus profundos conocimientos orientalistas.

Son dignas de mención las páginas ilustradas, con sus correspondientes explicaciones, dedicadas a la descripción de las plagas de Egipto (págs. 30-41); institución de la Pascua (pág. 42-46); el itinerario desde Socoth al Mar Rojo y paso del Mar (50-67); el Sinaí (132-140); el Decálogo, con su división, siguiendo la interpretación de S. Agustín (pág. 148); el tabernáculo (208-216), etc., etc.

Nuestra enhorabuena al autor, cuya vida guarde Dios muchos años, para que siga obsequiándonos con tan bellas producciones.

A la obra del Dr. Heinisch sobre el Exodo que reseñamos anteriormente

---

(1) Ubach (Dom Bonaventura). La Biblia. Il·lustració pels Monjos de Montserrat. XXIV-2 *L' Exode-El Levitic*. Precioso vol. en 4.° de 354 págs. Monserrat, 1934.

debemos añadir en la misma colección la reciente obra del Dr. Junker sobre el Deuteronomio (1).

Divídese en dos partes. La más interesante es la primera, en que expone con abundancia de datos el problema de su autenticidad mosaica. Decídese después de larga disquisición por la tesis de que el Deuteronomio es en su sustancia obra de Moisés. Es de notar la advertencia que nos hace el autor, de que teniendo su obra más bien carácter de vulgarización, no debe buscarse en ella un profundo examen y la solución de los problemas planteados por la crítica.

Contra muchos comentaristas que en el capítulo XIV, vv. 15 ss. ponen al Mesías en sentido literal histórico, sostiene el autor que se trata de la promesa del profetismo en general y añade: «Weil der Mesias auch als Prophet gedacht wird und eigentlich die Vollendung des Prophetenthums darstellt, ist die Stelle schon früh in Zusammenhang mit der messianischen Erwartung gebracht worden» (pág. 84).

Un estudio verdaderamente original sobre los 15 primeros capitulos de Samuel es el del sueco Ivar Hylander (2). Existe un método moderno de crítica contrario a la escuela literalista de Wellhaussen que consiste en examinar las formas literarias para distinguir bien lo que es literatura o tópicos literarios, de lo que es el relato original donde está todo el contenido substancial. Por este método largas historias, que parecían contener mucho, son reducidas a un pequeño núcleo original al que se ha ido añadiendo todo lo demás. Este procedimiento han empleado en varias ocasiones Gunkel y Gressmann. Ahora I. Hylander quiere aplicarlo al libro de Samuel. Nos encontramos aquí con varios relatos: la niñez de Samuel, la historia del arca, Samuel como juez, Samuel el vidente y Saúl joven, las guerras de Saul, la ruptura entre Samuel y Saúl. Cada uno de estos relatos está lleno de episodios. ¿Son todos primitivos? ¿No hay alguno que sea el verdadero núcleo alrededor del cual se han ido juntando todos los demás? El autor hace derroches de ingenio en el análisis de los diversos motivos y en la comparación con las circunstancias históricas que les pudieran haber dado origen. Existiría al principio un rela-

---

(1) Junker (Dr. Hubert). *Das Buch Deuteronomium,* übersetzt und erklärt. Un volumen en 8.° de 144 pags. P. Hanstein Verlagsbuchhandlung, Bonn 1934. Pre: 4,80 Mk., enc. 6,40.

(2) Ivar Hylandrr. *Der literarische Samuel-Saul-Komplex* (1 Sam. 1-15). Traditionsgeschichtlich untersuch. Inaugural-Dissertation. XVI-336 págs. en 4.° Almqvist et Wiksell. Uppsala 1932.

to muy sencillo. Como los hebreos son muy pragmatistas, fueron acomodando la historia a las ideas o a los intereses posteriores para los que se quería buscar un justificante en la historia. Y así resultó con el tiempo el actual conjunto de Samuel-Saul. Ese núcleo primitivo lo constituían dos relatos de la época de Salomón que representaban las ideas y los intereses benjaminitas y danitas. Después de la caída de Samaria son incorporadas nuevas tradiciones. Pero la mayor transformación la sufrió después del destierro. Deja, pues, poco como primitivo, en lo cual no podemos convenir. Con todo este mal resultado del método, no es razón para condenarle radicalmente. Hace fijarse en muchas cosas que de otra manera quedarían inadvertidas. Es obra que ha costado al autor mucho trabajo, hay que reconocerlo, y aunque en el conjunto es reprobable, en los detalles tiene muchas observaciones que deben ser recogidas. Pueden ser un impulso para hacer otra cosa mejor.

El profesor Bartolomé Kutal viene publicando un comentario a los profetas menores del que ha llegado a nosotros el tercer volumen (1). Es ante todo una traducción fiel del hebreo al latín. Va acompañado de un comentario sucinto y claro. El autor que conoce la bibliografía moderna y sigue en muchos puntos al afamado Van Hoonacker, tiene opiniones algo raras sobre la fecha de los profetas. Así, a Abdías le junta con Amós. Con esto la interpretación tiene que variar bastante por necesidad. Apesar de todo la obra es recomendable y servirá para adquirir una idea aproximada de los profetas.

Los importantísimos capítulos escatológicos 24-27 de Isaías merecían bien un estudio especial. Ya el P. Lagrange les había dedicado un artículo en *Revue Biblique* (1894, p. 200-231), que ha quedado como el fundamento en la exégesis católica. Ahora les dedica W. Rudolph una monografía muy interesante (2). Ofrece ante todo una traducción, seguido de crítica textual y explicación de las palabras. Y luego la exégesis literal, en donde de paso va estableciendo la conexión entre las diversas partes, que, como se sabe, es muy discutida. Nos agrada el principio que sienta en la pág. 28; que en el estado actual de las investigaciones métricas, el metro no debe ser el criterio decisivo para la crítica literaria. Frases que se unen por el contexto no deben ser

---

(1) B. Kutal. *Libri prophetarum Amos et Abdiae* e textu originali latine et metrice versi, explanati, notis criticis et philologicis illustrati. 220 págs. en 8.° Olomuc (Checoslovaquia). Sidové Zádovy Tiskarské a Nakladatelské. Wilsonovo, 16, CSR. 1933.

(2) Wilhelm Rudolph. *Jesaia 24-27* (Beitr. zur Wissenschaf vom A. und N. Test.) 64 págs. en 8.° Pr. 4,50 marcos. W. Kohlhammer. Stuttgart. 1933.

separadas por manipulaciones métricas. Cuando se ha estudiado bien el contexto y de ahí resultan varios versos que forman grupos, entonces es cuando hay derecho a hablar de estrofas. Este método más prudente le ha llevado a conclusiones muy moderadas, dentro de la moderna crítica. Aunque Is. 24-27 no es un texto seguido, puede muy bien ser de un solo autor. No hay razones serias en contra. En todo domina la unidad de pensamiento. Hay, sin embargo, algunos trozos que los excluye como extraños. El pasaje donde se habla de la resurrección de los muertos (XXVI, 14, 18, 19) le ofrece algunas dudas, pero estas no son decisivas. No admite la autenticidad y lo coloca a fines del siglo cuarto.

El pleito del Siervo de Jahvé está perdido para los partidarios del sentido colectivista. El profesor O. Eissfeld (1) se propone defender la causa perdida y por cierto que no lo logra. Cree que el *Siervo* es el Israel ideal. La mayor parte del opúsculo está consagrado a las teorías y razones que las apoyan. La contribución propia del autor la indica el título. Los israelitas tenían una idea muy clara de un Israel ideal. No es, pues, nada extraño que aquí se tome en este sentido. Pero con esto no ha resuelto la cuestión. Aunque en otras ocasiones se hable del Israel ideal y por lo tanto empieza aquí la posibilidad de esa interpretación, por todas las demás razones queda completamente establecido que el *Siervo* es un personaje individual.

A partir de fines del siglo XVIII los críticos han ido abandonando gradualmente la tesis tradicional de la autenticidad del libro de Isaías, atribuyendo toda la segunda parte (cap. XL-LXVI) a un autor desconocido de fines de la cautividad babilónica. Más aún; los críticos modernos distinguen en esta misma segunda parte dos secciones distintas, pertenecientes a otros tantos autores: la primera, que abarca los capítulos XL-LV, obra de un autor que llaman Déutero-Isaías; y la segunda, que va del capítulo LVI al final del libro, que ha sido compuesto por un contemporáneo de Esdras, y a quien los críticos designan con el nombre de Trito-Isaías.

Karl Elliger, en una reciente publicación (2), trata del Deutero-Isaías en sus relaciones con el Trito-Isaías.

---

(1) Otto Eissfeld, *Der Gottesknecht sei Deuterojesaja im Lichte der israëlitischen Anschauung von Gemeinschaft und Individuum*. Beitr. zur Religionsgeschichte des Altertum. 28 págs. en 8.° Max Niemeyer Verlag. Halle (Saale). 1933.

(2) Karl Elliger. *Deuterojesaja in seinem Vehältniss zu Tritojesaja*. (Beitz. zur Wiss. vom A. und N. T.) XII-308 págs. en 8.° Pr.: 21 marcos. W. Kohlhammer. Stutgart. 1933.

Divídese en dos partes, constituyendo la primera una serie de investigaciones sobre el Siervo de Jahvé en sus relaciones con Déutero y Trito-Isaías. Un detenido análisis del texto le lleva a la conclusión de que el Siervo de Jahvé es una figura contemporánea. Desde luego ni Zorobabel ni Joaquín; «dass beide Hypothesen in den übrigen Quellen keine tragfähigen Stützen finden, hat Fischer unwiderleglich erwiesen» (pág. 81). No restan más que dos posibilidades: o el Siervo de Jahvé es «ein unbekannter Mann des Exils, oder ist Deuteroiesaia selbst». Contra el parecer de Mowinckel, Gunkel, H. Schmidt, Sellin, etc., el autor de decide por la segunda hipótesis.

La segunda parte trata de la sección atribuida al Déutero-Isaías y analiza detenidamente sus relaciones con Trito-Isaías. Al final nos da un esquema en que se resumen las conclusiones establecidas en sus investigaciones.

Aunque no podamos admitir dichas conclusiones, no deja, sin embargo, de ser utilísima esta obra por la gran cantidad de datos y observaciones que en él se acumulan.

Nuestros lectores pueden conocer ya lo que significa Herrmann Gunkel para la interpretación del salterio (1). Después de haber pasado buena parte de su larga vida en estudios particulares acerca de él, al fin publicó un grande comentario. Después del comentario empezó a publicar la introducción.

Por su edad muy avanzada fué grandísimo el trabajo que le costó la publicación del comentario y de la primera parte de la introducción. Pero la segunda no pudo llegar a publicarla porque murió el 11 de Marzo de 1932 y ya antes de morir estaba imposibilitado de continuar. Tuvo que encargarse de la obra un discípulo de toda confianza, Joaquín Begrich. Buena parte del material se lo entregó Gunkel preparado. Algunos capítulos son exclusivamente de él. Para otros dejó notas o indicaciones. En otros inició al sustituto verbalmente. De modo que en conjunto la segunda y última parte es verdadera conclusión de la primera. Si en algunos puntos el discípulo fiel ha creído deber apartarse de lo establecido por el maestro en la primera parte o en el comentario, lo dice expresamente.

El carácter de esta introducción ya lo conocen nuestros lectores por la reseña de la primera parte. No trata más que de una cosa que es indiscutiblemente la clave de la interpretación del salterio: de la agrupación de los salmos en géneros literarios. En la primera parte había sentado Gunkel las bases de la división y había tratado especialmente de algunos de esos géneros: los him-

(1) H. Gunkel—I. Begrich. Einleitung in die Psalmen. v. Pr.: 13,50. Por subscripción 7,60. 2 Hälfte (págs. 177 486 en 4.°) v Vandenhaech et Ruprecht. Göttingen. 1933.

nos, los llamados cánticos de la entronización de Jahvé; las lamentaciones del pueblo; los presuntos salmos reales; las lamentaciones personales. Este último quedó empezado y ha sido terminado en el último fascículo. Los demás géneros de que en éste se trata son: los himnos de acción de gracias de particulares y otros géneros de menor consideración, como los de bendición y maldición, de peregrinación, de victoria, de acción de gracias por parte del pueblo, las «leyendas», la «tora». Estos géneros son, sin duda, muy discutibles, pero aun en el caso de que fueran puramente hipotéticos, es muy preferible hacer estas divisiones a estudiar el salterio en globo. Por lo menos por las ventajas pedagógicas. Cuanto mas que algunos géneros están muy bien caracterizados, por ejemplo, los himnos.

Muy interesante es el § 9, donde trata con mucha extensión de la profecía escatológica en los salmos. El problema de los salmos mesiánicos es aquí resuelto desde el punto de vista particular de Gunkel.

Si los salmos han recibido mucha influencia de los profetas, también han recibido alguna de la literatura sapiencial. De esto trata en el § 10.

Los géneros arriba enumerados muchas veces no se encuentran puros, sino que han dado origen a formas mezcladas (§ 11).

A base de la crítica interna, que supone la división en géneros, establece la historia del salterio. No creemos que esta historia cuente con un apoyo firme en todos sus puntos, pero hemos de hacer constar en honor a la verdad, que Gunkel ha sido el que mejor ha sabido refutar las razones de crítica interna que se aducían para retrasar el salterio hasta una fecha muy posterior (§ 12). Termina con un estudio sobre la colección de los salmos y las inscripciones de los mismos (§ 13; § 14). Recomendamos se estudie esta obra para ver si algún día sale de parte de los nuestros algún trabajo semejante en el trabajo y diferente en el criterio.

Uno de los salmos más interesantes es el que empieza *Deus, Deus meus* (1). El abate Ed. Courte se ha propuesto decir de él cuanto se puede decir. Consideración ecdótica (crítica textual), exegética, desde el punto de vista de la forma, desde el punto de vista poético, literario, mesiánico, litúrgico, su significación en la literatura judía, cristiana, ambrosiana, de Lyon, mozárabe, bizantina, siriaca, armenia, copta. Obra de paciencia y a veces de

(1) Ed. Courte. *Le Psaume vingt-deuxième* au point de vue ecdotique, exégètique, au point de vue de la forme, ainsi qu'au point de vue messianique et dans la liturgie. VIII-144 páginas en 4.° Pr. 60 francos. Librairie Orientaliste Paul Geuthner. Rue Jacob, 13. París.

aguda crítica es la consideración ecdótica. La exégesis, sin duda muy piadosa, utiliza los comentarios de los santos Padres, pero es un poco defectuosa desde el punto de vista histórico. Reúne todas las razones en pro y en contra de la autenticidad davídica. Su pensamiento parece quedar un poco obscuro. Defiende con gran resolución el carácter mesiánico del salmo, y así su exégesis puede hacerlo a la luz de los evangelios. No será obra tan definitiva como el autor se imaginó, pero es obra excelente, digna de ser leída e imitada respecto a otros salmos.

Fr. Benito CELADA, O. P.

Boletín del Nuevo Testamento

En la colección *Die Heilige Schrift des N. T.,* que dirige el Dr. Fritz Tillmann, publica el Dr. J. Sickenberger la *Historia del Nuevo Testamento* (1).

En las ediciones anteriores formaba una introducción a los Sinópticos; ahora constituye un volumen aparte, en que el autor trata brevemente de la inspiración y con más amplitud del texto, del canon y de la crítica del N. T. En una obra, después de todo breve, no hay que esperar del autor sino una exposición ordenada, clara y precisa de la doctrina comúnmente admitida. Señalaremos algunos puntos que en esta exposición nos parecen dignos de ser notados.

Sobre la verdad de la Escritura, consecuencia de la inspiración, concluye así: «Que realmente en la Biblia no se encuentra siempre una corrección y exactitud formal en las relaciones accidentales (formale Korrektheit und Genauigkeit in nebensächlichen Mitteilungen), bastará para ponerlo en claro algunos relatos del Nuevo Testamento». Y después de señalarnos algunos de éstos, concluye: «Se deben, pues, medir tales narraciones por el fin que el autor inspirado se propone y por el género de esa narración. Así, en la crítica del evangelio se debe tomar en cuenta su narración sistemática, que compendia y junta las cosas separadas. Por esto no puede ser combatida como falsa la inspiración prometida a los testigos de Jesucristo» (p. 5). Los hechos son evidentes, la conclusión también; sólo fuera de desear que todos los tratadistas, al enunciar los principios, tuvieran en cuenta estos hechos, a fin de ajustar *la expresión* de los principios teológicos a las exigencias de los hechos bíblicos.

El llamado *texto occidental* tiene por origen la libertad con que los copis-

(1) *Die Geschichte des Neuen Testament* von *Dr. Joseph Sickenberger* O. Prof. der Theol. an der Universität München. Vierte, stark erweiterte Auflage. 16-18 Taufend. Peter Hanstein Verlagsbuchhandlung. Bonn 1934. Pág. 91 en 4.° Pre. 3,20 y 4·80 RM.

tas, apoyados en la tradición oral, se atrevían a tratar el texto sagrado (26). El criterio de canonicidad parece ser múltiple para el Dr. Sickenb., el origen apostólico, la atribución al Espíritu Santo, la citación con otros pasajes del Ant. Testamento y también la lectura en los actos litúrgicos de la Iglesia. El autor no ha sabido elevarse a un criterio único y universal según el que la tradición eclesiástica distinguía los libros canónicos de los que no lo eran (p. 37 s.)

Sobre la lengua del evangelio de S. Mateo asegura que el texto griego presupone un original arameo; pero que no es una traducción en el sentido estricto de la palabra, a pesar de lo cual su lenguaje tiene en muchos casos el carácter de una obra traducida (p. 56). Hablando de los sentidos de la Escritura, niega el doble o triple sentido admitido por muchos escritores eclesiásticos; sólo se ha de aceptar por todo exégeta que crea en la revelación la razón de tipo que tienen por voluntad de Dios, muchos sucesos (Ereignisse) del Antiguo Testamento. Entre éstos se hallan las palabras del salmo XVI, en que S. Pedro y S. Pablo ven significada la resurrección de Jesucristo (p. 62). Nos parece que semejantes palabras expresivas de las esperanzas del Santo, no pueden contarse entre los *sucesos,* a que conviene el sentido típico.

Podemos afirmar, que si la parte histórica de la obra, que es lo principal, está bien tratada, la teológica, que es fundamental, escribiendo de la S. Escritura, se halla casi preterida. Y en ella, sin embargo, hay que buscar la razón de los fenómenos históricos. Pero este defecto, que nos atrevemos a señalar en la obra de Sick., nace del concepto que comúnmente se tiene entre los escritores alemanes de la introducción a la S. Escritura.

De todo el evangelio los Padres han mirado como lo más escogido el Sermón del Monte. Este hizo objeto de un estudio especial Hugo Huber (1); el cual, aunque está muy lejos de la altura de conceptos de S. Agustín, todavía es digno de estima por lo que ayuda a fijar el sentido histórico de las palabras de Jesús.

El autor no está conforme con que a los capítulos V-VII se les dé el nombre de «sermón», querría más bien llamarlos «doctrina», «lección», «lehre». Sobre esto no hemos de discutir. Tampoco queremos insistir en que todas y cada una de las sentencias que integran esta lección hayan sido pronunciadas por Jesús en la ocasión señalada por S. Mateo. Argumentos graves tomados del mismo evangelista y de los otros sinópticos probarían que algunos puntos

---

(1) *Die Bergpredigt.* Eine exegetische Studie von *Hugo Huber.* Göttingen. Vandenhoeckund Ruprecht 1932. Pág. 166 en 4.° Pr. 6,50 RM.

estarían mejor en otro lugar. Pero todo esto no bastaría para probar que San Mateo «sea el autor del sermón». Sin embargo, no es de desatender el argumento indicado por el mismo Huber, o sea la probabilidad de que Jesús haya querido instruir a sus discípulos, rudos e ignorantes, que acababan de agregársele, en los puntos fundamentales de su evangelio. El mismo confiesa que la comparación de San Mateo y San Lucas nos muestra un esquema común a ambos evangelistas, cuyos puntos serían: 1) Las condiciones para pertenecer al reino de los cielos (Mt. V, 1-12, Lc. VI, 20-26); 2) Deberes de los miembros del Reino (Mt. V, 13-VII, 12; Lc. VI, 27-45). La cuestión de saber, si cada miembro del discurso experimentó algún cambio de sentido al ser incorporado en él, es cosa que se ha de resolver por el contexto. Por de pronto nuestro autor se atiene al juicio de Schlatter, de que no se ha de buscar una comparación constante con Lc. VI, 20 ss., no obstante que la distinta localización de los dos discursos no es para él una prueba decisiva de que no puedan ser un discurso único.

Las bienaventuranzas tienen un sentido mesiánico. Su expresión absoluta nace de que, viviendo Jesús en tan íntima unión con Dios, y siendo la voluntad divina la norma de su querer, exigía lo mismo de los aspirantes al Reino de los cielos. Conforme a estas normas, explica el sentido de cada bienaventuranza, tomando por base el Antiguo Testamento, y confrontando su contenido con las enseñanzas de los rabinos, a las cuales exceden en mucho las de Jesús. Un defecto hemos de señalar en esta exposición mesiánica, y en su mesianismo escatológico. No el que algunos antiguos Padres admitían en definir el reino de los cielos que se promete como premio de las bienaventuranzas, sino el de cierta moderna escuela crítica, que tiene de la ciencia de Jesús una idea muy pobre.

Como ejemplo de su exégesis sobre los restantes elementos, señalaré la explicación dada a la cuestión del divorcio. Según S. Mat. XIX, 9, la Ley lo había autorizado «ob duritian cordis vestri». Esta dureza, dice nuestro autor, se origina siempre cuando se quebranta la fidelidad entre los cónyuges. En este caso, aun cuando la parte ofendida renuncie a su derecho de separación, se quebranta la ley de la pureza y del amor, y la ruptura persiste. Jesús reconoce que todo matrimonio, roto una sola vez, para ninguna de las partes resulta bueno, y en tal caso tolera, según S. Mateo, el divorcio, sin que esto signifique conformidad fundamental con el precepto mosaico, simplemente porque reconoce que el matrimonio queda separado sin ningún fallo judicial y sin ninguna denuncia de separación. Con esta limitación no pierde nada de su carácter absoluto el juicio de Jesús sobre la indisolubilidad del matrimonio, por cuanto esta disolución es consecuencia del humano pecado, del cual los discí-

pulos, como miembros del Reino, deben estar muy libres. Que el hecho es en todo caso pecaminoso, y por ninguna sentencia judicial justificable, se sigue del principio de que el hombre que despide a su mujer, o se junta con una divorciada echa sobre sí el pecado de adulterio. Este era un pensamiento extraño a la Sinagoga. La historia del divorcio enseña que los divorciados de ambos sexos empujan a otros al adulterio. Jesús, con su juicio, libra a la mujer de la arbitrariedad del hombre, y a éste le impone el deber de someterse a la primera voluntad de Dios. Es este un bien ético y social, sin el cual la humanidad no puede pasar (p. 93).

Con todo esto quedamos en que el pecado rompe el vínculo conyugal en los que por ese mismo pecado dejarán de ser miembros del Reino. No parece este buen modo de restablecer la voluntad primera de Dios y de salvar la armonía entre los testigos de la enseñanza de Jesús, ya que ni S. Marcos, ni San Lucas, ni S. Pablo dicen palabra de tal excepción, que tampoco debe serlo para S. Mateo. En suma, la obra de Huber, muy estimable por su erudición y muy útil para quien sepa discernir en ella el oro de la escoria, adolece de los vicios dogmáticos de la crítica protestante.

Un médico, no ayuno de conocimientos humanísticos, y sobre todo de sentido exegético, acuciado por una dificultad, se ha propuesto someter a nuevo examen la explicación corriente del texto que expresa el motivo de la enseñanza parabólica de Jesús, «ut videntes, non videant, etc.» (1). Ese *ut* y el ἵνα del original griego, tiene su sentido ordinario *final,* dicen algunos exégetas, que ven en las parábolas un castigo infligido a los judíos por quien dice de sí que no ha venido a juzgar; tiene un sentido *consecuente, ecbativo,* aseguran otros, a quienes la primera sentencia parece dura en demasía; tiene un sentido *causal,* replica el Sr. La Cava, al cual ambas sentencias repugnan, por parecerle indignas de la bondad del Salvador. Y efectivamente, parece que los léxicos le dan la razón, el contexto la admite y el sentido que resulta se halla muy en armonía con la naturaleza de la parábola. Jesús la emplea, puesto que sus oyentes, de escasa capacidad para entender los misterios del reino de Dios, tienen ojos y no ven, y hay que darles la doctrina envuelta en parábolas, para que vayan abriendo los ojos. Y no cabe duda que el sentido resulta más llano, no obstante la dificultad que ofrece la cita de Isaías, que no debe bastar para excluir una declaración aceptable en sí de las palabras de Jesús.

---

(1) *Ut videntes non videant.* Il motivo e lo scopo de le parabole nel Vangelo di Francesco La Cava. Casa editrice Marietti, Roma 1934. Pág. 87 en 8.° Pr. 4 liras.

La *Maison de la Bonne Presse* ha publicado un segundo tomo debido a la pluma del R. P. Tonna-Barthet, sobre los evangelios de San Lucas y San Juan (1). La obra no tiene pretensiones científicas, sino más bien prácticas; busca la edificación de los fieles, más bien que su ilustración científica. Le parece al autor que, cuanto al plan, el del tercer evangelio conviene bien con el del cuarto. El texto, traducido en francés y dividido en secciones, va explicado en su conjunto y no verso por verso, sin detenerse en muchas dificultades exegéticas. En las parábolas, llevado de un fin edificante, alegoriza algo más de lo que permitiera una exégesis científica, por ejemplo, en la parábola del hijo pródigo. Una noticia grata nos da en la pequeña introducción a S. Juan (p. 194), que su texto original (entiéndase autógrafo) se conservaba en la iglesia de Efeso aún en el siglo VII, pero ciertamente al fin del siglo III, puesto que S. Pedro de Alejandría, citado en la Crónica de Alejandría, lo asegura expresamente. Los fieles de origen judío lo tradujeron pronto en hebreo, es decir, en siro-caldeo; y S. Epifanio cuenta que lo conservaban en una biblioteca secreta de Tiberiades, sobre el mar de Galilea. Esta cita no es para dar una alta idea del sentido crítico del autor.

En la nueva colección *Theologischer Handkommentar zum Neuen Testament,* el Dr. Hauck, que había publicado ya el comentario a S. Marcos, nos ofrece ahora el de S. Lucas, compuesto bajo el mismo plan, de que ya dimos cuenta a los lectores en nuestro anterior boletín (2). Nos limitaremos a señalar algunos puntos literarios y teológicos que sirvan para caracterizar la obra, la colección de que forma parte y la tendencia doctrinal, que representa dentro del protestantismo alemán. Y primero la cuestión literaria.

La dependencia literaria, que se debe admitir entre S. Lucas y S. Marcos, puede ser inmediata o mediata. La comparación de ambos evangelios nos muestra que todo el material de S. Marcos se halla incorporado al evangelio de S. Lucas. Hasta el orden de la narración es el mismo, salvo pocas excepciones. Especialmente se ha de notar que el material de S. Marcos que sirve a S. Lucas como trama de los dos grandes trozos, III, 1-IX, 50; XVIII, 14-24, 11, ha sido sometido por el tercer evangelista a una elaboración estilística. El estilo fuertemente arameo de S. Marcos y sus expresiones incultas, han sido

(1) *Les Évangiles commentés d' aprés les exégètes anciens et modernes* par le R. P. Tonna-Barthet. T. II *Saint Luc-Saint Jean*. Maison de la Bonne Presse. 5 rue Bayard, Paris 8.° Pág. XI 396 en 8.° Pr. 15 fr.

(2) *Das Evangelium des Lukas* von *D. Friedrich Hauck. (Theologischer Handkommentar zum Neuen Testament)*. A. Deichertsche Verlagsbuchhandlung D. Werner Scholl. Leipzig 1934. Pág. XII 303. Pr. 8,50 y 10 RM.

pulidas y corregidas por S. Lucas. Esta corrección es más acentuada en las narraciones históricas que en las palabras de Jesús, que son reproducidas fielmente. La comparación de ambos evangelistas nos muestra en S. Lucas un fiel continuador de la tradición. Lleno de piedad por los textos, los conserva intactos en lo que toca a su contenido. Este modo de proceder de S. Lucas con el material tomado de S. Marcos, nos ofrece un argumento evidente acerca del que emplea con las otras fuentes de su evangelio, que no podemos confrontar. Lo que particularmente vale para la segunda fuente, que es la de los discursos, que Hauck llama Q, según el uso corriente.

S. Lucas tiene común con S. Mateo un rico material de discursos, que sustancialmente se halla distribuído en tres grandes secciones, III, 7-IV, 13; VI, 20-VII, 35; IX, 51-XIII, 53. Las vacilaciones entre una semejanza literal y una desemejanza profunda de los textos, nos hace imposible determinar las relaciones de esas fuentes. Los indicios que tenemos no bastan para establecer con seguridad la teoría de una tradición escrita que sugiere el prólogo de S. Lucas o de una tradición oral, que hacen posible la tradición paralela judaico-talmúdica. Hauck más bien se inclina a que las concordancias de los dos evangelistas, hasta en detalles insignificantes, arguyen cierta dependencia literaria de una fuente griega. Esta sería la Q, compuesta de discursos de Jesús, que piadosamente se guardaba en la comunidad, sin que esta piedad fuera obstáculo a que en ella se introdujesen modificaciones redaccionales, que luego se viene a reflejar en los evangelistas. Hauck nos da el contenido de esa fuente en los dos evangelistas. Además de esto, S. Lucas tiene una gran cantidad de material propio, del que no es posible juzgar si procede de una o varias fuentes.

También entre S. Lucas y S. Juan se advierten numerosas coincidencias, en su mayoría pequeñas, las cuales, aunque aisladamente sean de poca monta, tomadas en conjunto, todavía son dignas de consideración y de que se busque una explicación de las mismas. Y Hauck comienza redactando una larga lista, que muestra las relaciones entre S. Lucas y S. Juan. No se trata de coincidencias literales, sino de concepto, las cuales son mayores en la historia de la pasión y de la resurrección. Pudiera explicarse esto por el libre empleo que S. Juan hubiera hecho del tercer evangelio; mejor por el uso de una tradición general común a ambos.

En suma, S. Lucas es un escritor que mira las fuentes de que dispone con un sentimiento de piedad y de respeto, que le impulsa a mantenerse siempre fiel a ellas. Pero en S. Lucas hay que ver también al historiador de la salud, que nos trajo Jesús. Habiendo trazado sus dos libros bajo un solo plan, en el Evangelio nos pinta la aurora de esa salud, en los Hechos su difusión hasta

los confines del mundo. Como historiador enlaza la historia evangélica con la general, y luego nos hace ver el progreso en la obra de Jesús.

En un comentario teológico no podemos dejar de notar la doctrina de Hauck sobre este punto. S. Lucas es un continuador fiel de la tradición, pero es también un helenista que traslada el evangelio a las regiones griegas, o mejor, lo recoge él mismo en esas regiones para difundirlo. En esto, consciente o inconscientemente, adapta ese evangelio a la mentalidad helenista. Esta es la nota saliente en S. Lucas, como la judía había sido la de S. Mateo. Jesús es el Salvador de la humanidad; su mensaje no mira a los judíos, ni en él se trata de cuestiones solamente judías, fariseas, palestinas, sino de aquellas que convienen por igual a judíos y gentiles. El mismo nombre de Salvador resume en sí las esperanzas judías y las aspiraciones helenistas.

Veamos ahora cómo Hauck concreta esta idea general en su comentario y cuál es la teología que halla en el tercer evangelio. El *Exkursus* 2 trata de la introducción de la leyenda en el evangelio. Esta leyenda mira a los dos primeros capítulos de S. Lucas, en que se narra la infancia de Jesús. Carecen de valor histórico, sólo lo tienen edificante. Son creaciones de la primitiva comunidad cristiana, que espresaba en ellas su devoción y piedad hacia Jesús. En este juicio va comprendida la concepción virginal, en la que esta tradición referida por S. Lucas y S. Mateo han querido dar un sentido teológico a la declaración del Padre sobre Jesús en el momento de su bautismo. Hemos visto atrás cómo la nota característica del tercer evangelio era ser un mensaje de salud, y que Jesús es concebido como salvador. Es este el mensaje de los ángeles: Os ha nacido un Salvador. Salvador es un atributo de Dios, y el nombre teóforo de Jesús lo indica bien claro. El helenismo lo atribuía también a sus dioses y a los soberanos, sobre todo después de muertos y divinizados. En las religiones de misterios también los dioses, objetos del culto especial, eran dioses salvadores. ¿De dónde viene la concepción evangélica? «El carácter fuertemente judío-cristiano de la historia de la infancia no hace verosímil que en S. Lucas (cap. II) los rasgos helenísticos del nombre de σωτήρ aparezcan en primer término». Pero, en fin, acaso esos rasgos se hallen en un segundo plano. En todo caso, nosotros no vemos qué valor teológico tenga ese título de Jesús, que se dice resumir todo el tercer evangelio, ni qué significa ese mensaje de salud, que Jesús trae al mundo. Y por esta vía el fondo de nuestra fe se disipa, no pertenece al evangelio. Es verdaderamente triste la impresión que dejan obras como esta, fruto de tanto trabajo, reveladoras de tanta ciencia, que al fin acaban en negar el objeto principal de esa misma ciencia, tal como la tradición cristiana lo ha testificado siempre, hasta sellar ese testimonio con su sangre.

Otra obra sobre el tercer evangelio ha sido publicada por L. Soubigou (1). El cual en la introducción nos declara cómo su libro nació del gozo experimentado, cuando, estudiando a S. Lucas, comenzó a entrever las grandes líneas que rigen la composición del evangelio. El evangelista nos indica en el prólogo su propósito de escribir «con orden». Con gran extrañeza de su parte pudo el autor comprobar que este orden no era cronológico, sino literario. El tercer evangelio no es, en modo alguno, una simple serie de relatos y discursos; es la obra de un escritor muy atildado, que da pruebas de un gusto máximo en el modo enteramente personal con que concibió y ejecutó su evangelio. He aquí el tema de esta obra.

Precisando más sus propósitos, advierte que no escribe una introducción al evangelio, en el cual S. Lucas, seducido por la bondad, la afabilidad de nuestro Señor, subraya su simplicidad y la intimidad de sus relaciones con las gentes entre quienes vivía; su bondad misericordiosa que se inclinaba llena de complacencia hacia los miserables y los débiles. Tampoco se propone el autor escribir un comentario. Su propósito en la explicación del texto, ha sido, más que declarar los detalles del mismo, desprender la fisonomía del conjunto de cada escena o discurso. Con esto intenta ayudar a la lectura del evangelio y a descubrir, cuanto es posible, en el texto mismo, los elementos literarios que permitan percibir mejor su sentido. La explicación, pues, del texto está hecha desde el punto de vista literario.

Cuanto a la ejecución, hay que decir que la extensión dada a ciertos puntos de historia parecerían indicar que el autor se olvida a veces de sus primeros propósitos. Por ejemplo, *la situación histórica del N. T.* (p. 125-161). En las líneas generales el plan del evangelista no parece difícil de descubrir, pero cuando se desciende a los detalles, ya es fácil incurrir en el subjetivismo, señalando intenciones y buscando enlaces que al mismo autor de la obra acaso sorprenderían por su novedad. Sin embargo, todavía la lectura de este libro podrá ayudar mucho para entender ese arte literario de S. Lucas y para entrar por esta puerta en el secreto del sentido evangélico. Creemos, no obstante, que la obra hubiera ganado no poco con mayor concisión y brevedad.

S. Pablo escribe en la epístola I a los Corintios: «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe, aún estáis en vuestros pecados» (XV, 17). Estas palabras nos prueban cómo el *hecho* de la resurrección de Jesucristo, por el cual Dios nos dió una última y decisiva prueba de la misión divina de Jesús, y al mismo

(1) *Sous le Charme de l' évangile de Saint Luc* par *Louis Soubigou*. Desclée de par Brouwer et Cie. Éditeurs, 76 bis rue des Saints Pères. Paris 7.° Pág. 568 en 8.°

tiempo un argumento de nuestra futura resurrección, es un punto fundamental de la predicación apostólica, del testimonio que los discípulos debían dar de Jesús. Y es triste ver cómo la ciencia crítica se esfuerza con un empeño digno de mejor causa por disipar este *hecho* histórico, convirtiéndole en una entelequia, en la expresión de un sentimiento, que es a la vez una esperanza, cuyo valor objetivo ignoramos. Tal es el propósito de M. Goguel, en una obra escrita con grande aparato de ciencia, e impreso hasta con alarde de buen gusto y de lujo (1).

El problema que M. Goguel se propone, el mismo que se han propuesto muchos antes que él, es este: ¿Cuál es el origen de la fe en la resurrección? Porque del hecho de esa fe no se puede dudar. Tres caminos se nos ofrecen para resolver el problema: el primero consiste en analizar el papel que la fe en la resurrección de Jesús y en su vida celeste han tenido en la vida religiosa de los primeros cristianos; el segundo es el estudio crítico de los relatos, el cual permite distinguir los elementos primitivos de los que han venido luego a agregarse; el tercero es el estudio comparativo con otros fenómenos análogos, producidos en otros tiempos y en otras circunstancias.

La Teología nos enseña que en la resurrección de Jesucristo se deben distinguir el elemento histórico, observable, como era el sepulcro vacío, la aparición de Jesús a sus discípulos, todo en armonía con los anuncios repetidos que antes había hecho el Maestro a los discípulos; luego el estado glorioso en que había resucitado, su nueva dignidad cerca del Padre y las consecuencias de su resurrección para los creyentes, cosas estas todas sobrenaturales, que están por encima de los sentidos y de la razón natural. Para admitir esto último, *que es el objeto propio de la fe,* los discípulos tenían el testimonio de su Maestro corroborado con los argumentos naturales antes dichos.

Siguiendo el principio de S. Pablo, «prius quod animale, deinde quod spiritale», parecía natural que en el problema de la resurrección de Jesús se debía inquirir primero los elementos históricos, natural e históricamente comprobables, y ver luego qué prueba ofrecían en favor de los elementos de la fe, la cual, en substancia, se ha de apoyar en la autoridad de Jesucristo, como enviado de Dios y en ningún modo se ha de considerar como una mera consecuencia natural de los hechos históricamente probados. Tal había de ser el método que se debía seguir en el problema planteado.

---

(1) *La Foi à la Résurrection de Jésus dans le Christianisme Primitif.* Étude de Histoire et de Psychologie religieuses por *Maurice Goguel. (Bibliothèque de l' École des Hautes Études).* Paris, Librairie Ernest Leroux, rue Bonaparte, 28. Paris, 1933. Pág. 469 en 4.°

Por otra parte, aun en el orden humano, un hecho histórico puede estar preñado de consecuencias, sin que por esto la aceptación de éstas nos obligue a modificar los datos históricos sobre aquél. Al invertir el método, M. Goguel muestra ya que un principio *a priori* lo guía, a saber, que el elemento de la fe ha creado el elemento histórico; el elemento sobrenatural ha dado origen al elemento natural, como una expresión de la fe. Y para llegar aquí se comienza por poner en tela de juicio, o mejor, por negar la veracidad histórica de los evangelios y de los demás documentos que nos hablan de la resurrección, no queriendo ver en ellos, a pesar de sus caracteres de veracidad, la expresión de hechos reales, y mezclando con estos primeros documentos de la historia de Jesús, los documentos apócrifos, producto de la fantasía herética de generaciones posteriores. Y la psicología no sirve para declarar el efecto que esos hechos, realmente históricos e históricamente probados, hayan podido obrar en el ánimo de los discípulos y de la comunidad cristiana, sino para explicar cómo sin causa suficiente se engendraron esos sentimientos de fe y cómo esos sentimientos crearon luego los hechos históricos, que a nuestro juicio debían de ser los primeramente estudiados. Toda esta confusión es un efecto de esa filosofía subjetivista, que reina, por desgracia, en el campo heterodoxo. Así se explica que M. Goguel asegure que sus conclusiones no son tan catastróficas que causen pasmo y dolor en las almas creyentes. El análisis psicológico, en que nació y se desenvolvió la fe cristiana, no es más que una descripción; no pretende ser una explicación. La fe, como todo cuanto toca a la personalidad humana, es un misterio, y un misterio no se explica, se interpreta en función de la actitud que cada uno adopta en frente del problema religioso. El problema histórico y el filosófico o religioso de la resurrección de Jesucristo son netamente distintos, y puede el historiador declarar un hecho inexistente, mientras que el alma religiosa lo hace objeto de sus piadosas meditaciones, de sus esperanzas para esta vida y para la futura, en que se encarnan los destinos humanos. ¡Qué triste es que aquí venga a parar la ciencia humana y la teología de muchas iglesias, que aún siguen llamándose cristianas!

La colección que dirige Tillmann se ha enriquecido con la cuarta edición refundida del comentario de los Hechos de los Apóstoles publicado por el Dr. Steinmann (1). El plan es el mismo de tantos volúmenes que hemos te-

---

(1) *Die Apostelgeschichte übersetzt u. erklärt Dr. Alphons Steinmann* Ord. Prof. der Theol. an der staatlichen Akademie Braunsberg. Vierte, bearbeitete Auflage. 16 18 Tausend. *(Die Heilige Schrifte des Neuen Testamentes)*. Peter Hanstein Verlagsbuchhandlung. Bonn 1934. Pág. XVI 329 en 4.° Pr. 11,50 y 13,70 RM.

nido el honor de presentar a nuestros lectores. Publicada esta cuarta edición veinte años después de la tercera, en los cuales han salido a la luz varios importantes comentarios y estudios sobre este libro, y de muy diverso criterio, el Dr. Steinm. ha tenido que tomarlas en consideración, y lo hace sobre todo en los *Exkursus*, que han crecido grandemente, sobre todo para defender la veracidad de S. Lucas, contra la que se ensañó en especial Loisy en su comentario sobre los Actos.

Entre esos *Exkursus* son de notar los que dedica a estudiar el don de lenguas, el llamado comunismo de la primitiva Iglesia, la conversión de S. Pablo, la asamblea de Jerusalén, la predicación de S. Pablo en Atenas y su primer encuentro con la filosofía griega. La obra de Steinm. constituye una contribución muy apreciable a la inteligencia de los Actos de los Apóstoles, que tanto valor tienen para la historia de los orígenes cristianos.

S. Pablo está siempre a la orden del día. Un volumen de más de 600 páginas, enriquecido con muchas tablas, le consagra Otto Roller para estudiar sólo el formulario de sus epístolas (1). Es una obra verdaderamente curiosa, que supone un trabajo puramente literario, colosal y que ha de servir para echar por tierra muchas construcciones de la crítica. La composición de la obra es para llamar la atención del lector. A las 238 páginas de texto añade casi 400 de notas ilustrativas del mismo, un rico índice de materias y de tablas sinópticas. Ni hay por qué maravillarse de esto, pues el autor viene trabajando en su obra desde el año 1910, sin que, aun en medio de los fragores de la guerra, en que hubo de tomar parte, interrumpiera totalmente su trababajo. La ocasión de ella fué la controversia sobre la enfermedad que padecía S. Pablo y a que hace alusión en II Cor. XII, 7, sostenida por los doctores Seeligmüller y Fischer.

Pensaba Roller que los referidos médicos no disponían de un material suficientemente dispuesto para realizar sus investigaciones. En efecto, para resolver esa cuestión médica era preciso haber adquirido idea clara sobre la autenticidad de muchos pasajes que se leen en las cartas del Apóstol, v. gr., de si las insinuaciones de las Pastorales, que miran a su vida, tienen el valor de fuentes o no, y así mismo los numerosos pasajes de otras epístolas, que aclararían mucho las condiciones corporales del Apóstol, si fueran verdaderamente auténticas. Y este es el problema que nuestro autor se propone estudiar, no

---

(1) *Das Formular der Paulinischen Briefe*. Ein Beitrag zur Lehre vom antiken Briefe von *Otto Roller*. W. Kohlhammersverlag Stuttgart, 1933. Pág. XXXI 657 en 4.° Pr. 36 Rm.

como teólogo, ni filólogo, sino como auxiliar de los médicos, a quienes no se puede negar el derecho a tomar parte en estas discusiones.

No vayan a creer nuestros lectores que Roller se va a lanzar a extrañas teorías para discernir lo auténtico o no auténtico en las epístolas de S. Pablo. Para él el problema se plantea de esta manera: ¿En qué grado las epístolas son verdaderamente paulinas, es decir, son en su forma literaria, en su estilo, etc., de S. Pablo? Y el problema no es imaginario para un católico. Bien conocida es la solución, propuesta ya desde Orígenes, para resolver el problema de la autenticidad de la epístola a los Hebreos: «Ego vero, ita censeo: sententias quidem Apostoli esse, dictionem autem et compositionem verborum esse alterius cujusdam, qui etc.» Nadie va a pensar en extender esta regla a las demás epístolas en el mismo grado; pero alguien ha recurrido ya a los diferentes secretarios empleados por el Apóstol para explicar ciertas diferencias de estilo entre las epístolas de S. Pablo, como ya antes se había acudido a esta hipótesis para dar razón de los diversos documentos que la crítica echa de ver en el Pentateuco. Pues bien, lo que nuestro autor trata de investigar es la parte material de la composición de las cartas, y la colaboración de los secretarios en ellas, a fin de determinar en qué medida representan el ánimo de aquel cuya *firma* llevan.

La parte principal de la obra se desarrolla en los siguientes capítulos: I) La crítica del estilo y los límites de su aplicación a la investigación de la autenticidad de las epístolas paulinas: II) El material y el formulario de las antiguas cartas comparado con el de las paulinas; III) Cambios en el formulario paulino.

Desde Schleiermacher se ha repetido la observación de que la I de Timoteo difería esencialmente por el estilo de las restantes epístolas paulinas. Y la crítica, que trabajaba con tal instrumento de investigación, luego que perdió el respeto a los textos sagrados, vino a hallar todas la epístolas contaminadas con elementos extraños. Pero observemos que de algunas epístolas es sabido no haber sido escritas de propio puño y letra por el Apóstol. En la epístola a los Romanos es esto cosa segura, y lo mismo parece en otras.

Cuatro son los modos posibles que pueden darse en la composición epistolar, y todos cuatro pudieran hallarse juntos en una misma epístola paulina: 1) que la escriba el autor por su mano; 2) que la dicte él mismo al secretario sin otra colaboración de éste que la escritura material; 3) que le dé a éste el concepto y el plan de la epístola a desarrollar por el secretario; 4) que éste presente a la aprobación del autor la carta concebida y redactada por el mismo. En los tres últimos casos el autor necesita dar algunas señales especiales que prueben la procedencia de la carta a los destinatarios. Todo esto

hablando en abstracto. Para la aplicación particular es preciso que nos formemos una idea exacta de lo que era el género epistolar en la antigüedad, y esto constituye el objeto de la obra de Roller. Sobre todo importa fijar cuál puede ser la parte del secretario en la redacción epistolar. Pues cuanto esta parte sea mayor, ya se ve que el estilo en tales cartas tendrá menos valor como signo de autenticidad.

Y por lo que toca a las de S. Pablo, es en alto grado verosímil, y hasta podemos decir cierto, la participación del secretario en la redacción de dos epístolas paulinas. Es la primera la II de Timoteo. Y Roller nota con mucha oportunidad cómo fué escrita, en el abandono o a lo menos en la soledad de sus antiguos compañeros, en la oscura cárcel romana, con los pies aherrojados, sin medios ni menos comodidades para escribir, mirado como sospechoso para la seguridad de la Ciudad y del Imperio, etc., etc. Todo lo cual tenía que influir, así en el ánimo del Apóstol, como en las condiciones externas de la escritura. Los críticos, al hablar del estilo de S. Pablo, no suelen tener en cuenta todas estas circunstancias, que, sin embargo, no pueden ser echadas en olvido, para apreciar el valor literario de escritos así compuestos. La más paulina de todas las epístolas de S. Pablo, lleva un saludo de Tercio, «que escribió la epístola», y antes y después se añaden otros saludos semejantes, que pudieran ser sugeridos y acaso dictados de los mismos salutantes.

Los lectores se habrán dado cuenta de la idea que encierra la obra de Roller. La cual no es uno de esos libros, fundados en una idea, en parte verdadera, pero que universalizada resulta falsa y falso así mismo el sistema que sobre ellos se quiere fundar. La obra estudia un hecho, o un conjunto de hechos, si no desconocidos y olvidados, pero no tomados bastante en cuenta para el propósito que el autor las trae. De estos hechos nuestro autor no quiere sino llamar la atención sobre *posibilidades;* pero éstas bastan para minar por su base muchas conclusiones críticas edificadas sobre el examen literario del texto, sin advertencia a esos hechos. Nuestro juicio es que la crítica deberá en adelante atender a las consideraciones que Roller propone en sn obra y ver la medida en que tienen aplicación a las epístolas paulinas. En cambio lo que no sufrirá cambio alguno con esta obra, es la teología de S. Pablo, la cual, expresada en uno u otro estilo, escrita por este o el otro secretario, siempre será personal de S. Pablo. Tampoco creemos que el concepto de la inspiración sufra nada con los resultados posibles de esta nueva consideración literaria.

Luis Soubigou, de quien presentamos a los lectores una obra sobre San Lucas, nos ofrece otra sobre el Apóstol, ordenada a difundir entre los fieles,

que amen la liturgia, el conocimiento del Apóstol (1). El autor ha escogido los trozos que en las misas de tiempo figuran en la liturgia, sacados de S. Pablo, los ha ordenado bajo un plan lógico y los ha comentado, dándonos en compendio casi un tratado de la teología paulina. He aquí el plan: I) S. Pablo y su obra; II) El misterio del Hijo de Dios; III) Bautismo, confirmación, eucaristía; IV) El cuerpo místico y los carismas; V) El régimen de la gracia; VI) El esfuerzo por la santidad; VII) En la expectación del último día. El comentario de los trozos no se desarrolla verso por verso; toma la idea del conjunto y la desenvuelve con brevedad o extensión según la dificultad de la misma; pero siempre suficientemente para percibir bien el pensamiento del gran Apóstol de los gentiles.

La nueva colección del *Das Neue Testament Deutsch,* que dirigen P. Althaus y J. Behm, se acrece con un nuevo volumen publicado por el primero sobre la epístola a los Romanos (2). El comentario va precedido de una breve introducción de criterio muy razonable. La epístola habría sido escrita en Corinto, por el año 58, poco después de las dos a los Corintios. La autenticidad no puede ser seriamente combatida. ¿Qué autor desconocido podría haber escrito una carta de inagotables riquezas doctrinales, como esta de los Romanos? No hay ninguna razón para desligar de la epístola el cap. XVI.

Esta epístola es el documento más importante para entender a S. Pablo. Ella nos ofrece la exposición más completa de su doctrina acerca de la salud y nos muestra de un modo irrefragable que S. Pablo es un verdadero teólogo. Toda tentativa para entenderle desde otro punto de vista está condenada al fracaso. En ninguna parte aparece mejor el Apóstol como un pensador que aquí. Y ninguna otra carta del N. Testamento ha tenido tanta importancia para la Iglesia como ésta. Sobre todo ha tenido especial influencia en el desarrollo de la doctrina occidental, que recibió de la epístola a los Romanos los conceptos de fe y obras, ley y gracia, predestinación y culpa humana, ciencia de la salud y ética.

Pero es sobre todo el libro fundamental de la Reforma. Lutero bebió aquí su espíritu reformista. Y la primera dogmática evangélica, los «Loci» de Melanchton, son una simple introducción a los conceptos de la épístola a los Ro-

---

(1) *L' enseignement de Saint Paul dans les Épitres de l' année liturgique* par *Louis Soubigou* docteur en Théologie. P. Lethielleux 10 rue Cassette Paris; Herder, Balmes 22, Barcelona. Pág, 309 en 8.° Pr. 18 fr.

(2) *Der Brief an die Römer übersetzt u. erklärt* von *Paul Althaus*. (Das Neue Testament Deutsch). Verlag von Vandenhoek & Ruprecht. Göttingen. 1933. Pág. 126 en 4.° Pr. 3,75 y 4,40 Rm.

manos, en cuya exposición adquirió el pensamiento evangélico conciencia clara de sí mismo y de sus fundamentos escriturarios.

Esto ya nos dice cuál es el espíritu del autor y cuál será la conclusión final del comentario. Apoyado en el texto alemán, declara Althaus el pensamiento del Apóstol y su desarrollo, sin alardes de erudición filológica o histórica, pero con agudeza y claridad. A veces mezcla con este comentario algunas ampliaciones sobre aquellos puntos más importantes de la epístola, que explica siempre en armonía con la teología luterana y discute alguna cuestión de carácter histórico. Una observación sobre un punto de teología.

Althaus expone con grande claridad aquellos pasajes que hablan de Jesucristo *nuestro Señor*. Al llegar a IX, 5, en que S. Pablo confiesa claramente la divinidad de Cristo, «qui est Deus benedictus in saecula, amen», se explica en esta forma: «La oración implica una afirmación sobre Cristo. Cierto que S. Pablo trata del misterio de «la divinidad de Cristo» con grande reserva. Pero que él, a pesar de toda otra diferencia, pueda atribuir a Cristo nombres divinos, no es para sorprender, dada su fe en Cristo, el cual es para Pablo el «Señor», es decir, que realiza la obra de Dios, que juzga, que ejerce sobre todo el gobierno divino, en el Universo. Cristo para S. Pablo posee toda la gloria y la majestad del Dios eterno; S. Pablo ora a Cristo».

Todo esto es verdad. ¿Y será bastante para que creamos que Cristo era para S. Pablo Dios bendito por los siglos? Y admitido que esta fuera la fe del Apóstol, ¿debemos de admitir la verdad de este misterio? Son los puntos a los que desearíamos hallar en las palabras de Althaus una respuesta categórica.

Como muchas obras protestantes, será su comentario útil para quien sepa discernir entre el pensamiento de S. Pablo y su exégesis de una parte, y de otra la teología luterana.

El Apocalipsis, que era para los antiguos el libro de los siete sellos, ha recibido, con la aplicación del método histórico, mucha claridad y a lo menos un principio de exégesis segura. La tradición nos dice que fué escrito en el reinado de Domiciano, por quien el mismo S. Juan fué desterrado a la isla desierta de Patmos. Es natural suponer que el libro fuera escrito para edificación y consuelo de los fieles, que sufrían la persecución, o a lo menos a quienes podía alcanzar, y que haya sido escrito en forma, aunque oscura, pero no tanto que fuese ininteligible para los lectores a los que se destinaba. He aquí el principio elemental de la nueva exégesis, a la cual se sigue otro, que toca a la forma literaria del Apocalipsis. Es esta la que de su nombre se llama *apocalíptica* y se halla empleada en algunos trozos de las Escrituras canónicas y

en porciones y libros enteros de la literatura apócrifa. Pues a este criterio exegético se refiere el estudio de Roland Schütz sobre el Apocalipsis y el Emperador Diocleciano (1), cuyo templo fué descubierto en 1930 por Jos. Keil y entre sus ruinas los trozos de una estatua colosal del Emperador, objeto de culto religioso.

La exégesis moderna había ya tomado ese camino del culto imperial, las nuevas excavaciones vienen a poner más en contacto ese culto del *Emperador, dios Domiciano, César Augusto,* con el culto del sólo Dios y sólo Señor Jesucristo, que predicaba la fe cristiana. El trabajo de Schütz, apoyado en las excavaciones recientes, viene a ilustrar este aspecto de la exégesis del Apocalipsis y a acabar de echar por tierra los últimos restos de la exégesis heterodoxa, inspirada en la mitología babilónica o griega. La exégesis, que se inspira en la fe, no podrá menos de recibir con agrado esta nueva contribución histórica al estudio del Apocalipsis.

El centenario de la Redención ha producido un crecido número de obras sobre Jesucristo. Con la reseña de dos Vidas del Señor vamos a cerrar este boletín. Se deben a dos Padres jesuítas franceses, bien conocidos por sus trabajos científicos. La primera es la del P. J. Lebretón, traducida en castellano (2) con un prólogo muy elogioso del P. V. Larrañaga. En la Introducción nos da una idea de las fuentes principales de la vida del Señor, que son los evangelios. Convienen hoy los doctos en que no es posible escribir una historia de Jesucristo según el plan que impone la ciencia histórica moderna. La razón es que los evangelios, más que documentos ordenados a satisfacer la curiosidad histórica, son obras de catequesis, en que la cronología y la geografía y el cuidado de mostrar el desarrollo de Jesús y de su obra falta casi por completo. Los evangelios son el testimonio de la Iglesia, según lo había recibido de los Apóstoles, que con Jesús habían vivido y habían sido testigos de su actividad apostólica, de su muerte y resurrección. Pero la Iglesia recibió esos documentos y los conservó con el cariño que sentía hacia su Fundador y Señor, defendiéndolos contra los herejes de toda adulteración. Muy

---

(1) *Die Offenbarung des Johannes und Kaiser Domitian* von *D. Dr. Roland Schütz.* Mit 4 Abb. auf 2 Taffeln. Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen. 1933. Pág. 67 en 4.° Pr. 4,50 Rm.

(1) *La Vida y Doctrina de Jesucristo Nuestro Señor* por *Julio Lebretón, S. I.,* Profesor del Instituto Católico de París. Traducción de Feliciano Cereceda. Prólogo del P. Victoriano Larrañaga, Profesor de Sagrada Escritura. Editorial «Razón y Fe», Plaza de Sto. Domingo, 13. Dos volúmenes, tamaño 23 por 15 centímetros, de 368 y 282 pág., precio 30 ptas,

otra es la concepción protestante moderna, que considera los evangelios como una producción de la Iglesia misma, como expresión, no de una fe que había recibido, sino que ella misma se había forjado.

El historiador católico busca, pues, con ayuda de los evangelios, trazarnos una semblanza de la vida y de la obra de Jesucristo. Para ello necesita analizar los textos evangélicos, escudriñarlos con los medios que la exégesis ofrece, ponerlos en el cuadro histórico que les conviene, mediante los documentos profanos, y ver, por aquí, de sacar de ellos todo su contenido. He aquí el primer material histórico de la vida de Jesucristo del P. Lebretón. Pero además, Jesús ha sido y es la vida de la Iglesia. Los doctores antiguos, lo mismo que los modernos, han meditado tanto sobre los hechos de la vida del Salvador, objeto de su amor, han sentido en esa meditación tan inefables dulzuras, que no pueden menos de reflejarlas en su lectura de los evangelios y en la exposición de los mismos. Y esto con tanta mayor razón, cuanto que, a su juicio, tales meditaciones no son ensueños de su sentimiento, antes corresponden a una realidad muy honda; son declaraciones de toda la verdad y vida, que está encerrado en la persona de Jesús y que en parte se manifiesta en los misterios de su vida. Y he aquí otro aspecto de la diferencia que antes notamos entre la concepción católica y protestante de los evangelios.

Las verdades de la fe, a que prestamos asentimiento cuando decimos «creo en Jesucristo», no son una creación de nuestro espíritu, sino algo que nos viene de fuera, que se impone a nuestro asentimiento, no con la evidencia objetiva de las verdades naturales, sino con la fuerza de la autoridad manifestada con signos sobrenaturales evidentes. El fruto de nuestras meditaciones brota en nuestro espíritu de esus mismas realidades, que creemos, que amamos, que veneramos, en las que estamos ciertos de hallar nuestra salud, y que son una explicación suya.

A la luz de estos principios, ayudado de su vasta erudición y conocimiento de la antigüedad cristiana, nos escribe el P. Lebretón la Vida y la Doctrina de Jesucristo. Señalaremos algunos puntos en que se muestra su concepción personal de los principios arriba indicados.

¿Cuánto duró el ministerio público de Jesús? Después de analizar los textos evangélicos, concluye el P. Lebretón dando como verosímil el aproximado bosquejo que nos traza el P. Lagrange, principal guía del P. Lebretón en su estudio de los evangelios. «En enero del 28 ocurre el Bautismo de Jesús y su retiro en el desierto; por marzo vuelve al Jordán y pasa a Caná y Cafarnaún; por la Pascua sube a Jerusalén y arroja a los vendedores del templo evangelizando después la Judea. En mayo tiene lugar la prisión del Bautista, y atravesando Samaria, preséntase en Nazaret y Cafarnaún. Hacia junio ocu-

rre el episodio de las espigas que desgranan los Apóstoles, la vocación de éstos y el sermón del monte; por noviembre expone la parábola del sembrador y en diciembre calma la tempestad. volviendo por segunda vez a Nazareth. El año 29 por febrero hay que colocar la misión de los Apóstoles y en marzo la muerte del Bautista. Hacia el mes de abril, y próxima ya la Pascua, sucede la primera multiplicación de los panes, y por junio sube Jesús a Jerusalón a celebrar Pentecostés, curando entonces al paralítico. Recorre luego la Fenicia y la Decápolis, multiplica segunda vez los panes y se dirige a Cesarea de Filipo; a principios de agosto tiene lugar la transfiguración, y en octubre, estando en Jerusalén por la festividad de los tabernáculos, cura al ciego de nacimiento; por diciembre vuelve de nuevo a la solemnidad de la Dedicación. Por marzo del 30 resucita a Lázaro, se retira a Efrén y después por Jericó sube a Jerusalén. En abril, en la fiesta de la Pascua, muere» (p. 38). Tal es el plan de la vida de Jesucristo que desarrolla el P. Lebretón. Según él la actividad apostólica de Jesús habrá durado dos años y unos meses.

La expulsión de los vendedores del Templo se inclina a pensar que es única, y la pone en el principio del misterio de Jesús, como S. Juan la relata (p. 87). Sabido es que el sermón del monte es más extenso en S. Mateo que en S. Lucas. La razón dada por el P. Lebretón es que «parece por esta distribución que la mente de S. Mateo fué exponer ya desde las primeras páginas de su evangelio todo el programa de Cristo; el orden adoptado por San Lucas parece seguir más de cerca la sucesión afectiva de los hechos; ni es creible que Jesús, ya desde los primeros días de su predicación, diera a conocer con toda plenitud todas sus promesas y toda su Ley: se imponía una preparación: las homilías en las sinagogas, los milagros, las enseñanzas prodigadas en más de una coyuntura, pudieron y debieron hacer posible esta predicación a que Jesús va a dar ahora principio» (p. 145).

Estos textos que nos dan una idea del criterio exegético del P. Lebretón, nos muestran así mismo la calidad de la traducción, correcta, sin llegar a literaria. Algunas transcripciones de nombres propios las creemos incorrectas, v. gr., Tibur por Tíboli, Simon Cirino por S. Cirineo; memrra por memra, Colosos por Colosas. Tal vez sean simples erratas de imprenta. Joanismo, yoanista, yoanneo nos parecen poco eufónicos en castellano y preferiríamos el traducirlos por el genitivo correspondiente.

Esperamos que la obra del P. Lebretón ha de ser apreciada por el público español y ha de contribuir a fomentar la cultura sólida cristiana y el amor de Jesucristo.

La segunda Vida de Jesucristo, a que antes hicimos referencia, es del Padre Prat (1), bien conocido por su *Teología de San Pablo.*

No hay que decir que los principios así teológicos como históricos, son en substancia los mismos seguidos por el P. Lebretón. Para dar forma concreta a los principios exegéticos y establecer la armonía de los cuatro evangelios, el P. Prat acude a San Agustín en su obra *De consensu evangelistarum.* ¿Qué mejor guía? Es el único de los Padres, que, sintiendo vivamente las diferencias de los evangelistas, acometió la empresa de establecer su armonía, y puso a lo menos, los principios de la misma, que luego los modernos exégetas se encargan de perfilar. A dos principios fundamentales induce el padre Prat la doctrina de S. Agustín. Es el primero la diferencia de expresión, que puede darse a una misma idea. Sirvan de ejemplo las palabras dichas por los Apóstoles para despertar a Jesús en el momento de levantarse la tempestad: «Maestro, que perecemos». «Señor, sálvanos, que perecemos». «Maestro, ¿no te da cuidado el ver que perecemos?» A las cuales responde Jesús: «¿Dónde está vuestra fe?» «¿Por qué teméis, hombres de poca fe?» «Por qué temer, ¿aún no tenéis fe?» Todo esto son para S. Agustín expresiones diferentes de un mismo pensamiento, las cuales en nada cambian la verdad de los evangelistas.

El otro principio es la diferencia en el orden de narrar los hechos, que así puede ser el orden cronológico, que el lógico o psicológico, no obstante que el empleo de uno o otro puede sin duda modificar el contexto de las palabras, que tanto influye en la inteligencia de las mismas.

La redacción del P. Prat es más fluída, sin tropiezos de citas y otros elementos de erudición, que reserva para las notas o para una serie de apéndices qne nos da al fin de cada tomo, sobre puntos de geografía, historia, exégesis, etc. Mencionemos algunas: El país de Jesús, cronología de la vida de Cristo, el Verbo, vida y luz, el empadronamiento de Quirino, los retratos de Cristo, el calendario judío, el Cenáculo, el fin de Judas, la cuestión de Emaús, el bautismo «en nombre de».

Que la obra tan bien escrita, tan bien presentada del P. Prat se difunda más y más y haga de cada lector un amante de nuestro Señor Jesucristo.

FR. ALBERTO COLUNGA.

Salamanca.

---

(1) *Jésus Christ sa vie, sa doctrine, son ouevre* par *Ferdinand Prat, S. J.* 3. ed. Dos tom. pág. 594 y 594 en 4.° Gabriel Beauchesne et ses Fils. Paris, rue Rennes 117. 1933.

CRONICAS CIENTIFICO-SOCIALES

ESPAÑA

IDEA DEL BIMESTRE.—Comenzó con promesas de algo importante, y termina cumpliéndolas a la perfección.

De escaso interés político y cultural siempre, por el obligado tributo del descanso para la actividad desarrollada en el resto del año, el del actual parecía limitarse a preparar la prevista ceremonia del cambio de un Gobierno condenado al nacer a una muerte a plazo fijo. Pero muy pocos pensarían en la solemnidad que le dieron las circunstancias, de la que procuraremos dar una idea en esta Crónica.

Nos dejaba el pasado bimestre con el amago de una Asamblea de Parlamentarios en San Sebastián, a cuya celebración se opuso el Gobierno, consiguiendo que, al fin, no se celebrara. La ley de cultivos, reprobada por el Tribunal de Garantías, y tenazmente sostenida por el gobierno de Cataluña, motivó la celebración de un gran mitin organizado por el Instituto Agrícola de S. Isidro de Cataluña en el Monumental de Madrid; y, contra esto, los defensores de la libertad provocaron una huelga general de cuarenta y ocho horas, tiempo que ya se sabe es susceptible de ampliar indefinidamente, si las cosas se presentan a gusto de los que buscan siempre un pretexto revolucionario. En Barcelona vuelve a agravarse la situación, deteniendo al fiscal Sr. Sancho cuando ejercía sus funciones en la Audiencia; dando lugar a una tirantez con el Gobierno central, que casi prometía ir de veras, cuando el propio Jefe del Gobierno llegó a decir que «era ya tiempo de obrar». Pero el tiempo dulcificó las cosas, hasta que el hallazgo de algunas armas en la Ciudad lineal de Madrid, puso sobre la pista al Gobierno, que comenzó una serie de registros en la Casa del Pueblo y significados socialistas, con un resultado que iba alarmando a las personas de orden; claro es que para eclipsarse ante el alijo de armas que de manera providencial fué descubierto más tarde en S. Esteban de Pravia.

Entretanto, en las Vascongadas sostenía el Gobierno un forcejeo contra ciertas pretensiones de no ser menos que Cataluña; dando lugar a destituciones de Ayuntamientos en masa, multitud de detenciones y expedientes, que, lejos de apaciguar, soliviantaban los ánimos, estimulados desde el misterio por quienes hacían de este movimiento una consigna revolucionaria.

Así terminaba Setiembre, y comenzaba Octubre, cuyo día 2 fué comienzo de una crisis, resuelta como estaba previsto, y desagradable como era de suponer para quienes, desde que vino la República, se consideran únicos intérpretes autorizados del republicanismo español, no admitiendo otra solución que la que implique su participación en el Gobierno.

La entrada de varios ministros de la Ceda sirvió de ocasión a una huelga de protesta francamente revolucionaria, en la que se hizo uso del armamento y preparación que, a ciencia y paciencia de las autoridades, viene anunciando el Partido Socialista. La proclamación del Estado Catalán por poco más de una hora fué la voz de mando de la revolución, que ha costado muchas vidas, y que, por fin, ha sido totalmente dominada.

Ni qué decir tiene que esta agitación ha paralizado casi por completo la actividad cultural y científica, en lo que puede tener de interés para una crónica de esta naturaleza.

Situación política. En la imposibilidad de seguir paso a paso y con detalle la situación política de este bimestre, bastará con una breve reseña de los principales acontecimientos.

Los Municipios vascos. Recordará el lector que uno de los más eficaces aglutinantes para el conglomerado republicano-socialista, que precedió al advenimiento del régimen, fué la promesa de Estatutos a las regiones que con más tesón los habían pretendido hasta entonces. Esta ansia de independencia, política en unos sitios, foral y religiosa en otros, permitió sumar al ideal republicano sectores importantes de una opinión, a la que fácilmente se halagó con la esperanza de disfrutar la ansiada personalidad civil en las distintas regiones españolas. Celebrado el Pacto en San Sebastián, no hay qué decir si entraría en ese pacto la promesa del Estatuto a las Vascongadas, aunque dando la preferencia al de Cataluña. Concedido éste, y ya en pleno desenvolvimiento, cada concesión a Cataluña era un botón de fuego que mantenía viva la ilusión en quienes no conciben la vida y prosperidad de las Vascongadas, sin una independencia parecida. En este afán, preciso es reconocerlo, comulgaban sectores de muy diversas tendencias; unos de buena fe, creemos que los más; otros, con miras inconfesables, liga-

das a la revolución por pactos secretos, pero que sometían esta aspiración regional a las conveniencias de una revolución, que, probablemente, no reparaba en prometer, porque estaba más dispuesta a no cumplir cuando llegara el caso. Así se explica que en las Provincias Vascongadas, donde predomina la ultra derecha, como ahora se dice, en materia de religión, se fuera del brazo con quienes tienen tan acreditada su fobia contra la religión, como son las llamadas izquierdas republicanas y socialistas.

Fracasada la Asamblea de Parlamentarios, fácil fué encender en el pueblo el fuego sagrado, a pretexto de interpretar la oposición gubernativa, como un desconocimiento y conculcación de los fueros vascongados; consiguiendo así que ayuntamientos en pleno celebraran las elecciones prohibidas por el Gobierno, y que se tuviera a grande honra el ser perseguidos y encarcelados por ese motivo.

La Generalidad de Cataluña, salvando a duras penas la imparcialidad que debía observar como representante del Gobierno central, no disimuló la simpatía por esa actitud, y hasta la fomentó con la especiosa salvedad de que la Esquerra, como partido político, podía sumarse a ese movimiento como todos los demás.

Y el Gobierno se empeñó en una lucha que amenazaba quebrantarlo, de no precipitarse los acontecimientos, tal vez por la prisa de algunos en probar lo que daban por infalible: la revolución.

Comenzó a estrecharse este cerco en Barcelona con motivo de la vista en la Audiencia de la causa contra uno de la Esquerra, en la que fué detenido el que actuaba de fiscal, señor Sancho, violando la inmunidad inherente a este cargo. Por el momento, ello pareció resolverse con la dimisión del jefe superior de policía, señor Badía, como satisfacción al cuerpo judicial. Pero, poco después, se hace a este señor un homenaje, presidido nada menos que por el Presidente de la Generalidad; y en ese homenaje se profirieron mueras a España y otros gritos, que revelaron bien la finalidad política del acto.

Y, por si esto no bastara, la Comisión que entendía en el traslado de los dos fusilados en Jaca en Diciembre del 30, fijó una fecha para el traslado, a la que el Gobierno se opuso, porque estaba al tanto de que con ella se pretendía provocar la revolución, previo el ensayo de huelga general que se dictaría con ese motivo.

Tras un breve altercado, en que no quedaba muy bien parado el Gobierno, por allanarse a discutir con una comisión de esa categoría, se prohibió dicho traslado, suspendiéndolo con carácter indefinido.

HALLAZGO DE ARMAS. Clausurada la Casa del Pueblo de Madrid, mientras se solucionaba la huelga que ilegalmente habia provocado, al dictarse de nuevo su apertura, se hizo un registro, que dió por resultado un importante hallazgo de armas y municiones. Y, al extenderse esta medida a los domicilios de caracterizados socialistas, el descubrimiento de armas fué adquiriendo proporciones alarmantes, que daban la impresión de estar sobre un volcán, próximo a estallar. Y, cuando parecía contribuir el hallazgo a la pública tranquilidad, unos carabineros dan el alto en Pravia a unos camiones, que resultaron cargados de armas de todas clases y municiones en abundancia, descargadas furtivamente por un vapor que utilizaba una consignación falsificada. De fabricación nacional, estas armas estaban adquiridas durante el Gobierno Socialista; y la realidad ha demostrado hasta la saciedad que obedecían a un plan revolucionario, cuya extensión y seguridad permitiría a sus organizadores anunciarla poco menos que a fecha fija.

Con este motivo y por la calidad de las figuras complicadas en este alijo de armas, se intensificaron los registros y menudearon los hallazgos hasta en los lugares que parecían inspirar menos sospechas.

Se intentó, como es de suponer, atribuirlo todo a las derechas, por gentes que aún suponen a la opinión tonta, o que se tienen aún por únicos definidores de lo que se debe creer y pensar en la República. Y, como esto no cuajó, se pensó ya seriamente en no perder los preparativos, aunque no vieran tan seguro el resultado.

LA CRISIS TOTAL. Abierto el Parlamento el día 2 de Octubre, apenas fué necesario más que presentarse el Gobierno en el banco azul, para certificar su muerte.

Sin más vida desde que nació, aunque en algunos detalles fuera digno de mejor suerte, fué inútil el empeño de quien lo presidía para llenar siquiera el expediente de que su gestión se discutiera. La Cámara declaró esto innecesario, extrañándose de que el Gobierno permaneciera unos minutos más sin dimitir; lo que hizo a continuación, abriéndose la tramitación de una crisis, que, también, ¿por qué no decirlo?, estaba ya resuelta de antemano, fuera de algunos matices, cuyo allanamiento concedió a las izquierdas fugaces esperanzas de fracaso. En la solución se llevó la Ceda tres carteras. Y una cosa tan natural desde las elecciones de Noviembre, puesto que ningún Gobierno puede desenvolverse en el Parlamento sin la amistosa colaboración o apoyo de esta minoría, ha servido para iniciar una huelga de protesta, pero que, en

realidad, ha sido la revolución preparada, y que no convenía a sus directivos retrasar, sin exponerse a no poderla llevar a cabo.

Y, en efecto, ha sido así.

En Barcelona, visiblemente contrariada la Generalidad por la entrada del señor Anguera de Sojo en el Gobierno, se decidió a romper con Madrid, declarando el Estado libre Catalán. Al mismo tiempo se declaró la huelga revolucionaria, que no fué general, por no sumarse la C. N. T. al movimiento; pero que logró paralizar la vida nacional durante unos días. Los obreros se lanzaron a la lucha tan a ciegas, que, según la consigna, debían abstenerse de leer ni dar crédito a otras noticias que no fueran las que diera la Radio de Barcelona, que suponían funcionando hasta el triunfo total, aunque de hecho sólo funcionó hasta el fracaso de la Generalidad, que fué cosa de unas horas.

Donde adquirió caracteres más graves fué en las zonas mineras de Asturias, donde los revolucionarios pertrechados de toda clase de armas y tomando la delantera, sorprendieron a la fuerza, asaltaron la fábrica de armas de Oviedo, se adueñaron casi totalmente de la capital y lugares más estratégicos, haciendo obligada una acción militar, que hubo de reconquistar palmo a palmo el dominio del Principado.

Todo ha terminado por ahora, con la prisión de los cabecillas del movimiento, en circunstancias bastante favorables para que la cárcel les sirva de defensa y seguridad más que de castigo. En cambio, tardará en saberse, si es que se sabe algún día, el número de víctimas que ha ocasionado la ambición de los que saborearon las delicias del poder, y ya no se avienen a la oscuridad de que no debieran de haber salido.

LA PENA DE MUERTE. Como rectificación, que la realidad impone a la evidente lenidad de la Constitución, que algunos hicieron pensando en lo que podrían volver a ser, el Parlamento ha aprobado el restablecimiento de la pena de muerte para los delitos de muerte o lesión grave, perpetrados en atracos, delitos sociales, con explosivos o materias inflamables, o provocando accidentes ferroviarios.

En estado de guerra, la aplicarán los tribunales militares, y, en otros casos, los tribunales de urgencia.

LA POLITICA Y LOS MENORES DE EDAD. Por otro decreto de 28 de Agosto, y previa una referencia de los motivos y crímenes que justifican esa medida, se prohibe:

«Artículo 1.° No podrán pertenecer a ninguna Asociación de fines políticos los menores de dieciséis años.

Art. 2.° Toda solicitud de ingreso en cualquier Asociación o Agrupación que tenga fines políticos irá acompañada, si se refiere a menores de veintitrés años no emancipados, del consentimiento expreso y escrito de su padre, madre o tutor. Este consentimiento y demás circunstancias del enunciado se inscribirá en el Registro a que se refiere el artículo séptimo de la ley de Asociaciones, en relación con el Real decreto de 10 de marzo de 1923.

Art. 3.° Serán exigidas a los representantes legales de los menores las responsabilidades que las leyes del Estado determinen, en razón a actos que realicen sus representados, y la autoridad gubernativa facilitará el ejercicio del derecho a que se refiere el artículo 156 del Código Civil».

En el preámbulo se detallan los menores de 21 años, que hasta la promulgación del decreto, han sido heridos o muertos por motivos políticos, sólo en la capital de la república, y que «no se completan—dice—con detalles que producirían sin duda el horror de contemplar los gérmenes más graves de disolución, que pudieran producirse en el país».

REORGANIZACIÓN DEL BACHILLERATO. Una vez más, y no sé cuantas van ya, se ha puesto la mano en los estudios del bachillerato, dictando una reforma que, según el artículo 24, será obligatoria en toda su integridad para los que empiecen el bachillerato en el curso de 1934-35, aunque tengan aprobado el ingreso antes del mes de octubre actual. La reforma es tan radical y exigente, que le auguramos muchas modificaciones. Se impone el examen de conjunto, y que las calificaciones se hagan por cursos, y no por asignaturas, concediéndosele al profesor colegiado voz, pero no voto en el examen. He aquí el texto de los cuatro primeros artículos:

Artículo 1.° El Bachillerato se desarrollará en siete cursos, con arreglo a la siguiente distribución de estudios:

Primer curso: Lengua española y Literatura. Geografía e Historia. Matemáticas. Nociones de Ciencias físico-naturales. Francés y Dibujo.

Segundo curso: Lengua española y Literatura. Geografía e Historia. Matemáticas. Nociones de Ciencias físico-naturales. Francés y Dibujo.

Tercer curso: Lengua española y Literatura. Geografía e Historia. Matemáticas. Ciencias físico naturales, con iniciación de conocimientos especiales de Física y Química. Francés y Dibujo.

Cuarto curso: Lengua española y Literatura. Geografía e Historia. Matemáticas. Física y Química. Ciencias naturales. Francés y Latín.

Quinto curso: Lengua española y Literatura. Geografía e Historia. Matemáticas. Física y Química. Ciencias naturales y Latín.

Sexto curso: Lengua española y Literatura. Latín. Filosofía y Ciencias sociales Matemáticas. Ciencias naturales. Física y Química, e Inglés o Alemán.

Séptimo curso: Lengua española y Literatura. Latín. Filosofía y Ciencias sociales. Matemáticas. Ciencias naturales, e Inglés o Alemán.

En los Institutos nacionales, donde sea posible, se creará una cátedra de Griego para los alumnos de sexto y séptimo curso.

EL HORARIO DE LAS DISCIPLINAS

Art. 2.° El horario de estas disciplinas académicas se distribuirán en la siguiente forma:

De *Lengua española y Literatura,* tendrán los alumnos los tres primeros años, cuatro horas de clase semanales; en el cuarto curso, tres; y en los tres últimos, dos horas semanales.

De *Latín,* seis horas, los cursos cuarto y quinto, y tres, los sexto y séptimo.

De *Francés,* cuatro horas, los tres primeros cursos, y tres, el cuarto.

De *Geografía e Historia,* tres horas, los cursos, primero, segundo, tercero y quinto, y cuatro horas, el cuarto.

De *Filosofía y Ciencias sociales,* cuatro horas el sexto curso, y seis el séptimo.

De *Matemáticas,* tres horas, los cursos primero, segundo, cuarto, quinto, sexto y séptimo, y cuatro horas, el tercero.

De *Nociones de Ciencias físico naturales,* dos horas, los tres primeros cursos.

De *Ciencias naturales,* dos horas, el cuarto curso; cuatro, el quinto; dos, el sexto y tres el séptimo curso.

De *Física y Química,* tres horas, los cursos cuarto y sexto, y seis horas, el quinto.

De *Inglés o Alemán,* seis horas, los dos últimos cursos.

De *Dibujo,* Artes plásticas, tres horas, los tres primeros cursos.

Art. 3.° Los juegos y deportes, sustituyen a la educación física de los antiguos planes de enseñanza.

No se les considerará como asignatura, y quedan absolutamente prohibidos, libros y programas. Será un ejercicio físico que se regulará según las condiciones personales de los alumnos.

Art. 4.° Al publicarse los cuestionarios de las asignaturas, se ordenará los ejercicios prácticos, el régimen de bibliotecas y las normas que han de regular los juegos escolares y deportes.

NUEVO SERVICIO TELEGRÁFICO.

Secundando el incremento que de pocos años a esta parte viene tomando el servicio telefónico, se ha dictado una disposición ministerial, por la que, en lo sucesivo, podrán expedirse desde casa, y como si fuera telefonema, cualquier telegrama; abonando el importe total de telegramas al fin de mes, como se viene haciendo con los telefonemas; respondiendo siempre el abonado al teléfono desde donde se expidan.

LAS HERMANAS DE LA CARIDAD. Aunque nada nuevo nos dice a los que sabemos lo que es este benemérito Instituto con los enfermos, vale la pena de copiar la carta que los enfermos de un hospital dirigen a la prensa para su inserción:

Los que suscriben, enfermos del hospital Nacional de Enfermedades Infecciosas (antes del Rey), ruegan a usted se sirva publicar en el periódico de su digna dirección la adjunta nota:

«En número de *El Socialista* del día 21 del corriente mes de agosto se publica un suelto, de fondo igual a otros publicados en ocasiones anteriores y siempre con las mismas intenciones, en el que se dice, entre otros extremos absolutamente falsos «*que las monjas coaccionan y toman represalias sobre los enfermos que no van a misa*».

Nosotros, prescindiendo de las creencias o ideas políticas de cada uno, y solamente para evitar la injusticia que la referida afirmación supone, aprovechamos esta ocasión para poner de manifiesto nuestro agradecimiento y enaltecer la humanitaria labor que en este hospital desarrollan las Hermanas de la Caridad, sin que ni ahora ni nunca se hayan preocupado de las creencias religiosas de los enfermos, siendo su proceder en este sentido puramente neutral.»

No dudando será atendido nuestro ruego, quedamos de usted atentos s. s. q. e. s. m., Por el pabellón primero, *M. Julia de Sastre* y *J. M. Berdejo*.—Por el pabellón segundo, *Gregorio Fernández* y *Hermenegildo Pérez*.—Por el pabellón tercero, *Felipe de la Rosa* y *Florencio Arnanez*.—Por Enfermería Chamartín, *José Suárez* y *Francisco Gómez*.—Y siguen las firmas hasta 133. El total de enfermos adultos asciende a 150.

Chamartín de la Rosa, 21 de agosto de 1934.»

CONCURSOS Y PREMIOS.—ACADEMIA DE LA HISTORIA. *Premio hispanoamericano de la Fiesta de la Raza*.—En cumplimiento de lo que dispone la Institución del Premio Hispanoamericano, creado por acuerdo de la Academia de la Historia en 10 de octubre de 1919 para solemnizar la Fiesta de la Raza, se abre un concurso para premiar el próximo año de 1935 la mejor obra que a él se presente sobre Historia o Geografía, en el más amplio concepto de estas ciencias, de países de la América española o Filipinas, en el período comprendido entre el descubrimiento y la independencia de la América continental española, bajo las siguientes condiciones:

Primera. El premio estará limitado a los autores de nacionalidad española e hispanoamericana (incluídos los naturales de Filipinas), y consistirá en una medalla de oro y título de correspondiente de la Academia.

Segunda. Las obras que opten a él habrán de ser originales, estar escritas en lengua castellana y que hayan visto la luz pública en los años 1930 a 1934, ambos inclusive, debiendo enviar de ella sus autores tres ejemplares a la secretaría de la Academia, calle del León, número 21.

Tercera. El plazo de admisión terminará el 31 de marzo de 1935, a las cinco de la tarde.

Cuarta. El día 12 de octubre de 1935 se publicará el fallo de la Academia.

Institución del Excmo. Sr. D. Fermín Caballero.—I «Premio a la Virtud».—Conferirá la Academia de la Historia en 1935 un premio de mil pesetas a la Virtud, que será adjudicado, según expresa textualmente el fundador, a la persona de quien consten más actos virtuosos, ya salvando náufragos, apagando incendios o exponiendo de otra manera su vida por la Humanidad, o ya, mejor, al que, luchando con escaseces y adversidades, se distinga en el silencio del orden doméstico por una conducta perseverante en el bien, ejemplar por la abnegación y laudable por el amor a sus semejantes y por el esmero en el cumplimiento de los deberes con la familia y la sociedad, llamando apenas la atención de algunas almas sublimes como la suya.

Cualquiera que tenga noticia de algún sujeto comprendido en la clasificación transcrita, que haya contraído el mérito en el año natural que terminará en fin de diciembre de 1934, se servirá dar conocimiento por escrito, y bajo su firma, a la secretaría de la Academia, de las circunstancias que hacen acreedor al premio a su recomendado, con los comprobantes e indicaciones que conduzcan al mejor esclarecimiento de los hechos.

II. «Premio al Talento».—Un premio de mil pesetas conferirá también la Academia, en el citado año 1935, al autor de la mejor monografía histórica o geográfica, de asunto español, que se haya impreso por primera vez en cualquiera de los años transcurridos desde 1.º de enero de 1930, y que no haya sido premiada en los concursos anteriores ni costeada por el Estado o cualquier Cuerpo oficial.

Fundación de D. Esteban de la Riva y Lara.—Cumpliendo lo dispuesto por el fundador, la Academia otorgará en 1935 un premio de tres mil pesetas a la Virtud, que será adjudicado a la persona que más se destaque de manera notoria por sus acciones virtuosas y actos de amor al prójimo, teniendo preferencias para obtener este premio los padres, viudas o hijos que se distingan en educar o sostener a sus hijos o padres, respectivamente.

Este premio es único e indivisible, y será aplicable al mismo en cuanto a la forma de presentación de instancias y plazo de admisión de las mismas lo dispuesto en las «Condiciones generales y especiales» de esta convocatoria en sus párrafos primero y segundo, advirtiendo la Academia a los concursantes que éstos no podrán proponerse a sí mismos, sino que la propuesta ha de hacerse por persona respetable, enterada de los hechos por los cuales se solicita el premio. Madrid, agosto de 1934. Por acuerdo de la Academia, el secretario perpetuo, *Vicente Castañeda y Alcover.*

CENTENARIOS. Con ocasión de celebrarse el V Centenario de la Invención de la Imagen de la Virgen en la Peña de Francia, se dió este año esplendor extraordinario a los cultos que anualmente se dedican a esta milagrosa imagen el día 8 de Septiembre. Como nota saliente, hemos de señalar la peregrinación franco-española que en dicho día llegó al Santuario, donde fué recibida por los Obispos de Ciudad Rodrigo y Coria, y en la que figuraban, entre otras personalidades francesas, M. Ageorges, secretario general de la Oficina Internacional de los periodistas católicos; M. Bernoville, organizador de las *Semaines des ecrivains catholiques;* François Veuillot, periodista y publicista; reverendo padre Robine, S. J.; Loiret, del grupo de ingenieros católicos; Braunwald, arquitecto; Ricard, profesor de la Escuela de Altos Estudios Islámicos de Rabat; Abbé Vidal, arcipreste de Pamiers; Abbé Pierre Jovit, antiguo pensionado de la Casa de Velázquez; Pezet, diputado del grupo demócrata popular, miembro de la Comisión de Asuntos extranjeros de la Cámara francesa; Laurent, consejero municipal, antiguo vicepresidente del Consejo Municipal de París; Cornilleau, director del *Petit Democrate,* de París; Abbé Viollet, creador y director de importantes obras católicas de Francia; Poncet, director de *La Republique de l'Isère,* muy conocido por sus campañas en favor de la Orden Cartujana; Bernard, director del *Memorial de la Loire,* uno de los más ilustres periodistas católicos de Francia; mademoiselle Ponchont, profesora agregada a la Universidad; mademoiselle de Courlon, de la Liga Femenina de Acción Católica; Gheon, conocido hombre de letras; el ex ministro y actual diputado por los Bajos Pirineos Champetier de Ribes, jefe del partido demócrata popular; M. Maurice Legendre, director adjunto de la Casa de Velázquez; el padre rector de San Luis de los Franceses, etc.

ESPAÑA EN EL EXTRANJERO.— EL CASTELLANO EN FILIPINAS. El propósito de declarar lengua oficial del archipiélago filipino el inglés, con exclusión del castellano, ha dado lugar a gestiones encaminadas a defender los fueros del castellano en unas islas que recibieron su cultura a través de la lengua de Cervantes. Entre ellas, copiamos tres mensajes que dan idea del espíritu de todos los demás:

1.° La Unión Ibero Americana de Madrid ha cursado el siguiente cable, al presidente de la Asamblea Constituyente de Filipinas:

«Unión Ibero Americana, profundamente dolorida sentimientos patrios, por intento suplantar idioma español en Filipinas, vería con suma satisfacción no prosperara propósito, mostrando con ello pueblo filipino justo agradecimiento a madre Patria».

2.° Don Rafael Villanueva, secretario general de la Asociación España-Filipinas

y ex diputado en el Parlamento de Manila, nos envía copia del cablegrama que ayer fué cursado y que reza así:

«La Asociación España Filipinas pide a la Asamblea Constituyente de Filipinas que desapruebe el informe de su Comité de enseñanza, proponiendo la adopción del inglés como lenguaje oficial en las islas. La Asociación entiende que la noticia causará tristísimo efecto en toda España y será grave obstáculo para las futuras relaciones hispano-filipinas, y propone que se adopten el inglés y el español simultáneamente como lenguas oficiales».

3.° «La Asociación de Españoles de Ultramar, integrada por ciudadanos españoles que residieron largos años en Hispano-América y Filipinas, y que ha sido creada para mantener vivos los afectos de España con las tierras donde se desarrollaron sus actividades, al conocer el intento de esa honorable asamblea de establecer el idioma nacional de las Filipinas y ver la tendencia tomada en tan importante asunto, considera un deber hacer llegar a esa honorable Asamblea, con todos los respetos, algunas consideraciones que la evidencia histórica y los postulados de la lógica y la justicia nos sugieren.

Las páginas más admirables de la historia de un pueblo son aquellas que contienen las gestas de sus caudillos para librarles de la barbarie, para sostener sus libertades o para establecer las leyes sabias y justas que han de regirle, y esas páginas, por lo que a Filipinas respecta, en español fueron escritas por insignes ciudadanos, y jalón fueron de la independencia de que ahora va a disfrutar ese pueblo; porque será imposible borrar de la Historia que sin la acción maravillosa de España para colonizar y civilizar esa parte de Oceanía, el momento glorioso que ahora viven esas islas, no hubiera sido posible.

Si el propósito que nos alarma prospera, las generaciones filipinas venideras, al repasar las páginas de la historia de su pueblo quedarán asombradas y no llegarán a explicarse la renuncia a una lengua secular, rica y armoniosa, empleada por los descubridores, los misioneros y los civilizadores, vehículo de inteligencia entre setenta millones de seres, con un bagaje literario envidia del mundo, substituyéndola por otra, no menos difundida, es cierto, pero llegada al país accidentalmente, por uno de esos azares de los pueblos, que, desangrados en los titánicos esfuerzos realizados en bien de la Humanidad, llegan a un punto en que la extenuación les impide evitar los desafueros de la injusticia.

Todas estas consideraciones hieren nuestros sentimientos españoles y quisiéramos que fueran recogidas por la lealtad filipina como testimonio de agradecimiento al pueblo que le dió nombre; Filipinas, palabra evocadora de un Rey de España, bajo cuyo reinado pudo llegar a formar parte de la civilización occidental el gran pueblo oriental, que ahora la colma con el galardón de su independencia. Madrid, septiembre de 1934.—El presidente, *Luis Espejo*».

Reelección de España en la Sociedad de Naciones. El ministerio de Estado facilita la siguiente nota:

«En la sesión de la asamblea de la Sociedad de Naciones, efectuada ayer en Gine-

bra, tuvo lugar la votación exigida para que España, que forma parte del Consejo, fuera considerada reelegible, procedimiento que, como se sabe, se aplica a nuestra nación y a Polonia, y que en el presente año se aplicaba a nuestra nación, previa demanda debidamente formulada hace algunos días.

En la presente ocasión la votación obtenida por España ha sobrepasado en gran proporción el número de votos necesarios para poder aspirar a seguir ocupando el puesto que viene asumiendo en el Consejo, a pesar de ser bastante crecido el número de países opuestos por principio al sistema de la reelección, oposición que en modo alguno debe llegar a suponer que no sea reconocida con unanimidad la actuación de España en los numerosos y difíciles problemas que contínuamente se ventilan en Ginebra.

En prueba de ello, hoy cabe a España la satisfacción de ver coronada, con una votación casi unánime—51 votos de 52 votantes—la labor serena e imparcial, así en el Consejo como en las asambleas y reuniones de Ginebra, en donde sus delegados, en cumplimiento de las órdenes que reciben del Gobierno de la República, han realizado la actuación que hoy consagra la asamblea-ginebrina».

LAS RELACIONES ENTRE NUESTRO TOLEDO Y EL TOLEDO YANQUI. El director del *Toledo Blandc,* Mr. Patterson, actual presidente de la Asociación de directores de periódicos de los Estados Unidos, ha publicado una serie de 15 crónicas dedicadas a su visita a nuestro Toledo, henchidas de afecto y de elogios para España. El presidente de aquella Universidad, doctor Mahon, ha dado ante grandes masas de público sendas conferencias sobre el mismo tema en la Cámara de Comercio y en el Club Lions. Y las señoras de Patterson y Mahon qué acompañaron a la Comisión en el agasajo de que fueron objeto en Woman's Club, con asistencia de más de 500 damas adscritas a esta organización, hablaron de Toledo y de España, así como de las mujeres españolas, en términos sumamente halagadores.

La exposición pública de los regalos hechos por nuestro Toledo a la Comisión-productos de las industrias artísticas de la capital y la provincia ha estado concurridísima durante varias semanas, y por los cinemas donde se ha proyectado la película de las fiestas desfiló toda la población.

La Universidad ha creado un concurso de Historia y Arte de Toledo (España), y en el soberbio Museo de Arte, uno de los mejores de los Estados Unidos, se ha organizado una sala especial con una selección de las obras españolas que había en las distintas secciones.

El Ayuntamiento ha creado el Comité de Relaciones con Toledo (España), designado para constituirlo a personalidades prestigiosas de la ciudad, y, en fin, el elemento estudiantil, que es numerosísimo, pues la Universidad y las Escuelas Superiores tienen una matrícula de más de 30.000 alumnos de uno y

otro sexo, se ha encariñado con la amistad entre los dos Toledos y prodiga sus muestras de afecto al nuestro. En todos los Clubs españoles de dichos centros se dan periódicas conferencias hispanistas, y muchos de sus alumnos sostienen correspondencia cultural con toledanos españoles. Se han recibido últimamente ejemplares de los Anuarios de 1934, de las Escuelas Superiores, firmados por centenares de alumnos, y hasta una canción española, compuesta por miss Adela Brodecka, alumna de la Escuela Woodward, en cuya letra palpita el deseo de aquellos estudiantes de conocer España y Toledo.

NECROLOGÍA.—EL ILMO. SR. OBISPO DE SEGORBE.

El día 1 de Octubre, a la una de la madrugada, entregó su alma a Dios el Ilmo. Sr. Obispo de Segorbe, P. Fr. Luis Amigó Ferrer, Capuchino. Elegido para regir la Diócesis de Segorbe, cuando era Guardián del Convento de Orihuela, lo ha sido durante veinte años, hasta su muerte en el de Terciarios Capuchinos de Godella, fundado por él.

Su obra exterior estuvo concentrada en el cuidado de las dos Congregaciones fundadas por él mismo, una de varones y otra de mujeres, dedicadas al reformatorio de jóvenes de ambos sexos. De la de Terciarios Capuchinos hay reformatorios en Madrid (Caldeiro, Príncipe y Sta. Rita), en Sevilla, Pamplona y otras poblaciones.

De la de Terciarias Capuchinas, a falta de reformatorios femeninos, hay algunas Casas dedicadas a la enseñanza y misiones en España y América del Sur.

Modesto y sencillo en su trato, se dió de lleno a vivir su dignidad con el afán de quien se considera trabajando a las órdenes del Dios *que había de darle la corona de justicia*.—R. I. P.

FR. VIDAL LUIS GÓMARA, O. P.

Madrid, 16-X-34.

ISLAS FILIPINAS

FILIPINAS OBTIENE LA INDEPENDENCIA LEGAL.

El día 4 de Noviembre, según dijimos en nuestra última crónica, abandonaba el puerto de Manila con rumbo a Estados Unidos el Presidente del Senado filipino, Sr. Manuel Quezon, a la cabeza de una delegación parlamentaria con el fin de gestionar en Washington la promulgación de una ley de independencia libre de aquellas partidas que habían originado tan tremenda oposición a la ley previamente aprobada.

El 7 de Diciembre llegaban a la metrópoli norteamericana e inmediatamente comenzaron, en discursos y conferencias con los legisladores, a exponer las causas y los fines de la nueva delegación. Al parecer, a los legisladores americanos no les cayó muy en gracia la nueva visita del caudillo filipino, y menos todavía sus demandas independentistas. En las nuevas cortes quedaban algunos que en las sesiones previas favorecieron la legislación anterior. Estos, como era de esperar, se oponían decididamente a que se iniciara de nuevo el debate sobre la cuestión filipina. En sus discursos y declaraciones a la prensa significaban bien a las claras que su posición estaba definida por aquello de «aceptad lo que os dan porque no se os dará otra cosa». Consecuentes con este criterio propusieron una solución; revivir la difunta ley de independencia sin modificación ninguna, y prolongar el plazo para su reconocimiento lo suficiente para que, el pueblo filipino, en las próximas elecciones de diputados y senadores, tuviera una oportunidad para manifestar directamente su opinión. Para este fin la cuestión de aceptación o no aceptación debería constituir el punto capital en el programa político de los dos partidos contendientes.

Este plan encontró acérrimos defensores en los miembros de la primera delegación, quienes vieron en él la puerta abierta para una futura victoria que justificara su actuación con respecto a la independencia. El plan parecía ganar terreno. El senador Borah, uno de los más influyentes en la Cámara alta, dijo en un discurso: «Al menos que estemos preparados a decir al pueblo filipino, y que los filipinos estén preparados a decirse a sí mismos, que tendrán el valor de hacer frente a las condiciones de competencia que habrán de surgir, bien podemos dejar a un lado la cuestión de independencia y decir al pueblo filipino: Permaneceréis siendo parte de los Estados Unidos; no nos ocuparemos más tiempo de la independencia». El senador Tydings no fué menos explícito en unas declaraciones que hizo a las agencias telegráficas: «He sido, dice, uno de los que más han luchado para evitar toda parcialidad contra los filipinos, y de esta manera demostrado mi sincera amistad al pueblo filipino. Permítaseme decir que, a mi juicio, después de rechazada la primera ley, dudo que el congreso quiera tratar de nuevo la cuestión de la independencia; la acción del parlamento filipino ha sido interpretada por el pueblo americano en el sentido de que los filipinos no quieren la independencia».

El Sr. Quezon y los otros delegados continuaban en tanto sus tareas para obtener otra ley más favorable. Había pasado ya un mes y los resultados no se veían por ningún lado; el fracaso parecía inminente. Por fin, después de tres meses de contínua labor, el Presidente Roosevelt, envió un mensaje a las Cámaras proponiendo la revisión de la ley rechazada, eliminando aquellas

partidas que los caudillos filipinos consideraban de todo punto inaceptables, y dejando otras para ser discutidas y resueltas en futuros tratados. Este mensaje del Presidente dió un nuevo rumbo a las negociaciones y sentó las bases para la solución definitiva. Una ley enteramente nueva no había que pensar en ella; enmendando la de las pasadas cortes se podría llegar a algún resultado. La delegación filipina fué invitada a que sometiera un plan de enmiendas; en conformidad con éstas y las indicaciones del Presidente, los senadores Tydings y Mc Duffie, redactaron un nuevo proyecto que fué inmediatamente sometido a la discusión de las cortes. Como en éstas había mayoría demócrata y el proyecto en cuestión tenía el consentimiento implícito del Presidente, la aprobación no ofreció dificultad mayor, no obstante la oposición de algunos senadores del partido republicano. En efecto, el día 19 de Marzo fué aprobada en el Congreso; el día 22 en el Senado y el 25 era firmada por el Presidente de los Estados Unidos en presencia de algunos ministros, senadores y miembros de la delegación filipina.

La Legislatura filipina acepta la nueva Ley de independencia.

Terminado su cometido la delegación filipina se dispuso a volver a su país para dar cuenta oficial al Parlamento del resultado de sus negociaciones. El Presidente del Senado filipino, Sr. Quezón, contaba con mayoría absoluta en ambas Cámaras, y su actuación en Washington estaba de antemano reconocida y sancionada. Sin embargo, había que seguir los trámites parlamentarios y dar una oportunidad a la minoría para que expusiera sus puntos de vista. El día 30 de Abril desembarcaban en Manila los miembros de la delegación, siendo objeto de un grandioso recibimiento. El mismo día, a las once de la mañana, el Gobernador general, haciendo uso de los poderes que la Ley orgánica vigente le confiere, inauguraba oficialmente una sesión especial de las Cortes para tratar algunos asuntos que demandaban urgente solución. El primero que se presentó a la mesa fué la aceptación de la nueva Ley de independencia; se propuso a discusión; los jefes de la minoría insistieron en identificar esta ley con la anteriormente desechada por aquellas mismas Cortes, y acusaron a la mayoría de haber abusado de su poder numérico para desprestigiarlos ante el pueblo. No se registraron más discursos. Propuesta a votación salió aprobada por unanimidad; la minoría se abstuvo de votar. La independencia legal era un hecho.

Elecciones generales.

La aceptación de la ley no pacificó los ánimos. La división y la rivalidad entre los «antis» y los «pros», es decir, entre la mayoría y la minoría, se acentuaba ca-

da vez más. Para los primeros, con la nueva ley, Filipinas obtenía por fin una verdadera y real independencia. Para los segundos, la nueva ley no era sino una reproducción de la anterior, lo cual era prueba evidente del completo fracaso de la última delegación, que no pudiendo conseguir una ley mejor, se vió precisada a revivir con pequeñas enmiendas la que poco antes habían desechado. En realidad, las diferencias que existían entre las dos leyes apenas justificaban el considerarla como una ley distinta. La eliminación más importante que se consiguió en la redacción de la nueva fué el que los Estados Unidos, al terminar el período de transición, deberían desmantelar o ceder al gobierno de la naciente república todas las bases militares que actualmente poseen en terreno filipino; las bases navales, sin embargo, seguirán en poder de los Estados Unidos hasta que su posesión quede definitivamente acordada en un tratado que deberá celebrarse entre los dos gobiernos una vez que la independencia se haya hecho efectiva. Las demás partidas que fueron eliminadas o añadidas eran de menor importancia y no afectaban las disposiciones principales de la ley.

Estas discrepancias, sin embargo, no parecían suficientes para explicar adecuadamente la honda división efectuada tanto entre los jefes políticos como en el pueblo. En efecto, los acontecimientos políticos habían suscitado una cuestión de honor y de caudillaje. Los miembros de la primera delegación, al ser rechazada por la legislatura la ley por ellos gestionada, se sintieron altamente ofendidos y resolvieron vindicar su actuación en Washington. Para ello no vieron otro camino viable que combatir la jefatura del Presidente Quezón y terminar de una vez para siempre con su supremacía política. La lucha se llevó a efecto sin tregua ni compromisos de ningún género.

Primeramente hicieron cuanto les fué posible para obstruir y retardar las negociaciones entabladas con el fin de obtener la nueva ley de independencia. Conseguida ésta, llevaron la lucha a las elecciones generales que debían celebrarse a principios de Junio. La campaña preelectoral fué reñidísima, registrándose incidentes sangrientos en algunas localidades. Ambos partidos agotaron sus recursos para conseguir que el pueblo sancionara en las urnas su caudillaje y supremacía política, punto capital de la contienda. Las elecciones se llevaron a cabo en la fecha señalada, y por cierto con más tranquilidad de la que en aquellas circunstancias se podía presumir. Otra vez el Presidente Quezón y su partido recibían la confianza del pueblo, quedando prácticamente dueño absoluto de la situación. Sus enemigos políticos, ante una victoria tan decisiva, se han visto precisados a replegarse a la oposición, y allí esperar resignados a que la suerte les depare coyuntura favorable para iniciar otra vez la lucha.

MIRANDO AL FUTURO. Bella cosa debe parecer a algunos la libertad política cuando con tanta insistencia la buscan y tanto se gozan en su consecución. Mas, si alto es su valor real, no es menos subido el precio que por ella se estipula. Este precio son las consecuencias que se han de seguir al advenimiento de la independencia: consecuencias que los mismos filipinos empiezan a reconocer que han de ser difíciles de superar si no completamente insuperables. Muchos, particularmente entre las clases acomodadas, hubieran preferido seguir bajo la bandera americana gozando de las ventajas que ella les proporcionaba; mas el temor de aparecer ante sus compatriotas como enemigos de la libertad les retrae de exteriorizar semejantes sentimientos. Los caudillos políticos no pueden ya disimular su preocupación ante el futuro sombrío que se aproxima, y en sus discursos han declarado que sería un funestísimo error considerar la independencia como sinónimo de felicidad y abundancia; muy al contrario, independencia significará, por lo menos durante los primeros años, sacrificio y estrechez económica con todas sus consecuencias y derivaciones. Esto pudiéramos llamarlo, si la frase no fuera tan vulgar, curarse en salud; sin embargo, sea por convicción, sea por imposición de las circunstancias, se muestran optimistas y aseguran que, al período de reajuste económico ha de seguir una época de felicidad y de descanso.

Los americanos, sobre todo los que llevan algún tiempo en contacto con los filipinos y que por consiguiente conocen bien la situación actual, piensan de una manera muy distinta y predicen sin enfemismos que el conflicto económico consiguiente a la independencia adquirirá tales proporciones, que la nueva nación, ante la imposibilidad de solucionarlo por sí sola, se verá precisada a requerir la protección y ayuda de los Estados Unidos. En confirmación de estos presentimientos aducen cifras y estadísticas que, consideradas objetivamente, son suficientes para alarmar al observador más optimista. Los ingresos han de disminuir necesariamente: ¿Cómo entonces cubrir las demandas de la deuda pública? ¿Cómo sostener el sistema de escuelas públicas que aún en tiempos de relativa prosperidad resulta inadecuado para las necesidades del país? Las principales riquezas nacionales, y de las cuales el gobierno percibe el mayor apoyo económico, son el azúcar y el aceite de coco, que hasta el presente tenían entrada libre y segura en los Estados Unidos; pero, ¿de qué les servirán esos productos cuando se les cierre ese mercado y no tengan donde venderlos? ¿Cómo se recaudarán fondos para mantener la complicada maquinaria gubernamental, la fuerza pública, el ejército permanente, el cuerpo diplomático? El período legal de transición es de doce años; ¿será este intervalo suficiente para verificar tal reajuste en la producción, co-

mercio e industria que les permita copar con la situación y conjurar un desenlace que pudiera ser fatal a la misma independencia? Verdad es que durante estos doce años pueden sobrevenir tales acontecimientos internacionales y cambios políticos que lleguen a desmentir todos esos presentimientos y conjeturas. Una cosa, sin embargo, creemos fuera de duda, y es que han de pasar muchos años antes que Filipinas vuelva a recobrar la prosperidad de que ha gozado durante las dominaciones española y americana.

Fr. Ciriaco PEDROSA, O. P.

Universidad de Sto. Tomás. Manila. Julio, 1934.

BIBLIOGRAFIA

España en Indias.—*Nuevos ataques y nuevas defensas,* por Constantino Bayle, S. J., Vitoria, 1934. Un tomo en 4.°, 450 págs.

¡Qué difícil es hacer de censor de un amigo! Difícil tratarle con rigor, porque la estima mella los cortes de la imparcialidad. Difícil elogiarle, porque el elogio se toma por forzado, por preciso, por injusto también. Total: que el amigo sale perdiendo, como saldrá con nuestra crítica nuestro querido amigo el P. Bayle.

Además, ocurre que su obra de hoy tiene para nosotros una parte simpática que es la defensa de los intereses hispánicos y otra odiosa, que es la del desuelle del P. Las Casas, al que ha tomado el P. Bayle por un San Bartolomé en escena; y ese es pecado que no le voy a perdonar y que dejaré para la segunda parte de esta nota.

Antes digamos que de los XV capítulos que contiene, los catorce y un poco más son utilísimos, no sólo para los lectores corrientes, sino para los especializados en materias americanistas. El P. Bayle se trae un bagaje de erudición escogida, que hace no se deje el libro de las manos hasta dar cabo de él. Capítulos como EL TEJADO DE VIDRIO, LA CRUELDAD ESPAÑOLA, QUIEN DESPOBLO A AMERICA, TRABAJO FORZOSO, APUNTES DE LEGISLACION OBRERA, CONSECUENCIAS SOCIALES, SE OBEDECE PERO NO SE CUMPLE, CONTRA DESMANES, JUSTICIA, valen por un libro y son una exposición jurídico-histórica de la actuación de España frente a otras naciones en estos problemas difíciles de colonización. No es posible extractar en pocos párrafos el contenido de esos enjundiosos capítulos; y así invitamos al lector a consultarlos por sí mismo, pues no le pesará: La colonización española frente a las otras queda a una altura portentosa.

Vamos a la segunda parte de nuestra nota. El P. Bayle escribe su libro con un entusiasmo por las *Encomiendas* de las Indias y con un rencor hacia el fustigador más famoso de ellas, el P. Las Casas, que le hacen desatinar en muchas ocasiones y que prestan a su trabajo un aire de parcialidad odioso y hasta creo que contraproducente. ¿Por qué defender con ese ardor el sistema de colonización que envenenó en mil casos la labor hispánica en América, haciendo impracticables las leyes más humanas? Las *Encomiendas* ponían en mano de los dominadores todos los resortes del egoismo; y ese era un peligro terrible para convertir el control en una esclavitud embolada.

Las Casas podrá estar equivocado en exigir una supresión inmediata de un sistema de colonización que consideraba inhumano, porque a veces el cambio súbito es un desacierto mayor; pero eso no obsta a la nocuidad de un procedimiento esclavista que

segó tantas vidas e hizo derramar mares de lágrimas. Muchísimas más se hubieran derramado de no haber surgido la protesta y de no haberse humanizado el sistema. Ya en la Junta de Burgos, en 1512, se restringieron las *Encomiendas,* por las protestas de los Dominicos de la Española, prohibiendo que se concedieran a los Ministros de Justicia y a los que estuvieran en España. Lo más terrible era dejar en manos de los empleados de la Justicia y ligadas a sus ganancias las servidumbres de los desvalidos indígenas.

Puestas así las cosas, que así fueron y así se plantearon antes de que interviniera Las Casas, en época en que él era encomendero todavía, no se concibe la enemiga que se toma con él, porque pone en la picota los defectos de nuestra colonización y reclama por el cumplimiento del testamento de la Reina Católica y provoca las Leyes Nuevas; aunque estas no se llegaran a cumplir del todo; porque con los encomenderos no podían ni los Reyes.

A los eruditos españoles se les ha metido en la cabeza que la *Leyenda negra americana de España* es obra de Las Casas y le consideran como un monstruo; en tanto que los eruditos americanos le adoran como un ídolo. Exceptuemos algunos hispanistas como Levillier y D. Carbia y algunos escritores de aquí como C. Barcia y F. de los Ríos.

Lo cierto es que la despoblación de la Española por virtud de las Encomiendas es un hecho anterior a la actuación de Las Casas, denunciado en formas tan ardorosas como las de Las Casas por los Dominicos solos primero y luego por los Franciscanos no españoles, pues los españoles tardaron algo más, aunque no mucho, en ponerse frente a las Encomiendas.

Siendo este un hecho indubitable, perfecta y documentalmente comprobado, es inocente el echarle a Las Casas el santo ese de la Leyenda negra. No hay tal leyenda es historia pura la de esos abusos, como es la de la reacción noble contra ellos y la de nuestra legislación bondadosa y defensora de los débiles. Ese es el aspecto español. El otro, el del egoísmo, el del abuso, es lo humano de la vida, es lo general. Pretender eximir a los nuestros, a los españoles, de ese achaque, condenar al que en nombre del cristianismo los denuncia es infantil. Si eso es leyenda negra, hay que cargar con ella, no hay modo de esfumarla; contentándose, si acaso, con el *más eres tú,* que podemos aplicar a los extranjeros, como lo hace bien pertrechado de documentos el P. Bayle. Lo que no puede hacer él ni ningún español es declarar al P. Las Casas autor de unos relatos anteriores a él.

Los Dominicos unánime y enérgicamente denuncian antes lo que él luego denunció; los Franciscanos anuncian que *abandonarán las misiones* si no se pone coto a las Encomiendas, y recomiendan a Las Casas, cuando empezó a ser Verbo de sus pesadumbres.

¡Que Las Casas vió tres cuentos de hombres desaparecidos donde no había más que medio millón! Lo importante es saber que ese medio millón estaba aniquilado. Fácil es deducir que los tres millones, si los hubiera habido, se hubieran aniquilado también. Lo mismo podemos decir de las cien exageraciones de Las Casas.

Ponerle como el *forjador de la Leyenda (pág. 31),* como el hombre cuyo ideal es *morder a los españoles (pág. 61),* es una equivocación, refiriéndose a un hombre que los alaba miles de veces, tantas cuantas cree que obran bien. Las Casas triunfó en vida, porque fundamentalmente tenía razón y hablaba a un Gobierno como el de Es-

paña, que era católico, que ponía los intereses morales por encima de los materiales, y atendía los requerimientos morales, que fuera de España no se atendieron nunca. Su triunfo no fué suyo, puesto que era fiscal, sino de los Consejos Españoles, que eran los jueces. Su voz, arriscada, exagerada, desmedida, fué la voz de la conciencia española. La voz de la conciencia, la voz del arrepentimiento, la voz de la corrección y de la enmienda es española. Tomar por antiespañola la campaña de Las Casas es lo más antiespañol que puede hacerse y es asunto perdido ante el mundo de los historiadores y de los juristas.

El P. Bayle no rechazará esta página, que se le escapó a él y que está en contradicción con tantas afirmaciones de su libro: «Si triunfó Las Casas fué porque tras él estaban legiones de Dominicos y Franciscanos y Agustinos, y más tarde Jesuítas, que robustecieron sus ataques; si se abrieron paso sus discursos, fué porque cartas y relaciones infinitas le guardaban las espaldas e iluminaban los ánimos siempre bien dispuestos de los Reyes y sus oficiales; su causa salió avante porque era buena, a pesar de las motas con que la estropeó la indiscrección, y porque era la causa de los más y los mejores en Indias, de los genuínos representantes de España, los Obispos, los Virreyes, los misioneros, los de conciencia cristiana que nunca faltaron; los cuales apretaban al Rey y le ponían escrúpulos y le cantaban verdades que ningún funcionario moderno aguantaría, como dice Icazbalceta a propósito de una carta de Fr. Antonio de Mendieta. Reunidas en un volumen las apologías del Indio y las diatribas contra sus opresores, redactadas por otras plumas que la de Fr. Bartolomé, abultarían docenas de veces más que los escritos de éste. ¡Si no venía flota sin cajones de ellas! ¡Si la correspondencia entre las Indias y la Metrópoli, en los primeros cien años, generalmente se va por ahí!; ¡si hasta el misionero más anónimo se creía muy quién para encararse con el Monarca y exponerle con libertad evangélica los atropellos y los arbitrios que ocurrían para remediarlos! Tan encendido y general fué el amor a los indígenas, y tan absoluta la confianza de hallar justicia en el trono».

Estos párrafos ¡del P. Bayle! tienen su exageración, pues ni los *oficiales* estaban *siempre bien dispuestos;* ni los misioneros y los Virreyes y los Obispos manejaban tan mal el incensario en miles de ocasiones, para que se tenga por tan vulgar la obra redentora y áspera del *Protector de los Indios*. Al contrario, éste era objeto de recriminaciones por parte de muchos, de muchísimos, por su intolerancia con las encomiendas, por su tenacidad frente a los ricos y a las mismas autoridades.

Pero, en fin, admitido el hecho de que Las Casas *triunfó; de que su causa era buena;* de que tuvo guardándole la espalda a lo más y mejor de España e Indias, la campaña sustantiva en contra de Las Casas es sencillamente una equivocación. Las Casas es la representación más viva de la conciencia de España contra los atropellos más o menos naturales, más o menos disculpables de la mayor parte de sus conquistadores y de muchísimos de sus colonizadores. Esos no eran España, porque España no aprobaba sus atropellos y legisló siempre en contra suya. Esos podrían encarnar el espíritu egoísta, ambicioso y despiadado de los conquistadores de todos los tiempos, el espíritu de los ingleses, de los holandeses, de los franceses de entonces, que permitian tal género de apropiaciones, aun a trueque de la extinción de la raza india; pero no encarnaban el espíritu de la Madre España, que la defendió con alma y vida. Esa es la singularidad de España en la historia de las conquistas: que luchó contra sus conquistadores. Esa es su particularidad en la colonización mundial: que salvó y cristianizó las razas indígenas.

Nosotros bien quisiéramos borrar de nuestra historia de conquista y civilización ciertas páginas, que Las Casas puso de relieve y ennegreció con el celo amargo que le dominaba. Pero teniendo en cuenta que su papel de *Defensor de los Indios* le convertía en fiscal de sus dominadores y le ponía en la mano muchas veces acusaciones en vez de pruebas, todo lector inteligente debe rebajar las tintas de sus descripciones.

Su obsesión por la defensa de los Indios—no el odio a España, como indica varias veces, en absurdo lenguaje, el autor—le ponía en los labios frases que puso en los suyos Santo Toribio de Mogrovejo y otros personajes de la mayor respetabilidad, a los cuales afectan las frases de Motolinia, que toma el P. Bayle tan en serio, como todo cuanto a Las Casas sea desfavorable, tenga el origen que quiera, aunque sea el de adversarios como este. En la boca de un adversario ¿qué es el hombre más santo?

Lo que Las Casas hizo por los Indios lo estima en nada; sus viajes eran fáciles de hacer y el haber cruzado los mares siete veces por defender los Indios, no significa nada; sus esfuerzos por aliviarlos pudieron obedecer a móviles de ambición de él y de sus hermanos, por conseguir mitras, como alguien les achaca. En todo caso, su posición es pura terquedad y antiespañolismo. ¿Dónde dice Las Casas que *todos los españoles en Indias eran tiranos,* como le atribuye el P. Bayle? Hay que leer sus obras y en ellas se verá como elogia a cuantos tienen misericordia con los Indios, como fustiga a cuantos los maltratan, según las noticias que llegaban a él.

Pero, dejando a la conciencia del P. Bayle el calificar a Las Casas en las formas más duras, glorificando a nuestros duros conquistadores americanos, digamos, para concluir que la Leyenda negra nacida de la destrucción de Indias es anterior a Las Casas, y por lo tanto, no es obra de él; empieza en Montesinos y en Córdoba, que sin duda buscando mitras desafiaban las iras del Virrey D. Diego Colón y del Rey mismo (según carta que se conserva). No hay en las descripciones de Las Casas tonos más duros que los usados por los dominicos de la Española. Y si se quiere mirar a estos como tocados de la misma yerba, adviértase que los franciscanos que al principio estuvieron espectantes ante los procedimientos de los emigrantes españoles, de los encomenderos esclavizantes (y aún hubo uno que por algún tiempo se prestó a informar contra los Dominicos), firmaron con ellos una de las protestas más enérgicas que hallamos, que se mandó en latín, por no ser españoles muchos de los franciscanos que la firmaban. En ella se habla ya del clérigo Las Casas y se le recomienda como hombre enterado y de verdad y se conmina a los Gobernadores con la salida de los misioneros de las Indias. El elogio que hacen del clérigo Las Casas, cuando se aprestaba para su segundo viaje abona más en su favor que cuanto dice en contra el P. Bayle. Copiémoslo:

Quidam autem clericus, nomine Bartholomaeus de Las Casas, qui pro istorum remedio atque justitia in Hispaniam perrexit et postea cum patribus istis Divi Hieronymi indorum procurator rediit, nunc iterum super eodem negotio ad Reverendissimas dominationes vestras revertitur. Iste supplevit voce quod omissimus scripto. Vir bonus est et religiosus; et ut credimus, a Deo in opus ministerii hujus electus. Quod ex hoc patet, quod tam sit charitatis et justitiae celo succensus, quod terrena quaeque dexpexerit commoda... Postremo quod persecutionibus et contumeliis non careat; ut de illorum numero vere cognoscatur esse quibus dictum est: Si me persecuti sunt et vos persequentur. *Fide dignus est, cui vestrae reverendissimae dominationes fidem praestare poterunt et debent.*

Este era Las Casas, después de convertido por los sermones de los PP. Córdoba y

Montesinos; este fué él, Las Casas, que profesó en 1523 en la Orden de Santo Domingo; éste, el nombrado Obispo de Chiapas; éste, el Obispo dimisionario, que hasta el momento de morir clamó por sus queridos indios y obtuvo para ellos las resoluciones más favorables de nuestros Consejos.

El P. Bayle no comprende al P. Las Casas; y se explica. El P. Bayle está enamorado de los hombres que más aborrecía el P. Las Casas: de los conquistadores americanos. El P. Bayle, con el título general de *Grandezas españolas*, ha publicado una serie de biografías sobre Vasco N. de Balboa, Magallanes, Alonso de Hojeda, Hernando Soto, Pedro Menéndez de Avilés, viendo en sus heroismos bélicos una gloria para la Patria. El P. Las Casas, analiza en ellos los estragos, las muertes, las crueldades perpetradas contra derecho. Cuando el P. Bayle encuentra uno de esos conquistadores que casi sin medios humanos logró conquistas ultrahoméricas, se entusiasma, contemplando la virilidad de nuestros caudillos... Las Casas se pone a llorar sobre el reguero de sangre, que sin previa injuria, derramaron.

Cuando el P. Bayle se encuentra con uno de estos conquistadores que mantenían sus jaurías de perros con carne de indios, cierra los ojos, se santigua y calla... Las Casas, se detiene, y clama, y protesta, y escribe, y viaja para denunciarlo ante el mundo entero. Así ocurre que ante los mismos personajes, donde el P. Bayle canta un himno, sale una maldición del pecho del P. Las Casas; donde el P. Bayle ve *Grandezas,* Las Casas ve miserias.

Ambas cosas pueden verse, en verdad, mirando a diferentes aspectos; pero no olvide nunca el P. Bayle que en negocios de guerra bullen las injusticias, y es poco un Las Casas para lamentarlas y hasta para clasificarlas. «Por algo Santo Tomás, que conocía tan a la perfección las pasiones humanas, que nos ha dejado el código purificado de ellas en la famosa *Secunda Secundae* de la SUMMA THEOLOGICA, en vez de plantear la cuestión de *Si la guerra es lícita,* suponiendo que generalmente no lo es, por el corrimiento de pasiones humanas que en ellas se desbordan, pregunta sencillamente, como poniendo un freno en la pregunta misma, *Si es lícita alguna vez la guerra=Utrum bellare sit semper peccatum.*

Las guerras de América se desataban frecuentemente sin título legítimo y sin autoridad legítima, y se desarrollaban sin la moderación cristiana, que era menester. De otra suerte, eran brillantes para nuestros guerreros, eran afortunadas, eran heroicas, y por esa parte y por la extensión que a nuestro Imperio daban, nos resultan simpáticas. Solo que el engrandecimiento del Imperio, que era, según Tito Livio, una de las causas honestas y legítimas de la guerra, para los cristianos no es título legítimo. Y cuando el título legítimo faltaba—y era frecuente—la guerra era injusta e injustas las ocupaciones, y necesaria la restitución, como puede verse en las disposiciones de los Concilios de Lima.

En Filipinas fué muy distinta la penetración española, sin esas guapezas pizarrescas. En las Reducciones del Paraguay se llegó a resultados magníficos para la religión y para España, entre feroces tribus, por procedimientos reclamados mil veces por Fr. Bartolomé, como sabe muy bien el P. Bayle.

Es mucho hombre Las Casas y fué muy colosal su apostolado y es grande la adoración que por él se siente en América, para que logre nadie desbancarle del trono de *Padre y Protector de los Indios,* en que lo colocaron Cisneros, Carlos V y Felipe II, eso fué en la vida y será en la historia: *Padre y Protector de los Indios* y fiscal de cuantos, a su entender, les hicieran entuerto.

Fr. Luis Getino.

LEIBNIZ. **Pensamientos.** Vol. de 239 págs., 18 × 12 cms. Precio, 7 pts. Espasa Calpe S. A.—Apartado 547. Madrid.

Mil parabienes merece la N. B. Filosófica por sus valiosas publicaciones. Hoy es Leibniz quien se presenta en España, el gran filósofo alemán cuya filosofía, dominada por una potente unidad, penetra hondamente el movimiento de las ideas en la Alemania del siglo XVIII, y aparece entre las síntesis características de la filosofía moderna. Matemático, político, filósofo y profundamente religioso dentro de su protestantismo, lo mismo maneja a Descartes y sus contemporáneos, que a Platón, que a Aristóteles y los escolásticos, hacia quienes siente cariño y veneración y de quienes hace un magnífico elogio, cosa rarísima, casi única, en un filósofo moderno, porque es—repito—profundamente religioso, y sólo por eso pudo escribir el capítulo «Crítica y burla en materia de religión».

A más de sus errores protestantes, tiene otros filosóficos como decir que los ángeles se componen de una materia sutil, que las ideas son innatas, al modo platónico, que el alma y el cuerpo se unen como si fueran dos relojes que se mueven a compás, y otros que puede notar cualquiera. La selección de los *pensamientos* está algo descuidada; debe tomarse lo propio y característico, y no las cosas triviales. Con este volumen comienza una mejora muy notable en esta valiosa publicación: la mejora consiste en poner introducción a los volúmenes.

El presente volumen va prologado por De Fontenelle y consiste en una biografía —elogio de Leibniz—.Siento decir que es demasiado extenso (48 págs.) y pesado, y hasta... tiene *desmanes infantiles* como decir: «Dijo también (Leibniz) que Bayle veía en aquellos momentos la verdad en su propia fuente; *caridad rara entre los teólogos que tienen por costumbre condenar a sus adversarios*» (p. 37). Al hablar de la *armonía prestablecida,* se siente leibniziano y dice que si el sistema de Descartes (a quien concede valor) y el de Leibniz «sucumbiesen a las objeciones que pudieran oponérseles, los filósofos se verían obligados a renunciar a devanarse los sesos más sobre la cuestión de la unión del alma con el cuerpo, cosa penosísima para ellos» (p. 33). ¿De veras? ¡Pobres de nosotros los que no creemos ni en la *maquinaria* de Descartes ni en la *relojería* de Leibniz!

FR. A. ALVAREZ.

El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, por el R. P. Fr. J. M. LAGRANGE, de la Orden de Predicadores. Traducción del R. P. Elías G. FIERRO, de la misma orden. 534 págs. en 8.° con 57 fotografías y dos mapas. Pr. 25 ptas., elegantemente encuadernado. Editorial Litúrgica Española. Cortes 581. Barcelona. 1933.

A estas horas no habrá ninguno de nuestros lectores que no conozca esta obra, si es que no la poseen ya todos. El no habernos sido enviada antes por la editorial, ha sido causa de que no la anunciásemos con tiempo. Ahora ya no nos hemos de detener en hacer el elogio. Basta decir que es una síntesis de la larga labor del insigne P. Lagrange, hecha por él mismo en estilo sencillo y claro, al alcance de todos, aun de los nada iniciados. Sin discusión ninguna es el mejor resumen que se ha hecho hasta ahora de la doctrina del Evangelio, y la mejor vida de Jesucristo que se ha escrito, aunque su autor no la ha querido titular *Vida*. En Francia se ha convertido en libro de

moda. Y en España, después de la traducción correcta y la edición elegantísima—superior a la francesa—que ha hecho la Editorial Litúrgica, nos consta que lleva camino de ser sumamente popular.

Fr. C. A.

La Destinée, por el R. P. Félix, S. J. Premiere Retraite de Notre-Dame de París. 6.e edition. 334 pág. 10 frs. P. Tequi, editor. Rue Bonaparte, 82. París.

El nombre del P. Félix en la portada de un libro es su mejor recomendación. El presente contiene seis conferencias pronunciadas en Ntra. Señora de París. Basta ver el título de la obra para comprender su importancia. El difícil problema de nuestro supremo fin es tratado por el gran orador con claridad de exposición y vigor de estilo, comunicando al tema un extraordinario interés.

El contenido del libro es el siguiente: 1) El destino ante la vida humana. 2) Existencia y certeza del destino. 3) El destino está fuera de la tierra y del tiempo. 4) Nuestra vida en el tiempo no es más que un viaje hacia el destino. 5) Consecuencias del viaje de la vida. 6) Dios sólo es el destino del hombre.

Fr. G. F.

Guía de la mujer cristiana, por el P. Javier Schlitter, C. SS. R. Traducción de un Padre Redentorista. Un vol. de 12½ por 19½ cms. de 516 págs. Rústica ptas. 7; en tela ptas. 9.—Luis Gili, editor. Córcega, 415. Barcelona.

Excelente libro, que desearíamos ver en manos de todas las mujeres cristianas. Con toda minuciosidad va recorriendo el autor las diferentes obligaciones de la mujer, dando prudentes y atinadísimos consejos para su cumplimiento. Los primeros capítulos los consagra a tratar del matrimonio cristiano, su dignidad e indisolubilidad, y a combatir enérgicamente las plagas del divorcio y limitación de la natalidad. Después estudia a la joven que se dispone para el matrimonio, a la esposa, a la mujer ama de casa, dedicando extensas y valiosas páginas a su misión como educadora de los hijos. Todos los demás aspectos de la mujer hasta el ocaso de su vida le merecen amplios y hermosos estudios, en que con sentido profundamente cristiano expone sus múltiples obligaciones.

No escatimamos elogios al libro y le deseamos amplia difusión en estos días en que tan necesarias son obras que lleven la pura doctrina cristiana y el sentido católico del hogar a las almas asediadas por el paganismo imperante.

Fr. G. F.

Catechisme de la Vie Chretienne, interieure et religieuse, por el R. Padre Meynard, O. P. Un vol. en 16, VIII-296 pp. 12 fr. P. Lethielleux, editor. Rue Cassette, 10. París.—Librería Herder. Balmes, 22. Barcelona.

En forma clara, siguiendo el método catequístico de preguntas y respuestas, va exponiendo el P. Meynard un gran número de cuestiones acerca de la vida cristiana y religiosa. Es un libro útil a las almas que aspiran a la perfección, en particular a los novicios, religiosos y religiosas. Los confesores y directores de almas encontrarán en él cosas que pueden interesarles.

Fr. G. F.

Annuario della Universitá Cattolica del Sacro Cuore, e dello Istituto Superiore di Magistero «Maria Immacolata». Anno accademico 1933-34. Milano. Societá Editrice «Vita e Pensiero». 1934.

Magnífico exponente del florecimiento de esta importantísima institución católica. Muchos y eminentes profesores, numerosos alumnos, excelentes publicaciones, todo cuanto puede pedirse a una Universidad católica lo posee en alto grado la del Sacro Cuore de Milán. A lo que propiamente constituye el *Status personalis* de la Universidad preceden tres notables estudios titulados *L'opera di Giustiniano*.—Commemorazione del XIV centenario della publicazione del *Digesto*, tenuta da S. E. il profesore *Salvatore Riccobono*. Otro, *Il pensiero e l'opera di Vittorio Scialoja*.—Commemorazione letta dal prof. *Emilio Albertano*. Y el tercero, *Il metodo preventivo*.—Prolusione al Corso di Pedagogia, tenuta dal prof. *Mario Cassotti*.

Fr. G. F.

La Iglesia Católica, por el R. P. Luis Colomer, O. F. M. Administración Librería Fenollera. Mar, 17. Valencia. Precio: 10 ptas.

Como el autor de la obra que vamos a reseñar no necesita ser presentado a nuestros lectores, por ser ya conocido por sus obras ascético-místicas, nos limitaremos a presentar el último libro que acaba de publicar con el título *«La Iglesia Católica»*. Es un grueso volumen de 531 páginas de texto.

El asunto en él estudiado no podía ser más interesante; ni podía tampoco ser desarrollado en época de mayor necesidad.

El contenido de la obra es el siguiente:

Después de una larga introducción sobre el hecho de la Iglesia como argumento apologético, pasa a considerarla en su ser y vida propios (1.ª parte) y después en sus relaciones con los otros seres (2.ª parte).

En la primera parte desarrolla los siguientes puntos: el organismo divino de la Iglesia y actividad y crecimiento vital de la misma.

Y en la segunda, estos otros: relaciones de la Iglesia con el mundo visible y con el invisible (Bienaventurados, Angeles, Virgen Santísima, Jesucristo y la Santísima Trinidad).

El juicio que la obra nos merece es francamente de encomio para el autor. No es una obra para especialistas ni para profesores de esta materia; pero debiera ser el *vademecum* de todos los predicadores y de todos los buenos cristianos que quieran—como es su obligación—conocer a la Esposa de Jesucristo y Madre suya, con el objeto de que sepan cuáles son sus obligaciones para con ella.

La exposición es siempre seria, profunda y clara. Cuando incidentalmente se tocan cuestiones discutidas entre teólogos, el autor sigue las orientaciones de la escuela franciscana, a que pertenece.

He advertido que alguna vez se da como cosa clara y cierta lo que es muy discutido en teología. Me refiero a si las almas del purgatorio pueden orar por los que estamos en este mundo.

El reparo casi único que pudiera poner a la presente obra es su estilo demasiado ampuloso, que hace bastante pesada su lectura. Este es un defecto de forma. En lo que mira al fondo y quitadas a un lado estas cuestiones incidentales, de que antes hablábamos, merece nuestra entusiasta aprobación y nuestro aplauso.

Fr. Francisco P. Muñiz.

Histoire du Christianisme. Antiquité. Fascículos V y VI. Ch. POULET, O. S. B. París. Beauchesne, 1933. 23 por 28 cm. en entregas de unas 150 pág.

Ya conocen nuestros lectores esta importante publicación, cuyos fascículos V y VI les presentamos hoy. Sin ser una obra destinada expresamente a especialistas, sobrepasa con mucho los límites de un trabajo de divulgación. El autor prescinde casi por completo del aparato crítico, pero el desarrollo de la obra muestra a cada paso que las fuentes en que se apoya son seguras. Su estilo es movido y atrayente, y la exposición clara y metódica. Por esto su lectura reviste un excepcional interés, pudiendo seguirla con facilidad y gusto aún los no iniciados en la técnica histórica.

Es una fuente de información amplia y segura, que podrá consultarse siempre con provecho. Claro está que su lectura no releva de tener que acudir a monografías especiales acerca de los puntos particulares. Pero no es esta, ni puede serlo la intención del autor, que muestra ser tan excelente escritor como historiador de altura.

Damos una indicación del contenido de ambos fascículos para que nuestros lectores puedan formarse juicio de la obra. El quinto termina el libro *XV* titulado: *el Oriente en el siglo VII,* con una exposición sucinta de la aparición del Islamismo. Sigue el libro *XVI*; *la Iglesia franca* (la sociedad merovingia, el episcopado merovingio, la función social del episcopado, el clero merovingio, el monaquismo). Libro *XVII: La evangelización septentrional en los siglos VI y VII* (Inglaterra antes de la misión gregoriana, la misión gregoriana, los desarrollos de la obra agustiniana, el conflicto romano-céltico, la segunda misión romana: Teodoro de Tarso, la actividad literaria).

El fascículo VI comprende las materias siguientes: Libro *XVIII: La defensa del Primado romano* (el Primado romano en Occidente, el Primado romano en Oriente, el P.° R.° bajo S. Gregorio el Grande, los orígenes del Derecho Canónico). Libro *XIX: La Liturgia antigua* (los orígenes litúrgicos, la liturgia sacramental). Libro *XX: El Arte cristiano desde sus orígenes hasta el siglo VIII* (el arte cristiano primitivo, el triunfo de la Iglesia, Bizancio y el arte bizantino, el siglo VII).

Un copioso índice alfabético cierra este último volumen.

FR. G. F.

Historia de mis ideas religiosas. Mi conversión al Catolicismo, por el CARDENAL NEWMAN. Traducción de *Manuel Graña.*—XXIII-263 págs. 8 ptas.—Ediciones FAX. Plaza de Sto. Domingo, 13. Apartado. 8001. Madrid.

Pocos libros se han escrito tan conmovedores, tan sinceros, tan hondamente dramáticos como la presente Autobiografía del Cardenal Newman. La conmemoración del centenario de Oxford ha hecho resaltar de nuevo la figura del célebre convertido inglés, y nada mejor podía hacerse para recordarlo que la publicación de esta obra, la más íntima y más personal de todas las suyas. En ella Newman narra el dramático recorrido que tuvo que atravesar desde el anglicanismo hasta llegar a su conversión a la Iglesia católica. Poco a poco se van desvaneciendo los prejuicios contra Roma, y después de muchas vicisitudes y de un largo proceso de acercamiento hacia el catolicismo, llega el día en que aquella alma hermosísima, «que nunca había pecado contra la luz», alcanza a percibirla con toda claridad.

No dudamos que la lectura de este precioso libro habrá de contribuir poderosamente a llevar el convencimiento a muchas almas sinceras, que también quieren ver,

pero no pueden. Los que conozcan a personas que estén en ese estado, harán muy bien en recomendárselo, con la seguridad de que les habrá de ser de mucho provecho.

Fr. Guillermo Fraile.

Le Procès de l' Attentat commis contre le Taciturne, Prince d' Orange, 18 mars 1582, por el P. Albert de Meyer, O. P.—Etude critique de documents inedits. Un volumen en 8.° 19 por 27, XVI-244 páginas en papel vergé, 7 documentos en el texto y 16 fuera. Precio de suscripción: 85 francos belgas. Precio de venta ordinaria 100 belgas. L' Edition Universelle, S. A. 53, Rue Royale, Bruxelles. 1933.

La rehabilitación de un sacerdote inocente, víctima del odio a España y a la causa católica, es lo que hace más simpática la obra del P. De Meyer. Esta rehabilitación del P. Temmerman no es el fin de la obra, pero resulta de ella con toda la fuerza de una conclusión necesaria. El feliz hallazgo de las piezas originales del proceso acerca del atentado contra el Príncipe de Orange, le ha permitido probar con toda evicencia la falsedad del *Bref Recueil,* así como la parcialidad de los jueces que dieron la sentencia. Marnix y Villiers emprendieron un trabajo sistemático de falsificación de documentos y lograron no sólo llevarle a la muerte, sino también manchar su memoria. Antes del descubrimiento del P. De Meyer nadie dudaba en creerlos capaces de tal cosa, arrastrados por su calvinismo fanático y por su antiespañolismo rabioso. Pero ante el libro del ilustre historiador queda esto demostrado con toda evidencia, pudiendo cualquiera comprobarlo por sí mismo con ayuda de los facsímiles de documentos auténticos que acompañan el volumen. Así, pues, el juicio sobre el famoso atentado cambia por completo, y la conclusión con que se termina la obra queda con todas las probabilidades de la verdad. El *Bref Recueil* es un escrito tendencioso y falso. «El P. Temmerman queda completamente rehabilitado: ha muerto mártir por la religión católica, mártir del secreto de la confesión, víctima de la rabia antirreligiosa y de su celo por las almas».

Fr. G. F.

E. Krakowsky. **Plotin et le paganisme religieux.** *(Les Maîtres de la Pensèe religieuse).* París. Denoël et Steele, 15, rue Amelie.—Un vol. 300 pág. 20 francos. 1934.

Presentamos con verdadero placer este libro a nuestros lectores. Es un bello estudio sobre una figura tan atrayente y tan interesante como es la de Plotino, cuya influencia en no pocos pensadores cristianos de talla es innegable. El autor no se ha ceñido a darnos una idea del filósofo cumbre del neoplatonismo, sino que a su alrededor ha acumulado descripciones detalladas del ambiente alejandrino de la época, de la escuela neoplatónica y de sus relaciones con otras filosofías, especialmente la judía y la cristiana. Esto, sin dañar a la unidad del plan, da al libro un interés mayor, si bien queda demasiado restringida la parte consagrada al mismo Plotino. Aunque escrito todo el libro con criterio católico, tiene en ocasiones alguna disculpable imprecisión de palabra, y tal vez de concepto. No puede negarse la influencia griega y judía en la doctrina del cristianismo, pero desearíamos que se hiciera resaltar más el elemento sobrenaturnl que posee este último y por el cual se diferencia de todas las filo-

sofías puramente humanas. Por esto no nos parece del todo exacta la cita de Vacherot (pág. 88) que el autor hace suya. Asímismo reconocemos que es legítimo el entusiasmo del autor por Bergson, a quien considera como un representante de algunas ideas de Plotino, pero creemos demasiado atrevido el asimilar tanto el misticismo de ambos con el misticismo cristiano. Léanse las páginas 10, 290 y 292, donde se verá reducida a casi nada la diferencia esencial entre la mística cristiana y la mística pagana. No queremos pasar por «tomistas intransigentes», pero tampoco ser demasiado complacientes con la evolución del pensamiento bergsoniano, creyéndole ya a un paso del cristianismo. Son dos filosofías harto difíciles de concordar, dado que la noción del ser en ambas es diametralmente opuesta. Y como la idea del ser también la noción de Dios, que para nosotros es un Dios personal y para Bergson no traspasa los límites del panteísmo. Por esto las místicas edificadas sobre bases tan dispares tienen que ser esencialmente distintas, aunque guarden algunas semejanzas en ciertas aspiraciones y tendencias. Fuera de esto hemos de felicitar a M. Krakowsky por habernos dado un libro interesante, que es más que una obra de vulgarización, y que puede servir de excelente introducción al estudio de las obras de Plotino, pero que, naturalmente, no dispensa de tener que acudir para mayor información a estudios más completos acerca de este filósofo.

Fr. G. F.

J. D. Berrueta y J. Chevalier.—**Sainte Thérèse et la vie mystique.**—(Les maîtres de la pensèe religieuse). París, Denoël et Steele, 20 por 13, cms. 270 págs. 1934.

La personalidad de Santa Teresa es tan rica que por mucho que sobre ella se escriba es imposible llegar a agotarla. Después de tantos libros y tan excelentes, como poseemos acerca de la gran fundadora, sale el del ilustre profesor de Salamanca, con un carácter, si no nuevo, por lo menos con un marcado aire de originalidad, que le hace merecer un puesto de honor entre la abundante literatura teresiana. Escrito en colaboración con el conocido filósofo francés M. de Chevalier, la unión de ambos ha servido para darnos un estudio sumamente interesante y digno de todo aprecio. No se puede escribir de Santa Teresa sin amarla, y el Sr. Berrueta muestra que la tiene muy dentro de su alma. Por esto su libro está escrito tanto con la inteligencia como con el corazón, y sabido es que en las cuestiones de la teología mística, más adelante llega el corazón que el discurso. Su fina pluma ha sabido trazar con delicadeza la semblanza espiritual de la Santa en capítulos bellos y sugestivos. Ha sido un acierto el encuadrar la figura de Santa Teresa en el ambiente histórico y espiritual de la época, así como la rápida, pero exacta, exposición que los autores hacen de la historia de la mística, permite apreciar en todo su valor la excelencia y la originalidad de la doctrina teresiana, no aprendida en los libros sino por la comunicación con el Maestro supremo de la vida espiritual. El Sr. Berrueta y M. Chevalier han logrado, en suma, hacer un libro de lectura agradable y de excelente contenido, cuya traducción castellana esperamos con verdadero interés.

Fr. G. F.

Maurice de Wulf.—**Histoire de la Philosophie Mediévale.**—Tome 1.er Des origines jusqu'a la fin du XIIe siècle. Sixième edition, entierement refondue.—320 págs. 16 y medio por 25 cms. 30 frs.—Lovaina, Institut Superieur de Philosophie. Pl. Cardinal Mercier, 2, París, J. Vrin, Pl. de la Sorbonne, 6. 1934.

Diez años es un espacio muy largo en el estado actual de los estudios medievales. Incesantemente se enriquece la documentación con publicaciones de textos inéditos, se multiplican las monografías eruditas y aportaciones valiosísimas amplian y esclarecen cada vez más los horizontes de esa parte de la Historia de la Filosofía. La obra de M. de Wulf necesitaba ya de algunos retoques y de una nueva revisión para ponerla al corriente de las últimas investigaciones. Pero su ilustre autor no se ha contentado con esto, sino que nos ofrece una nueva edición «enteramente refundida», como reza la portada. Su obra ha sufrido modificaciones importantes, no sólo en los detalles, sino también en la estructura general, bien que permaneciendo fiel en sus grandes líneas a las ediciones anteriores. No hay apenas apartado que no acuse algún retoque, en otros se ha procedido a nueva redacción, siendo también frecuentes los párrafos nuevos. El autor combina, con singular acierto, el método analítico y monográfico con el sintético o comparativo, examinando los autores en particular y recogiendo en síntesis claras y precisas los rasgos comunes a cada grupo. De Wulf sabe hacer no sólo historia, sino también filosofía de la historia, y consideramos plenamente acertada y legítima su concepción—tan criticada—de la Escolástica, como la gran síntesis dominante en la Edad Media, preparada en los siglos anteriores y que después de su fugaz apogeo en el siglo XIII, entra en franca decadencia a partir del XIV. Esta concepción no impide reconocer la variedad infinita de doctrinas que pululan en esos siglos, unas al margen y otras declaradamente en contra de la Escolástica. Así pues, si bien no se puede conceder un valor absoluto a esas síntesis más o menos artificiosas de la historia, pues dependen de los datos que nos aporten nuevas investigaciones, pero no es menos cierto, que están fundadas en un principio legítimo y que no se las puede calificar de arbitrarias ni de fantásticas. El historiador no solamente debe recoger como en un catálogo los datos adquiridos, sino también organizarlos con arreglo a sus relaciones y semejanzas.

En esta edición el autor no insiste en la distinción entre filosofía escolástica y filosofía medieval. Se acomoda más bien al uso, aunque hace notar que el empleo de ese término es más verbal que real.

La excelente bibliografía general y especial que enriquece esta edición, hace de ella un valioso instrumento de trabajo, no solamente para el estudiante, sino también para el erudito.

Fr. Guillermo Fraile, O. P.

Conde de Keyserling. **La Vida íntima.** Un volumen de XXVI-224 pág., 19 por 13 cms. 6 pts.—Espasa Calpe, S. A. Apdo. 547, Madrid. 1934.

La fecunda pluma del eminente pensador nos ofrece un volumen más, en el que se encuentran reunidos los puntos fundamentales de su doctrina. Al lado de muchos aciertos—que sentimos no poder detallar en una Bibliografía—se encuentran en este libro no pocos errores sustanciales. Sus conclusiones son plenamente lógicas en el

conjunto del pensamiento del autor, pero es sabido que no siempre la lógica se identifica con la verdad. Mas aunque algunas de sus afirmaciones tengamos que rechazarlas terminantemente, es preciso reconocer que en Keyserling, como en todos los grandes talentos, el error mismo es fecundo, y hace levantarse en el espíritu bandadas de admirables sugerencias. Pero también, si a veces chocan sus doctrinas, no es por no ser verdaderas, sino porque extraídas de la realidad en toda su fuerza primitiva, no se ajustan a los moldes elaborados de un sistema preconcebido. Es muy cierta su observación de que «la inmensa mayoría de nuestros contemporáneos vive de definiciones, y no de experiencias personales» (pág. 57). Se aprenden las cosas en la catalogación de un sistema, en vez de recogerlas inmediatamente de la realidad viviente. De aquí que con frecuencia sean dos líneas divergentes la realidad y la teoría.

No podemos de ninguna manera aceptar la afirmación de que la moralidad y la espiritualidad pertenecen a planos radicalmente distintos (pág. 34), y de que originalmente la moral no tiene nada que ver con el espíritu (pág. 35). De donde él deduce la consecuencia, a todas luces inadmisible, de restar importancia al vicio nefando. Bien está su descomposición del hombre en sus partes constitutivas—mineral, vegetal, animal de sangre fría, termita omnívora, sensitivo, racional—, esto no es más que una expresión nueva del *microcosmos*, pero la Moral católica afirma que dentro de ella cae todo lo que depende de la libertad humana, sea espíritu, sea carne. Y dentro de la libertad, directa o indirectamente, caen también muchas manifestaciones fisiológicas.

Su teoría de la propiedad como salvaguardia del instinto de seguridad y del miedo y el hambre original, tal como él la expone, encierra no pequeña dosis de verdad. Asímismo sus ideas sobre el Progreso, en que demuestra cómo nuestro siglo, tan positivista, sigue pagándose de bellas palabras, le sugieren consideraciones admirables, certeras, pulverizadoras de tantos iconos huecos como el siglo pasado nos ha transmitido.

Nos parece inadmisible su concepto de la *revelación* (pág. 214). A partir de Bacon no hay tal uniformidad en la Historia de las ideas, sino tendencias contradictorias, cuyo resultado final es la confusión más pintoresca. La experiencia histórica nos asegura que, a pesar de sus esfuerzos, la humanidad no llegará jamás a la unanimidad en ninguna cuestión básica que solucione su vida. Así que podemos considerar como un mito su aspiración al *Realismo radical*. La *verdad* no ha sido nunca patrimonio de ningún filósofo, ni siquiera de toda la humanidad. Sigue siempre su camino acechada muy de cerca por el error.

Otras muchas cosas pudiéramos decir de este libro, pero lo dicho basta para que el lector deduzca que, si bien es muy interesante, su lectura no puede recomendarse a quien no posea la suficiente preparación.

Fr. Guillermo Fraile.

Busquet-García Bayón.—**Thesaurus Confessarii.**—Un tomo de 992 págs. 17 por 10 cms., papel muy fino, encuadernado en tela, 9 ptas. Colaboración Cultural, S. A. (Coculsa), Guzmán el Bueno, 18. Madrid, 1934. 9.ª edición.

Esta novena edición de la obra del P. Busquet, hecha por el P. J. García Bayón, es la segunda que se publica después del Código. Redactada en forma breve y precisa, constituye un precioso auxiliar para los confesores, que pueden en ella encontrar a mano resueltas muchas dudas que se les ofrezcan en el desempeño de su ministerio.

Es también utilísima para los estudiantes de Teología Moral y para los que se preparan a rendir el examen de confesores. Su elegante y nítida presentación y lo reducido de su volumen, la hacen cómodamente manejable, pudiendo llevarse fácilmente en el bolsillo. Respecto de la doctrina, el autor sigue fielmente a San Alfonso de Ligorio, teniendo en cuenta en esta edición acomodada al Código, las respuestas de las Sagradas Congregaciones y las declaraciones de la Comisión Pontificia. Esto basta para indicar que es enteramente recomendable. Solamente notaremos que nos parece algo mucho decir que: «Probabilismi vero lati, sicut et Tutiorismi mitigati, *Probabiliorismi et Systematis compensationis* falsitas facile convincitur» (P. 38). No son de tan poco valor las razones a favor de los dos últimos que fácilmente se pueda demostrar su falsedad. Por lo demás recomendamos el libro muy de veras y deseamos éxito feliz a esta nueva edición.

Fr. G. F.

MARITAIN, JACQUES. **Elements de Philosophie, II, L' ordre des concepts, I.-Petite Logique** *(Logique formelle)*. 8.ª edición. En 8.°, XI-355 pág. 20 frs. Tequi, Editor. París.

Ocho ediciones cuenta ya este tratado de Lógica aparecido en 1923. Esto y la firma de su ilustre autor bastan para recomendarlo sin reservas. Es difícil en Lógica hacer obra original, sobre todo si se quiere conservar la tradición de los antiguos y atenerse a las doctrinas tradicionales. Sin embargo esto no impide el que un pensador profundo como Maritain haya logrado marcar su huella personal en este tratado. Ha sabido demostrar prácticamente «que la mejor manera de renovar los problemas es el remontarse al pensamiento de los antiguos tomado en su misma fuente (p. XI). Aunque destinado a los alumnos de enseñanza secundaria, es mucho más que un tratado elemental, que podrán consultar con provecho todos los que aspiren a un conocimiento más completo de la Filosofía.

Fr. Guillermo Fraile.

Los problemas fundamentales de la Filosofía y del Dogma. Tomo 8.° (2.° póstumo). *El conocer humano,* por el Dr. Angel Amor Ruibal, prof. de la Univ. P. Compostelana.—Santiago, imp. del Seminario Conc. 1934, págs. 600.

He aquí un tomo de la serie de 8 gruesos volúmenes que constituyen la magna obra del difunto canónigo de Santiago, el infatigable y enciclopédico Sr. Amor Ruibal. Como en él se pretende «sentar las bases de una teoría del conocimiento compatible» con el ideal sobrenatural, creeríase a primera vista que se trata de una exposición sistemática del problema criteriológico. La obra es más amplia. Un conglomerado de Crítica, Psicología y Lógica, todo ello agrupado bajo el epígrafe común de «el conocer humano», sin otro orden y sistematización, al parecer, que el que brota de la inspiración torrencial, extraordinaria en afluencia de palabras más que de pensamiento, del Sr. Amor Ruibal.

Contiene numerosas y muy extensas refutaciones de ajenos sistemas criteriológicos. El autor se muestra en completa y radical discrepancia con la ideología escolástica. Ninguna de las tesis enseñadas en la Escuela, satisfacen a nuestro eximio y descontentadizo filósofo. Véanse algunos juicios: «La teoría de la verdad en el sentido

aristotélico, como una adecuación entre el entendimiento y la cosa es insostenible». «La verdad está en el juicio, no en la simple aprehensión, como se venía sosteniendo» (¡hallazgo importante!) «La gradación hasta ahora admitida entre los actos del conocer, simple aprensión, juicio y raciocinio es falsa.. ; la noción de ser no es una aprehensión sino una idea» (¡manes de Escoto!), proposición defendida con gran lujo de razonamientos.

Igual juicio le merece casi toda la Psicología tradicional por él examinada: «La teoría del entendimiento agente es absurda y carece de razón de ser». Y no es que tenga graves objeciones contra ella, no previstas por los maestros de la tradición. Simplemente, porque el oscuro problema del origen de las ideas, que a tantos filósofos atormentó, no entraña para el Sr. A. R., dificultad mayor. No hay razón alguna para negar causalidad directa de la materia sobre el espíritu, ni en el orden físico ni en el orden del conocer». Universalidad y función abstractiva se dan también en la imaginación, de suerte que, para el conocimiento sensible como para el intelectual, las posibilidades son las mismas (!).

Refuta también el Sr. A. R. la «teoría» del alma humana como forma sustancial del cuerpo, queriéndonos hacer ver, contra toda evidencia, que el Conc. de Viena no definió tal tesis. Esto no impide que a la vuelta de pocas páginas, inconscientemente, se le escape el decir que «el alma humana informa sustancialmente al cuerpo».

Juzgue el lector, por aquí, qué valor tendrán sus impugnaciones contra la Escolástica, que a este tenor se suceden en todo el libro. Hijas casi siempre del desconocimiento, como cuando llega a culpar a la Escuela, por su teoría sobre la verdad de cierto idealismo Kantiano.

Entonces, ¿dónde situar al Sr. A. R. respecto del problema crítico? En toda la obra no se vé determinadamente tratado el punto central epistemológico, que más bien queda reducido a una cuestión de Lógica. En su distinción entre juicios de idealidad y juicios de realidad, completamente infundada en todo sistema que no sea el Kantista, y en algunos otros sistemas afines, es donde el Sr. A. R. parece encontrar la clave de su solución.

El estilo—abstruso, sibilítico, en que a veces uno se pregunta si son construcciones castellanas—corre parejas con la ideología del autor, de una nebulosidad ultragermánica. Huera palabrería que sólo sirve a veces para ocultar la vaciedad de contenido.

En suma: el Sr. A. R. se presenta como un innovador del pensamiento filosófico. No le negamos cierta originalidad. Escolástico por su método y razonamientos, falto de modernidad, tiene todos los vicios de vanas sutilezas que cualquier autor de la Escolástica decadente.

Fr. T. U.

Acta Conventus Velehradensis, anno MCMXXXII.—Olomucii, 1933. Sumptibus Archiepiscopi Olomucensis. Págs. 350, en 4.°

Son una prueba de los trabajos de la Iglesia Romana por la unión de las iglesias separadas. Bajo el alto protectorado de la Santa Sede se vienen celebrando periódicamente en Oluma, junto al sepulcro de los dos grandes apóstoles de las naciones eslavas, S. Cirilo y S. Metodio, estas asambleas, en las que se estudian los puntos de doctrina que separan las iglesias y se buscan los medios prácticos para ir quitando los obstáculos de la unión y preparando el camino de la misma. Las Actas contienen una

breve reseña de la asamblea y sobre todo las conferencias teológicas pronunciadas en la misma por los teólogos más especializados en estas materias. Una nota saliente de esta asamblea es que, por indicación de la misma Santa Sede, se dirigió una invitación oficial a los teólogos y representantes de las iglesias cismáticas para que se dignasen asistir al congreso y proponer en el mismo las objecciones que tuvieran contra las doctrinas defendidas por los teólogos católicos.

Fr. A. C.

Expositio antiquae liturgiae gallicanae Germano Parisiensi ascripta.— Edidit notisque instruxit *Joannes Quasten* S. Theol. Doctor in Univ. Monasteriensi docens. Monasterii 1931, typis Aschendorff. Pr. 0,85 Rm.

S. Francisci Assisiensis et S. Antonii Patavini officia rhythmica auctore fratre Juliano a Spira edidit et notis illustravit Hugo Dausend, O. F. M. 1934. 52 p. RM 1.

Se trata de un nuevo opúsculo, el III, de la serie litúrgica de la colección *Opuscula et Textus historiam Ecclesiae ejusque vitam atque doctrinam illustrantia*. Los que conozcan algo la liturgia no necesitan más para apreciar el valor de este opusculito que encierra la liturgia de S. Germán de París enriquecido de una introducción muy substanciosa y de notas muy eruditas.

Los oficios rítmicos de S. Francisco y S. Antonio responden a un género litúrgico que remonta al siglo IX, que alcanzó su apogeo en el XIII y que fué prohibido por S. Pío al hacer la reforma litúrgica. Se trata de dos modelos del género por esta razón sumamente interesante para los liturgistas y filólogos.

Fr. A. C.

S. Leonis Magni epistulae contra Eutychis haeresim.-Pars. I Epistulae quae Chalcedonensi Concilio proemittuntur (A. A. 449-451), ad codicuum fidem recensuit *C. Silva-Tarouca, S. J.* De clausularum ratione proefatus est *F. di Capua*. Romae ad Aedes Univ. Gregorianae. Piazza della Pilotta, 4. 1934. Págs. XXXII-89 en 8.°

Forma parte este opúsculo de la colección publicada por la Univ. Gregoriana bajo el título *Textus et Documenta ad usum exercitationum et praelectionum academicarum. Series theologica:* Va precedida de una doble introducción, la primera diplomática, la segunda gramatical. Los textos comprenden una rica serie de cartas cruzadas entre S. León y la Corte de Bizancio y los Obispos orientales sobre el grave negocio de la herejía eutiquiana y la celebración del Concilio en que había de ser condenada.

Fr. A. C.

Die Kirchliche Reform im Erzbistum Köln (1583-1615). Von Dr. Peter Weiler. (Reformations geschichtliche Studien und Texte, hrsg. von Albert. Ehrhard. Heft 56/57). Münster, Aschendorff. 1931. XI, 185 S. RM. 940.

Flug-und Streitschriften des Reformationszeit in Westfalen (1523-1583). Von Dr. Theodor Legge. Heft 58/59. 1933. Münster, Aschendorff. Mit 12 Abb. XVI, 230 S. RM. 12,50.

Erasmus im Ringen um die humanistische Bildungsform. Ein Beitrag zum

Verständnis seiner geistigen Entwicklung. Von Dr. Otto SCHOTTENLOHER. Heft 61. 1933. Münster, Aschendorff. VII, 118 S. RM. 5,60.

Die Rheinischen Kapuziner 1611-1725. Ein Beitrag zur Geschichte der katholischen Reform. Von P. Dr. Arsenius JACOBS O. M. Cap. Heft 62. 1933. Münster, Aschendorff. XXII u. 163 S. mit einer Karte. RM. 8,30

Todas las cuatro obras que preceden pertenecen a la misma colección, que publica la casa Aschendorff de Münster con el título *Reformations geschichtliche Studien und Texte.*

El Dr. P. Weiler nos cuenta los progresos de la reforma católica en el arzobispado de Colonia por los años 1583 1615, sobre todo durante el pontificado de D. Fernando de Baviera. No es historia de hechos ruidos, sino de actividades calladas en que el arzobispo y sus auxiliares, ayudados por los Nuncios de la Sta. Sede, trabajan por reparar los daños de los tiempos pasados, fomentando la piedad en el pueblo, reformando las costumbres del clero y difundiendo en legos y eclesiásticos la instrucción religiosa y la ciencia eclesiástica.

Teodoro Legge, que estudia lo que diríamos hoy la prensa, esto es, las hojas volanderas, los pasquines, caricaturas, polémicas de carácter más popular que científico, con que se propagó la reforma en Wesfalia por los años 1523-1583. De toda esta documentación histórica, que lleva en sí el sello de su autenticidad, se colige que la reforma que se pedía entonces en Wesfalia, no tanto era religiosa cuanto social. Era un movimiento democrático el que hacía fuerza por implantarse. Así se comprende que se impusieran los medios de propaganda más populares y más en armonía con las ideas que la inspiraban.

De todos es bien conocida la significación de Erasmo en el campo de los humanistas de tendencias antieclesiásticas y la parte que por esto tuvo en la preparación de la pseudo reforma. El Dr. Schottenloher nos ofrece en esta obra una excelente contribución a la mejor inteligencia de su evolución espiritual. Erasmo era de aquellos para quienes el humanismo significaba, no sólo la restauración de las formas antiguas, sino de toda la antigüedad para corregir la barbarie de la Edad Media, representada, sobre todo, por las instituciones monacales y por la ciencia escolástica. Enamorado de la cultura clásica rechazaba, sin distinción, todo el patrimonio heredado de la Edad Media. Así trabajó por la reforma.

La contrareforma católica en la provincia protestante renana, contó como factores importantes con los Capuchinos, de reciente fundación y animados del espíritu, que sobre todo suele florecer en los institutos religiosos en sus comienzos. Su actividad, no fué política, ni de grande relumbrón, sino religiosa y callada; pero no por eso de menos influjo para la renovación de la vida eclesiástica y cristiana en el clero y el pueblo. Tal es el tema que se ha propuesto desarrollar el P. A. Jacob, preparando con esto una hermosa contribución, muy bien documentada y enriquecida con cantidad de datos referentes a la historia de la reforma católica por los años 1611 a 1725.

FR. A. C.

Chronología operum S. Augustini secundum ordinem Retractationum digesta. Cum appendice de operibus in Retractationibus non recensitis, auctore P. Seraphino M. Zarb, O. P. Prof. introd. in Opera S. Augustini. Romae, apud Pont. Institutum «Angelicum». 1934. Págs. IV-90 en 4.° Pr. 8 lir.

Nadie pondrá en duda la importancia que tiene el conocer la cronología de la ingente producción literaria de S. Agustín. Con un espíritu admirable de amor a la verdad, en los últimos años de su vida, el Santo escribió su obra *De retractationibus*, en que por su orden enumera y corrige sus escritos. Este orden fué luego discutido. El P. Zarb, después de otros, defiende y precisa la cronología dada por el santo doctor y añade la cronología de los escritos posteriores a las retractaciones, que suman aún una veintena.

Fr. A. C.

Grandeurs mariales, etudiées dans «L' Ave María». Obra inédita de un autor francés, publicada por Mons. Natale Licari, Rector del Seminario de Reggio, Calabria. En 8.° 600 pág. 20 fr. Marietti, editor. Turín. 1934.

El piadoso autor anónimo de este libro se revela como profundo conocedor de la Teología, de la Patrística, de la Mística y de la Filosofía cristiana, y de ellas se sirve para tratar de un modo admirable el asunto de las grandezas de la Virgen, deduciéndolas de una manera clara y sencilla de la oración del Ave María. Con mano de verdadero maestro traza un cuadro bellísimo en que resaltan las grandes prerrogativas de María, y los dones preciosísimos con que fué adornada por Dios, así como su cooperación en los misterios más fundamentales del Cristianismo. El autor sabe hacer destacar la imagen gloriosa de la Virgen, rodeándola de la luz que sobre ella proyectan esos grandes misterios, haciéndola aparecer como la criatura más grande y más hermosa de la tierra, llena de la gloria de la maternidad divina. Para todos los devotos de María será este libro una mina rica y fecunda de meditación, así como para los predicadores, los cuales podrán encontrar en él un arsenal copioso de doctrina sólida y de temas grandemente sugestivos y útiles para su ministerio.

Fr. G. F.

Das Institut der inclusen in Süddeutschland. Von Otmar Doerr (Beiträge zur Geschichte des alten Möchtuns und des Benediktinerordens, herausg. Von I. Herwegen, O. S. B. Heft 18) 168 págs. Münster, Aschendorff. 1934.

Es el Instituto de los Inclusos una de las más raras apariciones en la vida monástica. Mucho tiempo ha que se ha echado en olvido a aquellos hombres cuya vida hoy nos admira, encontrándose entre ellos figuras como la de Wiborada y otros que inmortalizaron sus nombres en sus obras.

Por eso, este tomo, XVIII de la obra de D. Herwegen, trata de hacer ver la gran importancia que tuvo esta Institución en el Mediodía de Alemania.

Después de una larga introducción sobre los distintos nombres que se dieron a los hijos de tan benemérito Instituto, sobre cartas y documentos que hoy existen y la no despreciable literatura con que cuenta, trata el autor, en la primera parte, del desarrollo que en Occidente alcanzó este eclesiástico Instituto. Nos proporciona preciosos

datos para conocer, de un vistazo, toda la vida del Incluso, desde su ingreso en el monasterio hasta su muerte. Presenta sus hechos y conducta, su vida de oración, sus trabajos diarios, alimento, vestidos, cuidados corporales, sus relaciones con el mundo.

En la segunda parte, hace ver la rapidez con que se propagó esta Institución en el Mediodía de Alemania. Cita una serie de obispados donde tuvo mayor aceptación y, para dar al lector una idea clara de los múltiples acontecimientos de los Inclusos, registra documentos de fundaciones, defunciones, ingresos, etc.

Por fin, en el apéndice, se ocupa de la labor de la Inclusa en Ratisbona durante la Edad Media, donde alcanzó su mayor esplendor.

Además hace notar el autor la relación que esta Institución guardó con los grandes movimientos religiosos de la Edad Media y lo mucho que influyó en la vida de los pueblos.

Este libro, pues, es de interés, no solamente por ocuparse de la historia de una Orden religiosa, sino también por lo que informa sobre la cultura y cortumbres de la Edad Media.

Fr. N. S.

Amor y Pedagogía. Novela por D. Miguel de Unamuno.-Espasa-Calpe, S. A. 2.ª edición. Madrid, 1934.

He aquí una humorada de D. Miguel. Pero una humorada que le brota de las entrañas. Sería aventurado rotular la presente obra con el título de Novela. Corre por ahí tanta concepción sobre ésta y se da cada cual tanta maña en definirla, que fuera pedantería fijar tan embrollado género. Por eso se previene D. Miguel. «Esta novela, o lo que fuere...» *Amor y Pedagogía* es una diatriba chispeante contra el exagerado método pedagógico. D. Avito Carrrascal quiere hacer de su hijo, valiéndose de la Pedagogía, un genio. Y aquí son las torturas de D. Avito, los cuidados absurdos, para lograr su sueño. Aquí el renombrarle a Newton y el leer a la madre biografías de grandes hombres para que el futuro hijo las escuche desde las oscuras entrañas; el llevarle, ya nacido, a la balanza, a pesarle, y a la bañera, después, para viendo en el tubo registrador el número de litros que ha subido, deducir con peso y volumen la densidad genial nativa. Ahora es el tomarle el ángulo facial, y el cefálico y todos los demás ángulos, triángulos y círculos. Y luego, la cuestión del nombre. !Oh, la cuestión del nombre, para llamarle, al fin, Apolodoro! Y después las angustias por desarraigarle los antropomorfismos de la escuela y el mostrarle la brújula, el sextante, el termómetro, el barómetro, el higrometro y... total, para resultarnos el Genio un pobre chico, un Apolodorito que se enamora, fracasa, tiene un percance, y se suicida.

La novela—o lo que sea—tan distinta de los novelones al día, está saturada de sutilezas y de observaciones psicológicas. La distinción entre amor inductivo y deductivo es, con su humorismo y todo, exacta.

Es Unamuno también en la Novela.

Fr. R. U.

La Charité d'après Saint Augustin, par Gustave Combés. Préface de Son Exc. Mgr. Cézérac, archevéque d' Albi.—1 vol in 8.° écu de XV-322 pages, 15 fr. Desclée de Brouwer et Cie. 76 bis, rue des Saints-Perès, Paris (VII e.)

El presente libro es una nueva producción de la Biblioteca Augustiniana. El fin del autor es fijar el punto central de la doctrina augustiniana, mostrando cómo es la

caridad el impulso dinámico de nuestras actividades. Tras las huellas de San Agustín analiza primero el amor humano, que se orienta siempre, paso a paso, hacia lo Infinito. Examina luego el contenido del gran precepto: «Amarás a Dios con todo tu corazón...» Y en torno a él analiza los tres amores que preceptua: *amor de Dios, amor de sí y amor del prójimo.* El *amor de Dios* unifica los otros dos. Precisa la naturaleza de la caridad. Es la caridad una participación del amor consustancial de las Divinas Personas, el don más alto, la gracia de las gracias, la suprema virtud. Estudia, después, el desarrollo de la caridad en el alma y la obra de cada uno de los dones. Y acaba este análisis detallando las fases de la caridad desenvolviéndose.

En el estudio acerca del *amor de sí propio,* razona los motivos que nos fuerzan a amar nuestra alma y nuestro cuerpo.

Y al examinar *el amor del prójimo,* fija el sentido y el alcance del precepto. Otorga a la caridad una función social.

Para terminar expone las desviaciones más señaladas de la doctrina augustiniana sobre el amor: la interpretación de Bayo; la tesis culminante de Jansenius acerca de «la delectación victoriosa»; las teorías quietistas sobre el «amor puro».

Es un libro que condensa y desarrolla con acierto el pensamiento vivo de San Agustín.

FR. R. U.

La Saeta en el Cielo. Leyenda mística de la Edad Media por Edgardo GARRIDO MERINO.—Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1934.

Con estilo brillante, muy siglo XX, logra evocar el autor el ambiente que inspiró las Cantigas del Rey Sabio. Pinta los escenarios con destreza. A su vera van pasando clerizones, juglares, clausurados, llena el alma de audacia y de picardías. Sobre un fondo de clásico misticismo, pone al desnudo las lacerías de algunos eclesiásticos. La tierra y el espíritu riñen la sempiterna batalla. Como el Rey Sabio, derrama el autor alusiones lascivas.

El autor logra su intento de humanizar las Cantigas en nuestro aire contemporáneo. Lograr, y con creces, su propósito, es triunfar sobre obstáculos posibles. Huelgan, pues, ditirambos.

FR. R. U,

J. SANTILLANA, S. J.--**Pasionarias.** - 342 pág. en 8.° S. Francisco, 9. Burgos. 1934.

La lujosa presentación de este libro hace de él un precioso recuerdo del año Santo. Es un ramillete de temas relacionados con la Pasión de Nuestro Señor, escrito con unción y con cariño. Lo recomendamos vivamente a las almas devotas, seguros de que en él encontrarán abundantes y delicadas consideraciones para meditar en el misterio de nuestra Redención.

FR. G. F.

Textus et Documenta in usum exercitationum et praelectionum academicarum. Series theologica. *De origine et evolutione interdicti* usque ad aetatem Ivonis Carnotensis et Paschalis II. Varia documenta collegit notisque illustravit Willelmus RICHTER, S. J. Romae apud aedes Universitatis Gregorianae. Piazza della Pilotta, 4. 1934.

En dos cuadernos, 12 y 13 de la serie teológica, de 80 y 78 páginas, respectivamen-

te, publica el erudito P. Richter, importantes textos y documentos con las correspondientes notas aclaratorias acerca del *Entredicho*, siguiendo este orden: I. *Scriptores, Epistolae, Concilia* (Cuaderno 12); II. *Decreta Romanorum Pontificum* (Cuaderno 13).

El P. Richter se hace con esto acreedor a la gratitud del público estudioso por los valiosos auxiliares de trabajo que le proporciona.

Ojalá sea pronto un hecho la promesa que hace de continuar esa interesante colección, por lo mucho que ha de contribuir a esclarecer puntos oscuros y difíciles.

Fr. S. A.

La Regle de Saint Benoit. Texte latín traduit et annoté par des fils du Saint Patriarche. Págs. XLVIII-182 en 8.° Pr. 9 frs. Desclée de Brouwer et Cia. Editeur, París, rue de Saints Péres 76 bis, et Bruges (Belgique): P. Lethielleux, rue Casette 10. Abbaye de Mardesous. 1933.

Forma el vol. XXXVI de la colección *Pax*. La regla del santo fundador de la Orden Benedictina es uno de los documentos más interesantes de la vida religiosa cristiana y por tanto más dignos de ser conocidos, no sólo por las almas piadosas, sino hasta por quienes sepa apreciar la obra civilizadora de la Orden de San Benito, cuya norma de vida fué la *santa regla*. Los autores anonimados de este libro, a quienes la piedad impulsa, sin duda, a ocultar su nombre, nos dan una traducción correcta y clara, precedida de una docta introducción, y los capítulos de sumarios que ayudan bien a entender la división de la obra y el enlace de sus partes.

Fr. A. C.

Les origines de la Noël et de l' Epiphanie. *Etude historique,* por D. Bernard. Botte, O. S. B. *(Textes et Etudes liturgiques)*. Págs, 108 en 4.° Abbaye du Mont. César. Lovain. 1932. Pr. 18 frs.

Después de las dos solemnidades de Pascua y Pentecostés, que del Judaísmo pasaron al Cristianismo con nuevo sentido, las fiestas más antiguas del calendario cristiano son estas dos, cuyos orígenes, por ser más oscuros, así excitan más la curiosidad de los liturgistas. D. Botte ha querido someter a un nuevo estudio las conclusiones hasta ahora establecidas, y sus conclusiones son que en ambas se trata de conmemorar el misterio de la encarnación, el *Verbum caro factum est*. La natividad es de origen romano y tenemos datos de que remonta más allá de mediados del siglo IV. La Epifanía nació en Oriente, en Alejandría o Antioquía por la misma fecha y con el mismo sentido, pero a Roma llegó esta fiesta de Occidente, probablemente de España, donde existía ya en la segunda mitad del siglo IV. A su sentido primero se añadió luego los otros que figuran en el oficio, la aparición de los magos, el bautismo y el milagro de Caná. Como ocasión de ambas fiestas, así en Oriente como en Occidente, se fijaron en la fecha que hoy tienen por combatir las supersticiones paganas, según la hipótesis que propone el P. Botte.

Fr. A. C.

Les avis, sentences et maximes de Saint Jean de la Croix, Docteur de l' Eglise. Pensées venues de ses cahiers, de ses reponses, de ses billets et de ses oeuvres, par DOM CHEVALIER.—Págs. 351 en 8.° Desclée de Brouwer et Cie., Editeurs. 1933.

Le cantique spirituel de Saint Jean de la Croix, Docteur de l' Eglise. Traduction du texte espagnol por Dom Chevalier MOINE DE SOLESMES.—Págs. 270 en 8.° Desclée de Brouwer et Cie., Editeurs. 1933.

Don Chevalier es un especialista en el estudio de las obras de S. Juan de la Cruz. Su obra sobre el *Cántico espiritual* le ha conquistado un nombre entre los estudiosos del Doctor místico. Los dos nuevos libros que presentamos a nuestros lectores son una prueba más de su devoción por el santo Doctor. Jesucristo había dicho a los discípulos que recogieran los fragmentos del pan y de los peces multiplicados. Con más razón quiere que se recojan los fragmentos espirituales, que son las palabras de los santos, palabras llenas de vida y aptas para servir de vehículos a la gracia del Espíritu Santo. Precedidos de una introducción muy docta, Dom Chevalier ofrece a los lectores franceses estos fragmentos de vianda espiritual para alimento de las almas.

En la misma forma, con una introducción muy cumplida, presenta la traducción del «Cántico Espiritual», la obra más alta de S. Juan de la Cruz, y a la que el autor lleva dedicando tanto estudio. No es necesario decir más ni sobre el valor de los originales, ni sobre la nueva edición, que al mérito intrínseco añade la hermosa presentación tipográfica.

FR. A. C.

S. **Aurelii Augustini ep. hippon. Textus selecti de Pœnitentia.** Collegit notisque illustravit Bernhardus POSCHMANN, S. Theol. Doctor, in Univ. Wratislaviensi Prof. ord.—Págs. 92 en 4.° Romae, sumptibus Petri Hanstein 1934. Pr. 3,60 Rm.

Es el opúsculo XXXVIII del *Florilegium Patristicum*, que dirigen B. Geyer y J. Zellinger. Precedidos de un breve prefacio contiene hasta 43 trozos sacados de las obras del gran Doctor, relativos a la penitencia. Para juzgar del valor de la selección será bueno advertir que el Dr. Poschmann es autor de algunos estudios sobre la penitencia en S. Agustín.

FR. A. C.

El dogma del Purgatorio. Bocetos de Sermón distribuidos en dos Novenarios. Primero: Evitemos el Purgatorio. Segundo: Redimámonos del Purgatorio. Por el P. Fr. Raimundo CASTAÑO, Predicador General. 207 págs., 5 ptas. Bruno del Amo, Editor. Madrid, 1934.

En este librito ha esquematizado el P. Castaño una serie de interesantísimos temas relacionados con el Purgatorio. No le faltan ni competencia teológica, ni eficacia y oportunidad psicológica. Una larga experiencia de apostolado sirve de pauta próxima a todas las afirmaciones, refrendadas por profusa y selecta erudición escrituraria. Tiene puntos de vista originales, de una fecunda transcendencia práctica. Todo el fetichismo de la «piedad ilusa», esa piedad absurda de absurdos devocionarios, el

clásico suspiro de las frivolidades femeninas queda ridiculizado ante la augusta severidad de la verdadera doctrina cristiana.

A pesar del intrínseco valor objetivo de la obra, tendrá pocos lectores. Se vive demasiado a prisa, a galope, con ímpetu frenético por conquistar no sé qué objetivos. La meditación y el descanso reflexivo sobre los valores transcendentes, son incompatibles con el ritmo mecanicista de la vida moderna. Además, alguno temerá encontrarse las frecuentes y epilépticas alusiones—leyendas ancestrales con relatos pavorosos de ultratumba. El espíritu equilibrado del P. Castaño no podrá incurrir en ese decadentismo. Sabe que la verdad no se defiende con supersticiones.

Las Oraciones Fúnebres del apéndice, aunque buenas, son inoportunas.

FR. C. A.

JOAQUÍN AZPIAZU. **La Acción social del sacerdote.** 2.ª edición corregida y aumentada («Biblioteca Fomento Social»). Ediciones FAX. Pl. de Sto. Domingo, 13. Apartado 8001. Madrid. 338 páginas, 6 pesetas.

Si todavía quedara alguno no convencido de la necesidad de la Acción social del sacerdote, la lectura de esta obra acabaría de convencerle. Insistentemente proclama el autor la necesidad de «ir al pueblo», tan recomendada por los Sumos Pontífices. Basándose en los documentos de ellos emanados, fundamenta el autor todo este libro, lleno de doctrina clara, sólida y práctica. En la primera parte expone los conceptos fundamentales sobre el sacerdocio, la Acción Católica y la Acción Social; en la segunda explana la doctrina de la intervención, su poder, su deber, su preparación, su forma, sus peligros, sus caminos, su espíritu; la tercera parte va consagrada a los diversos campos de esa intervención, que son los siguientes: el de la Acción Católica, el de las Juventudes Católicas, el de Acción Social Agraria, el de la Acción Social Industrial; y el último capítulo se titula «¿y el campo de la política?».

Distingue muy bien el autor entre Acción católica y la acción propiamente sindical, las cuales, en cuanto a la parte técnica y económica de la segunda deben estar separadas. Sin embargo, en en los capítulos XIII y XIV habla mucho de los sindicatos católicos, y apenas menciona a los que aspiran a separar definidamente el campo católico y el campo sindical, conservando los principios de la Iglesia, pero sin ostentar el marchamo de una confesionalidad que retrae a no pocos de darles su nombre. Por lo demás hemos de felicitarnos de poseer una hermosa obra en que nuestro clero puede encontrar normas seguras y prácticas para un apostolado tan necesario en nuestro tiempo como es el de la Acción Social.

FR. G. F.

DR. G. CLEMENT. **Derechos del niño antes de nacer.**—Traducción de la 6.ª edición francesa por el P. Agapito M. de Sobradillo, O. M. C.—Libro de 150 págs. de 19½ por 12½. Precio, 3 pesetas. Editorial Fax. Plaza de Sto. Domingo, 13. Apartado 8001. Madrid.

Quisiéramos tener la competencia suficiente para hacer la crítica de un libro que, como el presente, responde con seriedad científica a los gravísimos problemas que suscita la preponderancia de una doctrina racional o tendenciosa en la presente materia. La importancia del tema no sólo radica en la influencia que pueda tener dentro del dominio de los técnicos del bisturí, ya que, en el campo científico, demuestra el

Dr. Clement, que los casos de colisión efectiva entre los derechos del hijo y de la madre, no existen, y puede y debe llegarse a la supresión del aborto terapéutico, aun en pura tocología. Donde más sensible se hace la falta de una orientación segura, es en la práctica del aborto social—si así puede llamarse—, que ha minado a varias naciones europeas y cunde con la rapidez de la gangrena, amenazando invadir, en su aspecto más crudo y repugnante, a las clases humildes; y de un modo refinado y preventivo—y no por eso menos criminal—a las clases elegantes, por operaciones de esterilización.

Los principales temas que aborda el ilustre Director de Cirujanos, de Suiza, son los siguientes:

«¿Qué derechos tiene la madre sobre el fruto de sus entrañas?»

«Conciencia médica y solicitud legal.»

«Peligros y consecuencias del aborto.»

«El respeto a la vida infantil, un estímulo del progreso.»

«¿Hacia la supresión del aborto terapéutico?»

«Un nuevo peligro: las operaciones de esterilización.»

Juzgamos como un mérito social de las «Ediciones Fax», la publicación en nuestra lengua, para el público latino, de esta obra, que es un grito de alerta sobre el horizonte moral de España y América.

Fr. R. H.

El católico de acción, por Gabriel Palau, S. J.—5.ª edición. Editorial «Razón y Fe». Ediciones «Fax». Plaza de Sto. Domingo, 13. Apartado 8001. Madrid. Un tomo en octavo.

Bastarían las recomendaciones de los Prelados españoles para acreditar las obras del P. Palau; con todo, nos permitimos un breve juicio, en honor a la indiscutible utilidad del presente opúsculo.

Escrito para el «Católico de acción», cumple singularmeate su objeto para el propagandista católico, en el más amplio sentido de la palabra.

La hermosa luz del Evangelio brilla en todas sus páginas; pero suena de muy diversa manera la música de sus versículos, casi con aire de mandamiento:

«Donde no puedas lograr poner mi nombre, procura que entre mi Iglesia.»

«Donde no puedas poner mi Iglesia, procura que entre mi doctrina.»

«Donde no puedas poner mi doctrina, procura que entren mis virtudes», suena de muy diversa manera—decimos—que lo dice la táctica seguida en una buena parte de las organizaciones del catolicismo español... La realidad adelanta su repique, oportuna e importunamente: «Donde no puedas poner mi nombre, procura que entre mi Iglesia y mi nombre». «Donde no sea posible exteriorizar mi Iglesia y mi nombre, procura que aparezcan mi doctrina, mi Iglesia y mi nombre»... con lo cual, lo único que se consigue es poner en guardia a las organizaciones izquierdistas y abusar de la buena fe de un núcleo considerable de proletarios, que, si no fuera por ese fariseísmo enervante, estarían a nuestro lado, si no bajo el mismo rótulo, sí bajo la misma doctrina y esforzándose por seguir una conducta honrada.

Bastaría el capítulo XVIII del libro III, para justificar todo el volumen de 195 págs, De entre todas las máximas, entresacamos la que nos parece que encierra la enseñan-

za del momento, única e indispensable. Dejarse de nerviosismos confesionales, cuando un prejuicio se refugia en un vocablo, en una simple denominación:

«Donde no puedas poner mi nombre, procura que entren mi doctrina y mis virtudes.»

FR. R. H

Katholische Moraltheologie, von Dr. Joseph MAUSBACH. Zweiter Band: Spezielle Moral. Erster Teil: Der religiöse Pflichtenkreis. Siebte Auflage herausg. von Dr. Peter Tischleder.—Münster i. W, 1934. Verlag Aschendorff. S. XVI-312, 6,40 RM.

Esta obra forma parte de una colección de manuales para el estudio de la teología, entre los cuales figuran algunos de tanto valor como la Dogmática de Diekamps, de fama bien merecida. Pues bien; el texto de Moral de Mausbach, está cortado por el mismo patrón. El hecho de que aquí aparezca la 7.ª edición de este 2.° vol.—Moral especial—demuestra la gran aceptación que ha tenido.

En ella se introduce una variante notable respecto del orden de la Suma. Le han acoplado a las virtudes teologales todo el conjunto de cuestiones relacionadas con la virtud de la religión, bajo el título *Deberes religiosos,* dejando la sección de la justicia para el 3er. vol., en que tratará de las *virtudes humanas.* Plan que si no sigue la lógica interna de la Suma, es, por otra parte, muy razonable.

Resalta la obra por lo bien que se ha sabido en ella aunar la parte fundamental y propiamente teológica de la Ciencia moral, con la multitud de minuciosidades y preceptos particulares, que todo tratado de esta índole necesariamente ha de contener. Doctrinalmente, el autor se muestra muy bien orientado y competente, siempre siguiendo a Sto. Tomás y a las fuentes más puras de la tradición teológica.

La naturaleza de la fe y la caridad como hábitos sobrenaturales, está magistralmente explicada. En cambio, despacha en unas cortas frases la tesis del aumento de la caridad. Otros problemas muy importantes para un medio protestante, son detenidamente tratados; por ej., la justificación por la fe, etc. Al señalar las lacras morales de la época el estilo se anima y adquiere tonos ascéticos. Rehuyendo siempre cuestiones de escuela, la mirada del autor se concentra en la solución más segura. En digresiones son a veces examinadas, desde el punto de vista de la Moral, opiniones éticas de algunos pensadores modernos. Documentación positiva rica y bien escogida. Luego, sentencias de S. Agustín alternan con trozos de Sto. Tomás en armonioso consorcio. Mucha bibliografía y gran conocimiento de la literatura científica moderna.

Tiene algunos puntos deslucidos. Por ej., la limosna, síntesis de todas las obras de caridad cristiana, es tratada con nimia brevedad y criterio arcaico, con una nota en que desaprueba la doctrina e interpretación tomista dada por el P. Horvath, al derecho de propiedad.

No dudamos en colocarle como modelo de manuales por su claridad y concisión, y por la perfección con que se han compaginado todos los elementos, para hacer de él algo completo, dentro de los estrechos límites de un manual. Su base teológica proclama, además, la victoria definitiva, en esta clase de obras, sobre la casuística por la verdadera ciencia moral.

FR. T. URDÁNOZ.

Studi Stefaniani. Identificazione: Cafargamala = Beitgemal. Documenti, serie A: Probe e testimonianze. Documenti, serie A n.° 8: Cafargamala de L. Heidet. con note di D. G. Fergnani salesiano. Documenti, serie A n.° 12: Reprint from the Journal of the Palestine Oriental Society, vol. XIII, 1933. Documenti, serie B: Documenti Pontificii. Pía Opera di S. Stefano—Scritti vari. Documenti, serie C: Oposizione. Edizione extra-comerciale. Beitgemal (Cafargamala) Palestina. Tipogr. S. Stefano. 1934.

Todos estos cinco opúsculos versan sobre el mismo tema, la autenticídad del sepulcro que tuvo el Santo Protomártir hasta principios del siglo v. Nos cuenta S. Lucas en los Actos, que algunos varones temerosos de Dios le sepultaron y llevaron. Una tradición posterior asegura que estos varones fueron Gamaliel y otros de su casa, los cuales le dieron sepultura en su tumba familiar y luego, a su muerte, se hicieron depositar en la misma tumba al lado del santo mártir. Por divina revelación fué ésta descubierta en 415, y el cuerpo de S. Esteban trasladado a Jerusalén. El sitio del sepulcro, llamado en los documentos antiguos Cafargamala, era hasta ahora identificado con Djammala, cerca de Rentés, que es, en opinión común, la Arimatea del Evangelio. Los PP. Salesianos, que poseen una granja agrícola en un sitio llamado Beitgemal, han hallado restos de una antigua iglesia, en la que había un sepulcro, y han visto aquí la antigua Cafargamala, y el sepulcro de S. Esteban. Muchos se han adherido a su opinión; pero otros mantienen la antigua sentencia y no ven en el hallazgo de los PP. Salesianos más que las ruinas de una iglesia monástica bizantina con el sepulcro del fundador. Claro es que no nos toca a nosotros ser jueces en este pleito de arqueología palestinense.

Fr. A. C.

Antike und Christentum und religionsgeschitliche Studien, von Doctor Franz Joseph Dölger, Universitäts professor in Bonn. Band III, Heft 4. 1932, S. 225-317, Taf. 13-16. Band IV, Heft I, 1933, S. 1-80. Taf. 1-4: Heft 2, S. 81-150: Heft 3, S. 153-232. Taf. 5-8. 1933. Einzeln RM. 5 bei Dauerbezug 3,75. Münster, Aschendorff.

El Salvador, después de saciadas las muchedumbres con los panes multiplicados, mandó a sus discípulos que recogieran los fragmentos. Tal es la obra del Dr. Dölger, colección de preciosos fragmentos de arqueología, tratados con suma erudición y competencia. Bastará mencionar los principales asuntos tratados en los cuatro cuadernos que tenemos presentes.

La bendición de los sentidos con la Eucaristía, el beso de las reliquias antes de la comunión y las garantías de conversión antes del bautismo, son los principales puntos del primer cuaderno.

El segundo contiene un largo estudio sobre el aborto y otro sobre la cruz gamada en los monumentos mitriacos. El siguiente habla de la Epilepsia y el sonambulismo en Orígenes, y sobre la exclusión de los posesos en la oblación. Finalmente señalaremos en el cuarto el simbolismo del antiguo vaticinio octógono y el infanticidio en el juicio de la antigüedad cristiana. Otros muchos contiene la obra de Dölger, excelentemente tratados y de sumo interés, como reveladores de la antigua vida cristiana o del ambiente pagano en que ésta se desarrollaba.

Fr. A. C.

Die Gottheit Christi bei Afrahat, von Ignatius Ortiz de Urbina, S. J. zur erlaugung der Doktor-Würde der catholischen theologischen Fakultät der Bonn Universität vogelegt.—Págs. 140 en 4.° Pont Iust. Orientalium Studiorum. Piazza Santa Maria Maggiore, 7. Roma, 128. Pr. 25 liras.

Los apellidos del autor hacen pensar en algún joven jesuíta expatriado, que ha seguido sus estudios en la Universidad de Bonn y ha merecido en ella el título de Doctor en Teología.

El autor estudiado es uno de los más ilustres de la iglesia siria, que vivió bajo el poder de los persas, en la primera mitad del siglo IV. Es la época de las luchas arrianas en Oriente. Pero no parece que fué contra estos herejes contra quienes luchó Afrahates, sino contra los judíos, numerosos en su país, contra los cuales defendió la divinidad de Jesucristo. Y la forma en que se expresa este hombre, puramente semita, del todo extraño a la cultura helénica, así pagana como cristiana, y formado solo con el estudio de la Biblia, da lugar a no pequeñas dificultades, diversamente apreciadas y que el autor del presente trabajo estudia y resuelve muy agudamente en sentido ortodoxo.

Fr. A. C.

Consultationes Juris Canonici. Auctoribus C. Bernardini, A. Canestri, F. Cattani-Amadori, H. J. Cicognani, V. Dalpiaz, F. X. D'Ambrosio, J. Haring, A. Larraona, Ph. Maroto, A. Perugini, F. Roberti, J. Teodori, A. Condini.—Vol. I. 370 págs. en 4.° Precio, 25 liras. Romae, apud custodiam librariam Pont. Instituti utriusque Juris.—Piazza S. Apollinare, 49. 1934.

Es por todos reconocida la utilidad proveniente de la solución de casos morales y jurídicos y su publicación, siempre que estén tratados y expuestos, no en forma puramente empírica, sino doctrinal, de manera que al lector se le provea de los elementos necesarios para que él por sí mismo pueda resolver otros parecidos, lo cual se verifica en estas *consultas* que tenemos el gusto de presentar y recomendar a nuestros lectores. En ellas encontrarán, canonistas y confesores, una ayuda muy estimable.

Ciento once consultas se estudian en este volumen, primero de la serie, y sería de agradecer que le siguieran otras relativas a cuestiones contenidas en los cinco libros del Código canónico, y siguiendo el orden de éste.

Además del *Indice general,* tiene uno de los cánones correspondientes y otro analítico.

Plausible idea ha sido ésta de publicar aparte las consultas, que primero habían aparecido en la acreditada revista «*Apollinaris*», ya que, aun para quienes posean la colección, resulta mucho más cómodo tenerlas todas reunidas en un volumen.

Fr. S. A.

Joseph Doyen. **Cloches interieures.** *(Meditations sur quelques verités salutaires).* Illustrations de R. Briotet.—París-VIe. Pierre Téqui, Libraire-Editeur.—Rue Bonaparte, 82. 1934.

Un librito de 300 págs., sumamente interesante e instructivo: Temas profundos de vitalidad perenne, desarrollados con gran precisión de lenguaje, al mismo tiempo

que agradable en su forma. Se lee con sumo gusto e incitan a meditar, como el título indica. Sus temas son a propósito: El ser de Dios, el mal, la muerte, la cruz, el trabajo, los vivos, etc., etc. Tiene artísticas ilustraciones, que le dan más realce.

Es inútil recomendarlo, porque por sí mismo se recomienda.

Fr. S. V.

Un Chef: Gil Robles, por A. Boissel, S. J. 126 págs. Bloud y Gay. Rue Garancière, 3. - París, VIe. 1934.

En torno de Gil Robles se han polarizado criterios contrapuestos. La crítica y la calumnia unifican su protesta. Pero ésta palidece ante el prestigio soberano del jefe populista. Tiene muchos, muchísimos admiradores. En el regazo de la fama ha pasado las fronteras, conquistando innúmeros simpatizantes. Uno de ellos es A. Boissel, que acaba de publicar una pequeña biografía del insigne político. Es un superelogio ininterrumpido, sin paréntesis de disconformidad.

Está hecho a base de la publicada por Juan Arrabal. Es bastante más reducida. Pero tiene la ventaja de recoger el triunfo electoral de Noviembre, la glorificación apoteósica del que, por dos años, multiplicó sus dotes excepcionales para resucitar a España, sumida en el lodo revolucionario.

Esperamos nuevas ediciones. La personalidad de Gil Robles es inexhausta. Faltan los momentos más críticos y responsables de su vida. La política es un constante fracaso de la profecía.

Hemos advertido un error de contabilidad. El número de diputados pertenecientes a la CEDA es actualmente de 118, y no 211 como afirma Boissel.

C. A.

Simeón Vaihlé. **Vie du P. Emmanuel D'Alzón.**—II tome (1851-1880). Bonne Presse, 5; Rue Bayard. París (8). 1934.

Es una obra monumental este libro. Son dos tomos sólidos, con una diferencia de siete años. El motivo lo indica el autor en un brevísimo prólogo: Multitud de circunstancias se lo impidierom; pero la que más fuerza le hizo fué hallar más fuentes para su trabajo. Y estas son las obras mismas del biografiado. Rasgo de verdadero historiador y biógrafo; puesto que la base para conocer a una persona son sus mismas obras.

Este segundo tomo, verdadero monumento al P. D'Alzón, consta de 758 páginas, nutridas, sin paja, sin desperdicio. Es una biografía como deben serlo, si se quiere poner de relieve el valor de la persona que presenta ante los ojos del lector. ¿Cómo le vamos a dar realce, importancia, sin conocer el medio histórico en que se desarrolla su actividad?

Este libro, pues, más que una biografía, en el sentido estricto de la palabra, es una Historia de la segunda mitad del siglo xix, poniendo, a la vista del lector, con pinceladas vivísimas, los grandes acontecimientos que entonces se desarrollaron, no sólo en Francia, mas también en los continentes a donde llegó la actividad incansable de este gran apóstol. Y todo, girando alrededor de su gigantesca figura, eje y centro de la obra.

Es igualmente, un tributo filial, de un hijo que siente rebosar en su alma las glorias y grandezas del padre.

Sinceramente recomendamos esta obra a todos los amantes de la Historia y de la figura insigne del glorioso fundador.

Fr. S. V.

LIBROS RECIBIDOS

JACQUES MARITAIN.—Sept leçons sur L'Etre et les premiers principes de la Raison speculative. (Cours et Documents de Philosophie). 163 págs. 1934. P. Tequi, editor. París.

LERCHER (LUDOVICUS), S. J.—Institutiones Theologiae Dogmaticae in usum scholarum. Editio secunda. Vol. II. De Deo uno. De Deo Trino. De Deo creante et elevante. Vol. III. De Verbo Incarnato. De. B. M. V. et cultu sanctorum. De Gratia Christi.—XXVII, 518 págs. Oeniponte (Insbruck). Fel. Rauch. 1934.

SAC. LUIGI ALLEVI.—Ellenismo e Cristianesimo. 331 págs. Lire 10.—Societá Editrice «Vita e Pensiero»: Milano. 1934.

WALTER ELLIGER.—Zur Entstehung und frühen Entwicklung der Altchristligen Bildkunts. (Studien über Christlige Denkmäler, her. von Joannes Ficker. 23 Heft) 884 págs.—Dieterich'sche Verlagbuchhandlung. Leipzig.

MARCEL LALLEMAND.—Le Transfini, Sa Logique et sa Metaphysique. 302 páginas.—Desclée De Brouwer et Cie. París.

P. W. SCHMIDT, S. V. O.—Der Ursprung der Gottesidee Band 5: Nachträge zu den Religionem der Urvolker Amerikas, Asiens und Australiens.—XXXVIII, 921 págs. Rústica 27 RM. Encuadernado 29,50 RM. Aschendorffschen Verlag. Münster in Westfalen. 1984.

Dictionaire de Spiritualité, Ascétique et Mystique, publié sous la direction de MARCEL VILLER, S. J.—Fasc. III. Auglaise (Spiritualité) Ascèse, Ascetisme.—Gabriel Beauchesne, editeur, Rue de Rennes, 117, París. 1934.

Die Quaestiones naturales des Abelardus von Bath. Von Dr. Med. et Phil. Martin Müller. (Beiträge zur Geschichte der Philosophie und Theologie des Mittelalters. Band XXXI, Heft 2). Aschendorffsche Verlagbuchhandlung, Münster in West.—Rústica 4,40 RM.—VIII, 92 págs. 1934.

GASTÓN RABEAU.—Dieu. Son existence et sa providence. En 8.° 189 páginas. (Bibliotèque Catholique des sciences religieuse). Librairie Bloud y Gay. París.

GRUYTER (Dr. L. G. L. M. de).—De Beata Maria Regina. Disquisitio positivo-speculativa. 176 págs. en 4.° Buscoduci. Teulings, Editorum Societas. Y de venta también en Marietti, Turín. 1934. Precio 3,90 ingenaaid.

ROBERT DE SINETY, S. G.—Psicopathologie et direction. Un vol. en 8.° (280 páginas) 15 frs.—Beauchesne, ed. Rue de Remes, 117. París. 1934.

LEÓN LELOIR.—La Mediation mariale dans la Théologie contemporaine.—150 frs.—Brugers, Beyaert, ed. Rue Notre Dame, 8; París, rue Bonaparte. 66 (VI).

DIEKAMP (Franciscus).—Theologiae Dogmaticae Manuale. Traducción latina del P. Adolfo Hoffmann, O. P. Volumen IV, De Sacramentis et de Novissimis. En 8.° 578 págs. Precio 7,00 1 9,80 francos belgas.—Sociedad de San Juan Evangelista, Desclèe y Cia., Tournai. Bélgica. 1934.

FRANZ DIEKAMP. Katholische Dogmatik nach den Grundsätgen des hl. Thomas. Band 1: Einleitung in die Dogmatik; die Lehre von Gott dem Einem; die Lehre von Gott dem Dreieinigen. 1934. Münster, Aschendorff. Séptima edición.—XII, 359 págs. Precio RM. 8,15 y 9,75. 1934.

P. FRANCISCO DE VITORIA, O. P.—De Justitia, Tomo 2.° Edición preparada por el R. P. VICENTE BELTRÁN DE HEREDIA, O. P.—Asociación Francisco de Vitoria, Medinaceli, 6. Madrid.—Biblioteca de Teólogos Españoles, Apdo. 17, Salamanca. 1934.

M. R. P. LUIS GETINO, O. P.—Del gran número de los que se salvan y de la mitigación de las penas eternas. 294 págs. 5 ptas.—Biblioteca de Tomistas Españoles, Serie manual, Vol. 2. Valencia, Apdo. 145. Madrid, Pacífico, 1.—1934.

P. GOMMARUS MICHIELS, O. M. Cap.—De Dilectis et poenis. Commentarius Libri V Codicis Juris Canonici. Vol. primum: De Dilectis. 358 páginas. 25 × 18 ctms. De Bievre, Editor. Brasschaat, Bélgica. 1934.

DR. W. KIRFEL.—Der Hinduismus. 194 Bilder auf 73 Tafeln. (Bilderatlas zur Religionsgeschichte, Editado por varios profesores bajo la dirección de D. Hans Haas; 18-20 Lieferung). A. Deichertsche Verlag, Leipzig. Konigstrasse 17. 1934.

BALDUIN SCHWARZ.—Der Irrtum in der Philosophie. 300 págs. 12 y 13,76 RM. Münster, Aschendorff Verlag. 1934.

ADHÉMAR D'ALES.—De Deo Trino. En 8.° XX, 316 págs. 40 fr.—Gabriel Beauchesne, Rue de Rennes, 117. París.

FR. FAUSTINO D. GAZULLA.—La Orden de Nuestra Señora de la Merced. Estudios histórico-críticos (1218-1317). Tomo 1.° 396 págs. en 4.° menor, 8 pesetas en rúst. y 10 en tela. Luis Gili, Editor. Barcelona. 1934.

OBISPADO DE SALAMANCA

Imprimatur:

PETRUS SALCEDO, V. C.

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado.